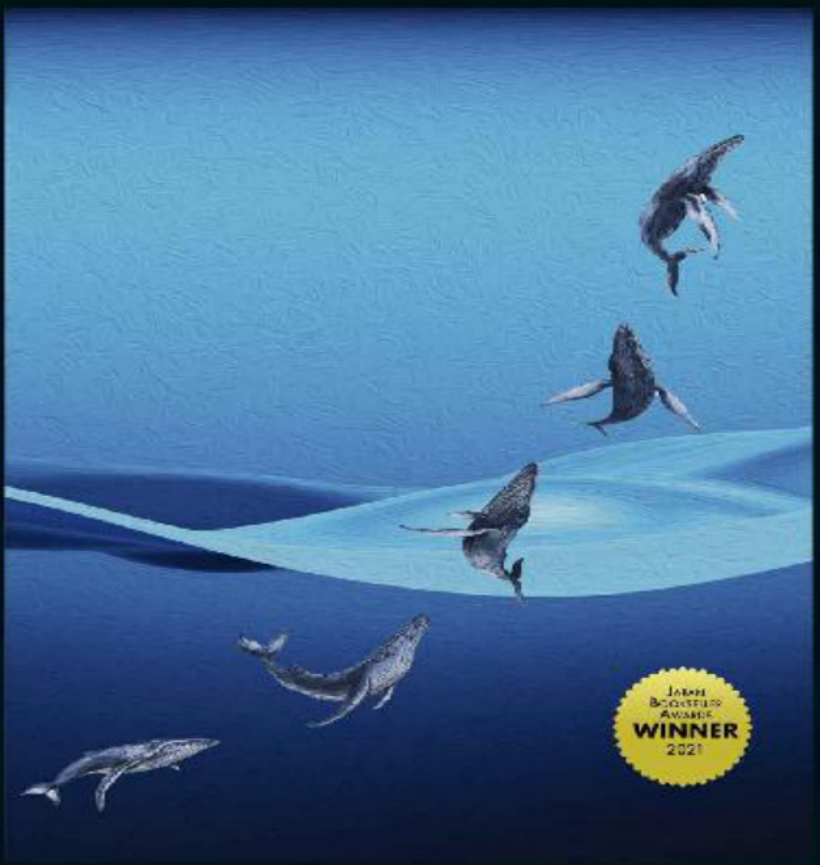
Sonoko Machida

Las ballenas de 52 hercios

Traducción de Makiko Sese y Daniel Villa



HERMIDA EDITORES

LAS BALLENAS DE 52 HERCIOS

El Jardín de Epicuro
¡Extranjero, aquí estarás bien: el placer es el fin supremo!
FICCIÓN

SONOKO MACHIDA

LAS BALLENAS DE 52 HERCIOS

Traducción de
Makiko Sese y Daniel Villa

HERMIDA EDITORES

Primera edición en Hermida Editores: octubre del 2022
Impreso en España por Albadalejo Artes Gráficas

Hermida Editores SL
Calle Antonio Alonso Martín, 10
28860 Paracuellos de Jarama, Madrid
Tel. 916584193
e-mail: hermidaeditores@gmail.com
www.hermidaeditores.com

Cubierta: diseño de Hermida Editores
Título original: *52 Hertz no kujira tachi*
© Sonoko Machida, 2020
© De la presente edición: Hermida Editores, 2022
© De la traducción: Daniel Villa y Makiko Sese
© De la foto de la autora: Chuokoron-Shinsha, Inc. Tokyo
Revisión y correcciones: Germán Molero y Hermida Editores

Asesor literario de la colección: Jaime Fernández Martín

ISBN: 978-84-125519-3-8
Depósito legal: M-17114-2022

Visite www.hermidaeditores.com para leer más sobre nuestros libros y para adquirirlos. En la página encontrará información sobre los libros, los autores, entrevistas y eventos de la editorial, y podrá darse de alta en la *e-newsletter* para estar al tanto de nuestras actividades.

Índice

Portada
Título
Créditos
I. Lluvia sobre un pueblo remoto
II. La voz que se deshace en el firmamento
3. El mundo al otro lado de la puerta
4. El reencuentro y la confesión
5. La culpa inexpiable
6. El destino de una voz inalcanzable
7. El encuentro en un lugar remoto
8. Las ballenas de 52 hercios

Las ballenas de 52 hercios

I. Lluvia sobre un pueblo remoto

Con la ligereza con la que se pregunta qué tiempo hará el día siguiente, me dijo: «¿Eres puta?». Puta. En ese instante me quedé atontada porque no entendía el sentido de la palabra. Entonces volví en mí misma y, como un acto reflejo, le propiné a aquel hombre una bofetada en la nariz. El golpe hizo un ruido vivaz y agradable.

—¿Eres idiota?

El hombre que me había soltado aquella insolencia se llamaba Muranaka. Le había encargado que arreglara la casa. El suelo de parqué estaba reblandecido y podrido. Si lo dejaba tal y como estaba, me acabaría cayendo por cualquier agujero de la casa. Por eso le pedí que lo arreglara lo antes posible. Hoy era su tercer día en esta casa, contando el día de la inspección preliminar. A menudo les ofrecía a todos refrescos, ya que durante su jornada de trabajo hacía mucho calor, e incluso tenía el detalle de prepararles algunos dulces. ¿Cómo podía hablarle de esa manera a su clienta?

—¡Qué pregunta tan insolente le ha hecho!

Su subordinado, que creo recordar que se llamaba Kenta, se puso nervioso. Después no paró de hacerme reverencias. Su actitud era bastante seria, a pesar de su atrevido estilo. Llevaba el cabello teñido de color rosa y un *piercing* en la nariz.

—Disculpe, disculpe. Mahoro san[1] lo hace sin mala intención. Es incapaz de guardarse las cosas que le vienen a la cabeza.

—Eso quiere decir que llevaba tiempo pensando en ello, ¿no? Esta mujer viene del mundo de la prostitución.

No hay que juzgar a la gente por su profesión. Lo entiendo, pero ¿cómo puede ser tan poco delicada su manera de hablar? Hace una hora les ofrecí de merienda un melón bien frío. ¿Se había olvidado ya de aquel favor? Le dirigí una mirada iracunda a Muranaka. Sería un par de años mayor que yo, rondando la treintena. Llevaba el pelo corto y negro. Sus brazos, bronceados y musculosos, rebosaban vigor. Su manera silenciosa de trabajar y la forma con la que le indicaba las cosas a Kenta me transmitieron una buena impresión, pero de un golpe se había degradado hasta parecerme un hombre de mierda. Muranaka, que tenía la nariz rojiza y se rascaba la cabeza como si tuviera un problema, dijo:

—No es eso.

—Es que las viejas ya están montando un alboroto porque están convencidas de que lo es. Por eso quería negarlo, por ti.

—No entiendo lo que dices.

Tras escuchar con mucha paciencia a Muranaka, se enteró de que entre los habitantes de ese pueblo corría el rumor de que soy una prostituta que se ha escapado de Tokio. «Se vino sola a vivir a una pequeña comarca al lado del mar, en Ōita, donde no tiene ningún conocido, porque la persigue la yakuza». Además decían: «Tiene una herida escondida en alguna parte del cuerpo que le hizo la yakuza».[2]

—Parece distinto del rumor que corre entre las viejas, y quería comprobar si era correcto.

«Y trataba de negarlo, por ti», dijo Muranaka en un tono brusco. Se me escapó con voz tonta un «ah».

Ya han pasado tres semanas desde que me mudé aquí. Esta aldea es tan pueblerina que apenas hay tiendas. Ni siquiera tiene un *konbini*.[3] En cuanto a comestibles, hay dos opciones: un supermercado AEON, al que se puede llegar en coche en veinte minutos, y otro comercio, un Kondō Mart, a quince minutos andando. Mi única opción es el Kondō Mart porque no tengo carnet de conducir. El Kondō Mart parece un almacén reformado y ofrece productos de alimentación, artículos de uso diario, prendas de vestir e incluso herramientas agrícolas. Hay vestidos de verano y camisetas con estampados extravagantes de estilo tropical alineadas con trajes impermeables de pescador y lonas de protección. De todos modos, la tienda tiene toda clase de artículos sin ningún orden. Al principio iba allí, ya que era algo extraño para mí, pero me harté enseguida. Hay demasiadas cosas que me parecen innecesarias, y de las cosas que me parecen necesarias apenas hay variedad. ¿Qué es eso de vender una sola marca de champú?

El Kondō Mart es casi el único sitio adonde voy. Sin embargo, ¿dónde demonios me descubrieron para que empezara a circular ese rumor? Cuando le pregunté a Muranaka, supuso que habría sido en el Kondō Mart. «¿A pesar de que ni siquiera haya hablado con nadie?». Incliné la cabeza, pero dijo que había un grupo que solía pasar el rato en la zona de *eat-in*[4] que había en un rincón de la tienda.

En cuanto me lo dijo empezó a sonarme que había un espacio muerto con bancos y mesas donde siempre había gente, pero no le hice caso porque no me despertaron ningún interés. Sin embargo, esa otra parte estaba muy interesada en mí y, al parecer, no paraba de observarme.

—«Parece estar en una situación complicada, pero tiene pinta de tener dinero, aunque no trabaje. No hay duda de que esto promete». Las viejas se imaginan lo que quieren y se lo pasan de miedo. Este pueblo es pequeño, y los ancianos no tienen nada que hacer. Con lo

cual, cuando viene alguien nuevo arman alboroto al menos una vez. Creo que, de entre esas personas, a Mishima san le atraes de manera especial.

Comentó que la abuela de Muranaka era una de las del grupo del Kondō Mart. Se enteró de que su nieto, que vivía con ella, había comenzado a acudir a casa de aquella mujer para efectuar las reparaciones y no dejaba de preguntarle cómo iba la cosa. Muranaka se lo contó un poco avergonzado y bajó la cabeza.

—Es que mi abuela es una persona de ideas fijas que habla en voz alta. Pero si se entera de que está equivocada, también hablará en alto para rectificar.

Mientras le miraba, dijo con desánimo:

—Por eso te lo he preguntado.

Sin embargo, pensé: «¡Qué pereza!». A mí me da igual ser una prostituta o cómo quieran mirarme. Si me lo preguntan de manera tan directa como ahora, les daré una paliza. Pero me da igual que hablen a mis espaldas. Aun así, Muranaka lo veía mal.

—¿Por qué creías que no soy lo que se rumorea? —le pregunté de todas maneras y me contestó:

—No sé por qué. Me da la sensación de que tienes los pies en la tierra. Tienes la casa limpia, cuidada, y una buena selección de ingredientes. No me parece que hayas venido aquí de manera temporal.

—Ah —se me escapó con voz floja. Como había dicho él, pensaba vivir en esta casa durante bastante tiempo. Por eso les hice el encargo y pagué para que me la arreglaran.

—Además, adornas la entrada con flores y podas los árboles del jardín, ¿verdad?

Esta casa tenía una veranda desde la que se veía el mar, y un jardín, aunque pequeño. Mi trabajo de esos días era arreglar el jardín. Estaba deseando poder tomar sake y contemplar la luna flotando en el mar de otoño.

—Creo que hasta una prostituta puede hacerlo —dije—.Me parece que es un prejuicio contra la profesión, ¿no lo crees?

Cuando se lo dije así, Muranaka dijo:

—De hecho, no hueles como una prostituta. Tú también lo decías. —Buscó el consentimiento de Kenta, que hasta entonces nos había estado mirando nervioso. Kenta se ruborizó y se quedó aturdido.

—Tiene un aire completamente diferente de las que conocemos nosotros. Ésta no lo es, ¿no?

—¿¡Qué está diciendo?! ¡De verdad, cállese ya de una vez!

Kenta hizo reverencias repetidas veces.

—Perdone, perdone. —Y a continuación me preguntó—: Pero ¿usted no lo es, verdad?

Al parecer, a él también le interesaba el tema.

—Nunca me he dedicado a esa profesión —dije suspirando. Kenta mostró una expresión de alivio—. La yakuza tampoco anda buscándome.

Poco a poco, mientras lo decía, me empecé a sentir ofendida. ¿Por qué tengo que darles este tipo de explicaciones tan explícitas? No me he presentado ante los vecinos, pero ¿debería haberlo hecho contándoles que «he venido por esta situación»? De hecho, no veo por qué hay que identificarse ni probar nada sólo por vivir cerca.

Ah, basta. ¿Me equivoqué eligiendo el sitio donde debería haber ido a vivir? Al final acabará siendo igual, aunque hubiera venido hasta aquí para evitar tener trato con los demás. Noté un intenso dolor en la parte que hay sobre el ombligo. Me di cuenta cuando, casi sin querer, me puse de inmediato la mano en ese punto.

«Oye, ¿por qué dicen que la yakuza me rajó…?».

Estuve a punto de preguntarlo, pero lo entendí enseguida. Fue en aquel hospital privado. Me dolía tanto la herida que fui allí para que me dieran algún analgésico y antibióticos.

—No me lo puedo creer. La información privada se filtra a tope.

De repente me quedé sin fuerzas y me agaché. Esto es denunciable, ¿no?

—¿Lo de la herida es verdad?

Muranaka lo dijo sorprendido. Le lancé una mirada de ira.

—Tú también se lo contarás a todo el mundo, ¿no? Ya da igual —dije—. ¡Puedo ser una prostituta o una actriz porno perseguida por la yakuza! Decid lo que queráis, me importa un pepino.

Era cierto que quería echarles, pero sería un desastre que no me arreglaran el suelo. El cuarto que iba a usar como dormitorio estaba en tan mal estado que ni siquiera se podía meter mi equipaje.

—Cuando hayáis arreglado el suelo, iros.

No quería compartir mi espacio con ellos. Me puse de pie y agarré una mochila.

—Estaré fuera hasta las seis.

—Ah, ¡Mishima san, espere! ¡De verdad, le pedimos disculpas!

Kenta lanzó una voz nerviosa, pero le ignoré y me fui de casa.

El viento traía el olor del mar y acariciaba mis mejillas enrojecidas por el enfado. Miraba a mi alrededor preguntándome adónde ir y me dirigí hacia la costa. Bajando un callejón que corría zigzagueando entre unas casas aglomeradas se llegaba al mar en menos de diez minutos.

La casa donde vivía estaba erigida casi en la cima de una colina. Entre mi casa y el mar, y extendidas por su falda, había varias decenas de viviendas antiguas; la mitad estaban vacías. La localidad había prosperado como zona de pesca, «pero hoy en día casi nadie quiere

dedicarse al mar y, además, cada vez más la gente se muda a las ciudades, con lo que se va perdiendo la vida. De todas maneras, no queda nadie». Eso fue lo que me dijo un señor del ayuntamiento cuando fui a entregar mi certificado de mudanza. «En aquel entonces la llegada de jóvenes era muy bien recibida». El señor decía que la zona del puerto y la lonja de pescado era bastante bulliciosa y llena de tiendas, pero yo he vivido en Tokio y me parecía todo igual.

Mientras bajaba la suave pendiente, contemplaba techos oxidados por la marea y las persianas bien cerradas. Tras dar una vuelta por la mansión donde decían que había vivido la familia del jefe de pescadores del barrio, salí a una calle y allí me topé con un rompeolas que emergía como si trazara una línea hecha con regla. Era de hormigón, con grietas en algunas partes, y tenía unas escaleras de metal. Seguramente las habrían puesto los pescadores. Siempre se veían siluetas con hilos tirados encima del rompeolas. Hoy también había un par en un punto un poco lejano. Eran ancianos encorvados que pasaban por allí casi cada día, pero nunca les había visto pescar nada. Estaba convencida de que hoy tampoco lo lograrían.

Al subir la escalera contemplé el mar extenso. Al lado derecho estaba el puerto y la lonja, y se veían unos barcos atracados en la lejanía. A la izquierda, al fondo, había una playa. Con mucha frecuencia podía verse a los niños locales jugar en el agua. Desde aquí eran pequeños como granos, pero me pareció ver a algunos de ellos jugando. Podía oír la voz alegre arrastrada por el viento. Tal vez ya habrían llegado las vacaciones de verano.

Estaba de pie, como si fuera una estatua budista sobre el hormigón ardiente, y murmuré en voz baja:

—La he cagado.

Había salido de casa sin ninguna protección, a pesar de que no había donde protegerse del sol que estaba pegando. Me podría cubrir las extremidades hasta cierto punto, ya que llevaba un jersey gris de manga larga con capucha y un pantalón vaquero. Aun así, el problema era la cara. Estaba sin maquillaje. Quería volver a casa y empaparme de crema solar. Y, de paso, coger una sombrilla. Me volví y dirigí la mirada a mi casa. Desde aquí sólo podía ver cómo se asomaba el techo azul de mi pequeño chalé de una planta. Mientras lo veía, la ira volvió a arder dentro de mí.

Me había mudado hasta aquí para vivir tranquila en aquella casa. Quería seguir sola, en paz. Por esa razón me hice con aquella vivienda. Tenía sus inconvenientes, pero me sentía capaz de acostumbrarme. A pesar de eso, ¿cómo podía imaginarme que habría personas que intervendrían en los asuntos ajenos sin ninguna discreción?

—¡Qué rabia! Quiero volver a casa, pero paso de encontrarme con

esos tíos de mierda.

Suspiré. No tenía ninguna otra opción y me senté. Bajé la capucha del jersey todo lo que pude para que ejerciera una resistencia mínima y dejé caer las piernas hacia el mar. Posé mi vista lejos y sacudí las piernas. La superficie del agua bailoteaba y brillaba deslumbrante, reflejando el sol del verano. El horizonte y las nubes enormes se encontraban separados de un modo hermoso, y las aves marinas danzaban con elegancia. La brisa soplaba como si me acariciara las mejillas. Abrí la mochila y saqué el reproductor de MP3. Me puse los auriculares en las orejas y apreté el botón.

Cerré los ojos y agudicé el oído. Un canto que venía desde lo más profundo hacía vibrar mis tímpanos. Era como si una voz llorara o tratara de llamar a alguien. Mientras la escuchaba, me acordé de An san. Si fuera An san, se partiría de risa. Diría: «Es que, Kinako, tienes una cara indecente». Entonces le diría: «¿A qué te refieres con una cara indecente? ¿Quieres decir que la cara es objeto de indecencia?». Así le picaría. An san se reiría más y acariciaría mi cabeza. «Es broma, seguro que todos se imaginaban varias cosas porque eres hermosa y urbana. Pero es una lástima que esa gente no se pueda imaginar nada más barato en una situación llena de sueños (“Una chica tan guapa como ésta se muda a vivir sola en un pueblo”). ¿No crees? Es como el desarrollo del *opening* de un *anime*[5] infantil». Me lo contaría así, acariciando mi cabeza hasta hartarse.

El solo hecho de imaginarlo me conmovió desde el fondo de mi corazón. Si tuviera esa clase de conversación, me podría llegar a apañar riéndome con él.

Pero An san ya no está.

—¿Por qué no me llevaste contigo? —murmuré para mí.

Quería que me llevara, aunque lo hubiera hecho a la fuerza. Mi yo de aquel entonces no veía nada. Los consejos de los demás rebotaban en mi oído. Por eso, si las cosas no iban bien, An san debería haberme arrastrado. Si hubiera sido An san, no me importaría que me arrastrara, fuera donde fuera. Pero ¿soy demasiado egoísta pidiéndole que lo hiciera hasta ese punto? Soy así, por eso An san me dejó y se fue.

Me concentré en la voz de los auriculares. La voz que se oía sin cesar resonaba con profundidad y no cesaba. Sin que supiera cuándo, la voz se convirtió en la de An san y me empezaba a dar la sensación de que me estaba llamando de lejos y de cerca. «Oye, Kinako. Kinako, Kinako». La voz de An san siempre se limitaba a llamarme y no contestaba a mis preguntas. Estaba convencida de que ése era mi castigo.

Ploc. Sentí algo sobre el dorso de la mano y abrí los ojos. Las nubes de la lluvia se extendían sobre mi cabeza. Al mismo tiempo que sentí

aquella sorpresa se puso a llover con fuerza. Me levanté precipitada y busqué un sitio donde pudiera guarecerme de la lluvia. Guardé el reproductor de MP3 y fui corriendo hasta el alero de la casa vacía más cercana. Me quité la capucha empapada y miré al cielo. ¡Ojalá que fuera un chubasco! Sin embargo, la masa gris se extendía hasta el cielo lejano. De hecho, en la predicción meteorológica de la radio habían dicho que iba a llover a partir del atardecer. «La lluvia durará tanto tiempo, bla, bla, bla…». Al mirar el reloj me enteré de que aún quedaban más de treinta minutos hasta las seis. Si me hubiera imaginado que esto pudiera ocurrir, al menos habría traído un libro de bolsillo en la mochila. Me quedé agachada con las rodillas abrazadas y apoyé mi espalda contra la pared.

Cayó un fino telón de lluvia. El paisaje al que por fin me había acostumbrado transformó su expresión y me produjo la ilusión de haberme perdido en un sitio desconocido. La temperatura del aire también había cambiado en comparación con la de hacía un rato, y sólo el dulce sonido de la lluvia llegaba hasta mis oídos. De pronto escuché un ruido seco y dirigí la mirada hacia él. Había una pequeña rana reptando que había aparecido de repente. ¿Es posible que hubiera salido atraída por la lluvia?

—¿Por qué estoy aquí?

Hablé sola, en voz baja. Vine aquí dejando todo atrás. Aun así, cierto tipo de impaciencia humeaba en el fondo de mi corazón, como si me hubieran dejado a mí sola. Quería irme enseguida a algún lugar, y ese algún lugar tenía que ser éste.

Cuando volví a abrazar mis rodillas e intenté cerrar los ojos, me percaté de que unos pasos se acercaban con lentitud hacia mí salpicando. Me puse en alerta sin querer y vi a una niña que vestía una camiseta de color rosa salmón y un pantalón vaquero. Venía andando hacia mí y ni siquiera llevaba un paraguas. ¿Se le habría caído al agua mientras jugaba?

—Eh, tú, ¿por qué no vienes aquí a esperar a que pare la lluvia?

Se me escapó esa frase. No veía bien su rostro, ya que estaba cabizbaja, pero observando cómo su pelo se dejaba caer hasta los hombros y la línea delgada de su cuerpo deduje que era una chica de secundaria.

—Oye, aquí.

Me puse de pie y levanté la voz para hablarle de nuevo. Parecía que la lluvia no le molestaba y se limitaba a dejar que la empapara. A través de su flequillo me dirigió una mirada breve. La llamé con la mano.

—Vente para acá.

La chica detuvo sus pasos y se fijó en mí extrañada. No obstante, no fue más que un segundo. Apartó la mirada y volvió a caminar. Le dije

«Oye», pero ni siquiera volvió la cabeza. La chica desapareció al otro lado de la lluvia en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Qué rara!

Podría haber reaccionado un poco. Aun así, la verdad es que no sabía si la lluvia llegaría a parar por mucho que esperara aquí. Me volví a sentar y miré de nuevo al cielo. Si la cosa seguía así, a mí también me tocaría volver a casa empapada. Mientras suspiraba, escuché unos pasos que venían corriendo con energía. A continuación:

—¡Mishima san! —escuché que hablaba alguien en voz alta.

—¡Mishima san! ¡Mishima san!

El que estaba gritando mi nombre parecía ser Muranaka. ¡No hace falta que me busque de esa manera! Me fastidia, no soy una niña perdida. Seguí callada, porque el solo hecho de contestarle me irritaba, pero la voz seguía acercándose.

—¡Mishima san! ¡Ah, aquí estás!

Muranaka sujetaba un gran paraguas negro. Mi fallido intento de camuflarme con la pared hizo que se percatara de mi presencia. Vino corriendo. Todo su cuerpo jadeaba con intensidad delante de mí.

—¡Qué bien! —Y añadió—: Caí en la cuenta de que te has ido sin coger el paraguas.

—Ah.

Lo que chorreaba por su sien no parecía ser agua de lluvia.

—Lo siento —Muranaka hizo una reverencia profunda—. Suelen caerme broncas por mi mala manera de hablar. Siento mucho haberte ofendido.

Desde abajo miré cómo encogía su enorme cuerpo. Durante un momento contemplé cómo un remolino de su cabello giraba hacia la derecha.

—Está bien —dije al fin—. An san me ha consolado.

—¿Quién es? —Muranaka levantó la cara. Estuve a punto de partirme de risa viendo su cara confundida y empapada de sudor.

—De todas maneras, no estoy enfadada. A cambio, deja de curiosear y no me preguntes más por mi origen ni mis circunstancias. Es desagradable.

—Entendido. Se lo diré también a las abuelas para que no te ataquen de ninguna manera.

—¿Me atacan?

Muranaka se limpió el sudor con el dorso de la mano y dijo:

—Las abuelas de este barrio no son nada discretas. Por eso, creo que son capaces de rodearte en grupo y machacarte lanzando miles de preguntas. Y luego no dudes de que te hartarán a consejos. Encima creen que lo hacen por tu bien, lo cual es mucho peor.

—Buah, ¡es pésimo!

Fruncí el ceño en un segundo. Con sólo imaginarmelo era capaz de

ponerme a hiperventilar.

—Sí. —Asintió Muranaka dócil con la cabeza. Por eso pensé en hacer algo antes de que te llevaran a ese punto. Pero, al fin y al cabo, soy igual que las abuelas.

Al mirar su cara apagada, como la de un niño al que le han regañado, llegué a comprender hasta qué punto sus palabras tan brutas eran en realidad de bondad.

—Ya está bien. Pero detén ese ataque a toda costa.

Muranaka asintió de nuevo con un firme movimiento de cabeza. Después me ofreció otro paraguas que sujetaba en la mano.

—Hemos terminado de cambiar el suelo de parqué. ¿Nos dejas ayudarte a mover los muebles?

El armario y la cama destinados al dormitorio seguían colocados en el pasillo. Pensé en hacerlo sola, pero si puedo aprovechar la ayuda de hombres debería hacerlo, ¿no? Después de dudar un rato agarré el paraguas.

—Vamos, os pagaré un extra por eso, así que os lo agradezco.

—No. Es nuestra forma de pedirte disculpas. Será de parte de la casa.

Muranaka se puso alegre. Para mi sorpresa, resultó ser muy expresivo.

—Tengo a Kenta, así que lo acabaremos pronto.

Los dos nos pusimos a andar. Mientras caminábamos en silencio, Muranaka abrió de pronto la boca, como si recordara algo.

—Claro. Quizás sea por culpa de aquella casa.

Levanté la cara sin entender el sentido de sus palabras. Muranaka dijo:

—Mishima san, las abuelas han dicho que eres prostituta porque vives en aquella casa.

—¿Y eso?

—Es que en aquella casa vivía sola una abuela que ejercía como *geisha*[6] y enseñaba el *nagauta.*[7] Como dice el refrán, había sido cocinero antes que fraile. Era una persona sofisticada, fina y hermosa. Por eso, los yayos mujeriegos de la zona competían por acudir a sus clases. Mi abuelo no dejaba de ir, y a menudo discutía con mi abuela. Es verdad, es verdad. —Muranaka sonreía como si sintiera nostalgia —. Seguro que las viejas guardan aquella imagen, aunque no tenga nada que ver contigo, Mishima san.

Le contesté con un «Ya», dándole vueltas al paraguas.

—Si fuera así, en cualquier caso me hubieran llamado prostituta.

—¿Por qué?

—Porque esa anciana que era geisha es mi abuela.

Muranaka detuvo sus pasos. Le dije, mirando su cara atónita:

—No he venido a un lugar con el que no tengo ninguna conexión.

Mi madre había tenido la casa abandonada durante mucho tiempo, y como la había heredado, me mudé aquí. Vine aquí un par de veces cuando era pequeña. Recuerdo que los abuelos me mimaban mucho, así que puede que tu abuelo estuviera entre ellos. Todos eran muy simpáticos, y me gustaba esa pequeña casa desde la que se veía el mar. Por esa razón tenía una buena impresión de este lugar. Pero bueno, si fuera ése el caso, es natural que las viejas me odien. De hecho, me da igual.

Encogí los hombros y a mi lado vi que Muranaka estaba inquieto. Dije al rostro nervioso:

—No hace falta que te preocupes, ya que hablabas bien de mi abuela comentando lo hermosa que era. —Tal vez este Muranaka era un hombre un poco gracioso—. Hablas mal. ¿Por eso sigues callado? —Le pregunté. Muranaka asintió triste y desanimado con la cabeza.

—Me caen broncas por decir cosas innecesarias.

La imagen que tenía de él, la de un obrero silencioso, se había derrumbado por completo. También era diferente a la de un hombre de mierda que se mete con vileza en los asuntos de los demás. No es tan mala persona, ¿no? No obstante, las personas son incomprensibles. Es bastante probable que en el fondo de Muranaka se oculte una parte gélida escalofriante y que, por algún motivo, acabe emergiendo a la superficie.

Resonó un trueno en la lejanía. Muranaka me apresuró.

—Es mejor que volvamos ya. —Y se puso a caminar. Al volverme, vi un relámpago a lo lejos en el mar.

* * *

Pasaron cinco días desde que comenzó a llover. La lluvia larga veraniega bajó la temperatura y resultó sorprendentemente cómoda. Como ya no podía dedicarme a mi rutinario cuidado del jardín, me dediqué a echarme la siesta, leer o contemplar el mar, que se veía esfumado por la lluvia desde la veranda.

Ese día, cuando llegó la tarde, también me tumbé en la veranda mientras contemplaba el cielo. Las nubes de la lluvia eran gruesas y no había ni un solo pedacito con sol. Había puesto la radio para matar el tiempo. Estaban emitiendo versiones *jazz,* música pop que se había puesto de moda hacía un par de años.

—Quizá tenga un gato —murmuré.

Enseguida pensé que era una persona débil. De hecho, no había hablado con nadie durante esos cinco días. Antes tampoco había tenido conversaciones decentes con nadie, salvo con Muranaka. Después de pensar en ello se me escapó la frase del gato. Soy demasiado débil.

Cuando dejé el piso de Tokio di de baja mi número de móvil. Me

mudé sola a Ōita sin comentarlo con nadie, ni con mis amigos ni con mis compañeros de la fábrica. Solo mi madre biológica sabía que estaba aquí. Pero estaría tan contenta de haberse separado de mí para siempre que jamás se molestaría en venir. Tarde o temprano, todos se olvidarían de mí.

«Ya no quiero tener trato con nadie». Lo deseé y lo cumplí. Aun así, buscaba el calor. Echaba de menos a alguien.

«Kiko, eres un ser débil y te es imposible seguir viva sin el calor humano. La persona que conoce la soledad tiene miedo de perder a alguien por conocer la soledad».

Oí la voz de Miharu y me quedé apagada. Miharu conoció una época en la que yo estuve sola, al borde del mundo, y también sabía cuánto calor buscaba.

Miharu había venido al centro donde me habían ingresado y me gritó:

—¡Es que eres tonta! Tienes muchas personas a tu alrededor, no hacía falta que hicieras esto. No hacía falta que te obsesionaras por el amor de aquel hombre. ¿No crees que estás despreciando demasiado a los que estamos a tu alrededor?

Escuchaba enmudecida sus críticas contra mí en la cama. «Es cierto que no estoy sola ahora. Pero hice daño a la única persona a la que debería haber respondido. Si no hubiera hecho esto, al fin y al cabo estaría muerta».

Sentí un escozor al fondo de la barriga y fruncí el ceño. Me puse la mano encima de la camiseta y acaricié con calma mi tripa. La melodía se alejaba, y en cambio comenzó a sonar la voz pomposa de una locutora: «En la región de Kyūshū continúan las intensas lluvias provocadas por la influencia del frente estacionario, pero ese frente se está desplazando hacia el nordeste. El sol volverá después del fin de semana. Estimados oyentes, por fin vuelve el verano».

Afuera seguía lloviendo. No podía creer que llegaría el momento en el que parara la lluvia. Me puse de pie, acariciando mi barriga.

—Voy a hacer la compra.

Intenté decirlo en voz alta. No me sentía bien porque seguía encerrada en casa. Iré al Kondō Mart, hace tiempo que no me paso por allí. Compraré carne de buena calidad y vino. Prepararé una cena de lujo. Cogí la cartera y me marché de casa.

Cuando terminé de pagar pensé: «¡Ojalá no hubiera venido a hacer la compra!». Mientras metía los artículos en la bolsa de plástico me tocó alguien en el hombro. Cuando me volví vi a una abuela desconocida. Llevaba puesto un *muumuu*[8] con dibujos de elefante que parecía real. Deduje que lo había comprado en aquella tienda.

—Estás malgastando tu vida.

La abuela se puso a hablar, como si no fuera a parar nunca, con un

fuerte dialecto. Al recoger y juntar las palabras que apenas lograba pillar me di cuenta de que me estaba acusando de vivir sin trabajar. Decía «a pesar de ser joven» o «la vagancia en la vida», y se encendía aún más. Supuse que se sentía ofendida porque seguía mirándola atónita. Sus ojos turbios se movían para no dejarme escapar. Mientras reflexionaba, «¿Qué es esto?», intervino apresurado un señor que llevaba colgada una chapa de gerente. Al oír «¡Déjala, Hikita san!», sentí alivio en un rincón de la cabeza. Menos mal que no se llama Muranaka. Pero, eh, Muranaka, ¿no me has dicho que ibas a impedirlo a cualquier precio? Cuando miré alrededor sin prestar mucha atención, descubrí que casi toda la gente de la tienda nos estaba mirando. Eran más las personas que nos observaban como si estuvieran disfrutando de aquel número que las que arqueaban las cejas como si les pareciera una complicación.

—… Oiga. ¿Me puedo ir ya? —le dije al gerente.

—Disculpe, por favor, por favor. —Hizo unas reverencias como si lo sintiera y la tal Hikita levantó la voz:

—¡Alguien se lo tiene que decir! ¿Qué podemos conseguir haciendo la vista gorda? Si la aceptamos, acabará siendo una mala persona. No, ¡ya lo es! Es inútil seguir viva.

Me fui de la tienda escuchando esas palabras a mis espaldas.

La bolsa pesaba porque había comprado dos botellas de tinto de manera impulsiva. Con una mano agarraba la bolsa que se iba hundiendo en la palma de mi mano, y con la otra sujetaba el paraguas. Me sentí abatida al notar cómo la lluvia no dejaba de aumentar la intensidad. Si no hubiera ido a hacer la compra… Debería haberme quedado en casa sorbiendo *ramen*[9] instantáneo.

Las chanclas finas de goma que llevaba puestas se empapaban de agua fangosa que salpicaba, y la camiseta mojada se pegaba a la piel. El pelo rizado se me hinchaba al absorber la humedad y estaría desgreñado.

Sopló un fuerte viento y el paraguas se fue volando como si me lo hubieran arrebatado. El paraguas se cayó con suavidad delante de la puerta de una casa vacía. Pensé en ir tras él, pero lo dejé. De repente, todo me dio igual. Es un paraguas de plástico que cuesta 300 yenes. No pierdo nada. La verdad es que no es sólo el paraguas, ni siquiera quiero la bolsa de plástico que tengo en la mano. ¡Que se rompan estas botellas de vino! ¡Que se mezcle la carne con los trozos de cristal! Tuve el impulso de arrojarlo todo, pero si lo hacía acabaría odiándome a mí misma por no ser capaz de controlar mis emociones. En el instante en el que conseguí contener el arrebato de tirar la bolsa, un dolor agudo me recorrió la barriga. Se me paró la respiración y me agaché ahí mismo. ¡Clonc, clonc!

Las botellas que estaban dentro de la bolsa que había dejado en el

suelo hicieron ruido, como si las hubiera arrojado.

¡Ay! ¡Ay! Era como la vez que me atravesó un cuchillo. No podía respirar. ¿Tal vez se haya infectado la herida? No, ya debería estar recuperada. El médico del hospital privado también me decía que se trataba más bien de una cuestión psicológica. Pero me dolía. Apreté la barriga y me puse en cuclillas. Me temblaba todo el cuerpo y se me desbordaban las lágrimas. Quizá moriré así. Moriré sola, en un sitio donde nadie me conoce.

—An san, An san.

Era el único nombre que pronunciaba en ese momento.

—¡Ayúdame, An san!

Cuando conseguí sacar las palabras de entre mis dientes apretados, como si las exprimiera, dejó de llover de repente.

Al levantar la cara, vi por sorpresa cómo unas piernas embutidas en un pantalón vaquero se extendían hacia arriba. Cuando miré un poco más arriba me encontré a una chica sujetando el paraguas que había salido volando. Su camiseta de color rosa salmón y su melena me sonaban de algo. Podría ser aquella chica a la que había visto antes. Al ver mi cara de llorona, abrió los ojos como platos.

¿Por qué había venido hasta mí? La otra vez, por mucho que le hablé, se había negado a acercarse. Aun así, ¿por qué ahora, en este momento?

La chica acariciaba su propia barriga con la cabeza inclinada. Movía los labios como si preguntara algo, pero no salía ningún sonido. ¿Sería incapaz de hablar? La observaba de manera inconsciente. Eché una mirada al fondo de las mangas de la camiseta y se me cortó el aliento. Sentía que se asomaba un color que estaba acostumbrada a ver.

—Ah… A ver. E… Estoy bien.

El violento dolor que me acababa de azotar se fue suavizando lentamente. Se lo dije secándome las lágrimas. La chica asintió con la cabeza. Parecía que sí podía oír.

—Bueno, gracias.

La chica inclinó el paraguas hacia mí. Al parecer, ella no tenía paraguas y estaba empapada. Al ver su cuerpo calado, noté que estaba ennegrecida. El cuello de la camiseta estaba teñido de color marrón, y el borde de las mangas y la falda estaban descosidas. El vaquero también estaba en el mismo estado. Los zapatos deportivos estaban gastados, y además se veía que no eran de su número. Su pelo no parecía que se lo hubiera dejado largo, pero estaba muy crecido.

Al ver mi expresión debería haber comprendido que se me había pasado el dolor. Dejó el paraguas delante de mí y se marchó con ligereza. La agarré a toda prisa por el borde de su ropa. Repliqué:

—Espera, espera. —La asusté, se volvió y me miró—. A ver. Es posible que no pueda moverme por el dolor. Así que… ¡acompáñame

a casa!

Lo dije desesperada, sintiendo que no debería despedirme de ella allí.

—Claro. Compré demasiada carne. No puedo terminarla sola. ¿Puedes comer conmigo? ¿Te gusta el bistec? A mí se me da de miedo hacer la carne a la plancha.

La chica movía los labios, con la cara tensa, pero no salía ningún sonido.

—¿Te parece? Gracias, pues vamos. Mi casa está subiendo esta cuesta.

La llevé a casa de manera un poco forzada, aprovechando las dificultades de nuestra comunicación.

En cuanto llegamos a casa me puse a preparar la bañera. La chica permanecía pálida en la entrada, de pie, pero fingí no darme cuenta de eso. Cuando mostraba intención de irse, decía:

—Quédate un poco más, porque podría dolerme de nuevo la barriga. —Y la detuve. Cuando la bañera se llenó de agua caliente, la agarré por la mano—. Vamos a tomar un baño —aunque se negaba sacudiendo la cabeza—, no quiero que cojas un resfriado por mi culpa.

La llevé hasta el cuarto de baño casi a rastras. Procuraba sonreír para no asustarla, pero lo cierto es que me sentía muy tonta bajo esa sonrisa. Estoy intentando adoptar a un gato. No, no lo es. No es eso. Pero lo haces sólo con buena intención, ¿no es así?

Me quité la ropa delante de la chica, que se había quedado paralizada delante de la puerta del cuarto. Arrojé la camiseta y el vaquero que seguían goteando a la lavadora y me quedé en ropa interior. A la chica se le quitó el aliento. Tenía la mirada clavada en mi barriga. Miraba fijamente la herida que todavía seguía enrojecida a cinco centímetros del ombligo. La señalé y me reí con ligereza:

—Ésta. Con un cuchillo, así, ¡zas!

La que había montado un alboroto con un cuchillo chillando que le mataría fui yo. Pero aquello no dejó ni una herida en su cuerpo, sino que se hundió en mi barriga.

—Bueno, han pasado muchas cosas. Venga, vamos a bañarnos.

La chica era un poco más baja que yo y me olisqueó cuando me acerqué a ella. Su cabeza también estaba manchada de grasa.

—A pesar de que tengas una cara hermosa, es un pecado que no te cuides, un pecado. Nos bañaremos juntas y te lavaré de arriba abajo.

Cuando toqué su ropa, se torció como si me rechazara, pero noté que no lo hacía en serio. Tal vez estuviera preocupada por mi herida. Le quité la camiseta con toda mi fuerza y me quedé atónita.

Su cuerpo era muy flaco. Se le veían las costillas, y tenía moretones dispersos por todo el cuerpo, como si fueran dibujos. Se retorció para ocultarlo, pero también tenía por la espalda.

Hace un rato me dio la impresión de que, al fondo de las mangas, se asomaban algunos moretones en su piel, y no estaba equivocada. Pero ¡qué cantidad! Éstos no salen de un par de situaciones violentas. ¡Este cuerpo siempre está expuesto al dolor!

—Tú… Te están maltratando, ¿verdad?

Pregunté sin querer, y me arrepentí enseguida. No era nada bueno preguntarlo de esa manera. Tal y como esperaba, se quedó pálida al instante, abrió la puerta y salió huyendo. Oí la puerta corredera de la entrada abrirse y cerrarse de golpe. Me precipité tras ella, pero estaba en ropa interior y dije:

—Mierda.

Tuve el impulso de arrojar lo que tenía en la mano, y me di cuenta de que era su camiseta. Seguía agarrándola. Me quedé mirando la camiseta, que a distancia despedía un fuerte olor. Murmuré:

—Encima era un varón.

El cuerpo fino y huesudo era el de un chico. Su fina cara perfilada y el peinado me habían confundido. Había olvidado que carecía de perspicacia.

No obstante, era evidente que no cuidaba nada su ropa y tenía aquellos moretones. No cabía la menor duda de que aquel niño sufría malos tratos. ¿Qué tengo que hacer? ¿He de denunciar esta situación?

Así meditaba, bajando la mirada hacia la ropa que todavía mantenía el calor. Había muchos niños que se habían salvado por la intervención de la policía. Pero sabía que había casos en los que, a raíz de ese tipo de intervenciones, terminaban en una situación aún peor. Además, no tenía ninguna información sobre aquel niño.

Lloviznaba.

¿Qué es lo que había traído a casa? Miré lo que tenía en mis manos.

Notas

1. Sufijo que indica respeto y que acompaña al nombre propio.
Todas las notas son de los traductores.
2. La yakuza es una mafia japonesa que tiene su origen en el siglo xvii.
3. Del inglés *convenience store.* Son unas tiendas 24 horas muy extendidas en Japón que ofrecen una amplia selección de gran variedad de productos.
4. Espacio habilitado para comer.
5. Término que engloba a toda la animación japonesa.
6. Mujeres cuya profesión se orienta al entretenimiento de los clientes con danza, canto, narración o instrumentos musicales. Son damas de compañía que requieren una formación especial. En la actualidad, esta formación comienza después de la secundaria.
7. Género musical acompañado de *shamisen,* instrumento de tres cuerdas que se estableció en el teatro *kabuki* de Tokio hasta el siglo xvii. Se desarrolló fuera de los teatros en el siglo xviii, y se disfrutaba en los conciertos y las fiestas, sin ser ya un

mero acompañamiento para el teatro y la danza.
8. Vestido de algodón con dibujos llamativos que usan las mujeres hawaianas. Se puso de moda en Japón en los sesenta.
9. Plato japonés de fideos.

II. La voz que se deshace en el firmamento

Parece que hay un grupo cerca de mi casa que se dedica a hacer ejercicio por la radio[10] a las seis y media. Se produce un murmullo y, a continuación, el viento trae esa melodía que estoy acostumbrada a oír. Como me había despertado varios días con eso, al final se me ocurrió echar un vistazo para ver qué clase de gente se juntaba.

Por la mañana hace fresco en los pueblos de la costa. Sopla una brisa muy agradable. Salí de casa con una camiseta y un pantalón corto, estiré mucho y respiré profundo delante de casa. Todavía no había nubes en el cielo, y el azul claro se extendía por lo alto. Hoy también iba a ser un día caluroso.

Agudicé el oído y miré hacia el punto donde sonaba la música. Al girar a un callejón que salía desde el centro de la cuesta baja, me topé con un edificio que tenía una plaza. Pensaba que había investigado bastante bien los alrededores, pero desconocía la existencia de ese lugar. ¿Es un sitio gestionado por el ayuntamiento? En el centro de la plaza había niños y ancianos haciendo ejercicio. Con un vistazo rápido se veían muchos ancianos. Sin embargo, había más niños de lo que esperaba. Había niños pequeños con sus madres, y también algunos más altos, que podrían ser de secundaria.

Aquel chico no estaba entre los niños. Pensé que «tal vez sí».

—¿Quién es usted?

Uno de los ancianos se percató de mi presencia y vino hacia mí. Era un señor que llevaba el cabello gris bien peinado y caminaba con la espalda erguida. No era capaz de calcular la edad de la gente mayor, pero, por sus manchas y sus arrugas, no llegaría a los 70 años. Llevaba una placa colgada del cuello que rezaba: «Presidente Asociación de Mayores Alegres». El anciano asintió con la cabeza, «Ah», como si después de haberme mirado de arriba abajo lo hubiera entendido todo.

—¿Es usted la señorita que se ha mudado arriba? ¿Cómo se llama?

—Ah, eh… Me llamo Mishima. Encantada.

Hice una reverencia. De pronto, el señor señaló la placa que se balanceaba en su pecho.

—Soy Shinagi, el presidente de la asociación de mayores de esta zona. Cada mañana hago ejercicios de la radio con los niños,

aprovechando que ya han empezado las vacaciones de verano. Bueno, ¡participe usted también!

La sonrisa que mostraba sus dientes dejaba entrever parte de su firmeza. Era como si su actitud y sus palabras estuvieran acompañadas de una expresión literal que definía su agilidad. Mientras dudaba qué hacer, otro anciano completamente calvo intervino diciendo:

—No te pongas en alerta, el *sensei*[11] es una buena persona.

No sabía por qué estaba desnudo de cintura para arriba. Llevaba puesto un pantalón de chándal de algún colegio con el nombre Kiyama bordado.

—Trabajó como director de un instituto de secundaria hasta su jubilación. Es una persona maravillosa. Relájate. Puedes huir si te habla una persona como yo.

La cara con la que soltó su sonora carcajada mostraba que no era tan mala persona como decía ser. Al anciano Shinagi san le llamaban Ichikawa san. «A ver, oye, ¡que no te llamas Kiyama!», pensé.

—Ya ha terminado el ejercicio. Disculpe por las molestias, pero ¿podría sellar la ficha de los niños?

Murmuré:

—Vale.

¡Cuántos recuerdos! Era natural que los niños fueran a hacer ejercicios de la radio por la mañana, durante las vacaciones de verano. Traían su ficha de asistencia. Llegaban frotándose los ojos con las manos por el sueño, y llenaban la tarjeta de sellos. A los que conseguían acudir todos los días sin faltar les regalaban una hucha con forma de ballena azul. Pero claro, Masaki me quitó aquella hucha. Lloraba chillando que lo quería, así que mi madre me lo arrebató. A pesar de todo, Masaki era un niño que quería todo, se hartaba con facilidad y era violento. Con lo cual, la hucha de ballena acabó hecha pedazos en tres días. Recordé la tristeza con la que miraba las piezas azules que había en la basura. Hice un gran esfuerzo para recomponerla, porque de verdad quería la ballena.

Shinagi san me entregó una ficha.

—Tenga una usted también.

—Ah, gracias. ¿Todos los niños del barrio están participando? —le pregunté a Shinagi san mientras recibía la ficha. Se rió hinchando los orificios nasales:

—Desde luego. Todos los niños del barrio vienen aquí cuando llega el verano. Es un evento anual. Un día vino a entrevistarnos la televisión, ya que consideraban que ésta era una zona donde los niños y los mayores se aportaban algo mutuamente. Me encargué de contestar a las preguntas de la entrevista. Todo el mundo decía que salí bastante guapo.

—Vale —respondí sonriendo vagamente. Me incomodaba que me

contara aquellas cosas con tanto orgullo. Además, me importaba mucho más aquel niño que su historia. Quería preguntarle más, pero podría resultar sospechosa y me quedé pensativa. De repente:

—Mishima san, dicen que usted no trabaja, ¿verdad?

—No. Lo sabe bien usted.

¿Era del grupo de asiduos al Kondō Mart? No, quizás los del grupo pertenecían a la asociación. En todo caso, parecía que la red de ancianos de la zona se extendía con más fuerza y precisión que una red de pesca. Imaginaba que los ancianos tiraban la red bajo la sonriente máscara que llevaban pegada. Puede que yo no fuera más que una sardina que se había quedado atrapada allí.

—No sé cuáles pueden ser sus motivos, pero encuentre trabajo lo antes posible. Si un adulto sin trabajo se dedica a vagabundear, no es bueno para la educación. Es algo vergonzoso en una persona adulta.

Shinagi san lo contaba con alegría. Sin embargo, me estaba diciendo lo mismo que aquella abuela del otro día, y percibí cómo mi cara se tensaba. ¿Quién ha dicho que era buena persona? No era más que un viejo sarcástico.

—A mí no me parece bien para la educación que alguien meta la nariz en las circunstancias de los demás. De todas maneras, perdone por la visita.

Era mejor que no tuviera ningún trato con ese tipo de gente. Sonreí a propósito y me marché de aquel lugar. Arrojé la ficha en un cubo de basura que había a la salida de la plaza.

Aquel día, por la tarde, sonó el timbre. Aquello no era habitual. Salí corriendo, suponiendo que podría ser aquel chico, y encontré a Muranaka sujetando una bolsa de plástico. Debía ser su día libre, ya que llevaba una vestimenta informal, con una camiseta y un pantalón casual.

—Vaya, Muranaka —dije, suspirando por el bajón que me dio. Muranaka se desalentó:

—¡Joder! No hace falta que pongas esa cara, parece que hubieras visto algo asqueroso.

—No me das asco, pero ¿qué quieres? Pensaba haberte hecho el ingreso de aquel día.

Mientras me ponía en alerta ante Muranaka, que se estaba mostrando más simpático que la otra vez, me entregó una bolsa hinchadísima de plástico con ambas manos, como si fuera una ofrenda.

—Espero que te gusten.

La bolsa estaba repleta de helados. Había muchas variedades, como polo de sandía, sándwich de vainilla o helado de chocolate denso.

¿Y eso?, le interrogué con la mirada.

—Bueno, mira, pregunté qué tal estabas después del otro día —dijo

—. Además, he encontrado estas cosas rebuscando en los viejos álbumes de mi difunto abuelo.

De nuevo me había ofrecido algo, unas fotos descoloridas. Al mirarlas, encontré entre ellas a mi difunta abuela. Podría ser la estampa de las clases de nagauta. Mi abuela sonreía, con el peinado arreglado de manera hermosa, vestida con un kimono. Estaba rodeada por unos hombres con gesto serio sentados sobre los talones.

Había otra foto que podría ser de una fiesta de verano. La abuela llevaba puesto un *yukata,* el kimono de algodón de verano, y esbozaba una sonrisa entre la muchedumbre que bailaba rodeando un alto escenario.

Al fallecer mi abuela, mi madre tiró todas sus pertenencias, así que no había heredado nada de ella. Debió guardar en su armario las cosas de valor, como el kimono de seda o el anillo grande de amatista, pero el resto de cosas cotidianas o los álbumes fueron desechados, sin dejar ni una pieza. Por eso decidí considerar que esta casa, para la que no había aparecido ningún comprador, era parte de mi herencia. Recordé que, mientras Muranaka me había ayudado a mover los muebles, se lo había contado un poco.

—Éstas… ¿las has buscado expresamente? Además, esta foto…

Había una en la que salía una niña sentada encima de las rodillas de la abuela. Era una niña con la boca cerrada y un gesto poco amable que llevaba la melena como una muñeca de Ichimatsu.[12] No había duda, era yo.

—Mishima san, estoy seguro de que esa niña eres tú. —Muranaka sonrió de lleno con inocencia, como si fuera un niño que había descubierto un tesoro—. Cuando las vi, decidí entregártelas sin falta.

—¡Menuda sorpresa! ¡Esto sí que me alegra!

Mi madre había tirado hasta la última foto de mi abuela. Le pregunté por qué lo había hecho, pero me pegó diciendo que la pequeña tenía que quedarse callada. Mi madre, que había nacido como hija de una concubina, no se gustaba a sí misma y odiaba a la mujer que la había traído al mundo. «He vivido mucho tiempo convencida de que iba a criar a mi niña correcta, nacida de una manera correcta. —Lo decía siempre que se emborrachaba—. Pero ¡qué complicada es la mala sangre! Al final yo también di a luz una niña que no había nacido de la manera correcta. Eras tú».

—Quería mucho a mi abuela —le dije a Muranaka mientras abracé las fotos sin querer—. Sólo te puedo ofrecer té, pero ¿quieres quedarte a tomarlo?

Muranaka abrió los ojos como si se hubiera sorprendido, se rascó la mejilla y dijo:

—Vamos a comer juntos los helados.

—Venga. Entra.

Después, los dos nos sentamos uno al lado del otro en la veranda y tomamos los helados que había traído Muranaka. Contemplé las fotos que me había entregado mientras sujetaba el polo de sandía en una mano.

—Ese con la cara crispada que está en el extremo derecho es mi abuelo —dijo Muranaka, tomando una cucharada de helado de una tarrina con el dibujo de un oso polar. Al ver la foto, me fijé en aquel hombre que parecía sencillo y taciturno. Tenía un aire similar al de Muranaka.

—Bueno, parece serio para ser todo un ligón.

—Parece serio porque era un ligón. Al principio empezó a ir por tu abuela, pero me decía que practicaba más que nadie. Al final se convirtió en todo un maestro de *shamisen*.[13]

—¡Vaya con tu abuelo!

Miraba aquella sonrisa de mi abuela. Contemplaba su rostro apuesto tocando el *shamisen*. El recuerdo, cuya silueta había olvidado casi por completo a lo largo del tiempo, se presentaba ante mis ojos. Pensé que nunca volvería a verla.

—De hecho, un día vine a esta casa a buscar al yayo. Quizás llegué a verte, Mishima san —dijo Muranaka alegre.

Mientras acariciaba la cara de mi abuela con los dedos, se me ocurrió una idea.

—Oye, Muranaka. Tú vives aquí desde hace mucho tiempo y conoces esta zona, ¿verdad? ¿Conoces a un niño con melena y pinta de estudiante de secundaria? Es fino como una chica, y tiene una cara bonita. Creo que es incapaz de hablar.

—Puede que sea el hijo de Kotomi. —Se lo había preguntado convencida de no recibir respuesta, pero me contestó con claridad—. Una compañera de secundaria volvió aquí con su hijo hace un par de meses. Dicen que tiene discapacidad y que no puede hablar.

—¡Ah! Creo que es ése. Oye, ¿te llevas bien con esa Kotomi?

—No, nada.

Muranaka encogió los hombros y dijo:

—Antes puede que hubiera alguien, pero ahora dudo que alguna persona pueda llevarse bien con Kotomi. Parecía que no había terminado el instituto y, de repente, desapareció. Durante unos diez años nadie supo dónde estaba ni qué hacía. De repente regresó, encima con un niño ya crecido. Ése era el rumor que corría entre los parroquianos.

—Ah —murmuré. Supuse que se habría quedado embarazada sin querer cuando era estudiante y decidió marcharse, o algo así. Se lo comenté a Muranaka—. Puede ser por la edad del niño.

Muranaka asintió con la cabeza.

—Entonces, ¿qué pasa con el hijo de Kotomi?

—A ver. Aquel día de lluvia se me voló el paraguas y él me ayudó.

Sonreí procurando no decir cosas innecesarias.

—¿De verdad? —exclamó Muranaka—. ¿Es capaz de ayudar a alguien?

—¿En qué sentido?

—Es que dicen que él no es capaz de comunicarse con nadie. —Me quedé atónita. No podía ser—. Dicen que escucha el canto de pájaros o de bichos durante mucho rato en su viejo radiocasete. Además, no le gusta bañarse, ni cambiarse, y arma un alboroto enorme. De todas maneras, parece que es un salvaje. ¡Qué complicado será criar a esa clase de niño! —dijo Muranaka pensativo.

Me contó que no se trataba de una amiga cercana, pero que sabe mucho de su entorno. Me aterroriza que cualquier tipo de información pueda filtrarse hasta este punto en el pueblo. Pero, al escuchar más detalles, parecía que el padre de Kotomi se quejaba de aquel niño delante de la gente.

—Está bien que se hayan instalado en su casa. El problema es que no le puede ver como a su nieto, ya que no se han visto durante mucho tiempo. Además, no hay manera de comunicarse con él. De modo que, por mucho que lo intente, no encuentra manera de mimarle. Mi abuela se compadece de todos diciendo: «¡Qué pobre es el señor presidente!».

—Ahá… ¿De qué es presidente?

Me quedé paralizada. Hacía poco que había oído en algún lado ese título.

—Es el presidente de la asociación de mayores de este barrio.

Aquel viejo sarcástico. Vaya.

—Shinagi sensei, bueno, siempre le llamo así. El sensei es un apasionado de la educación y tiene el apoyo de los alumnos y los padres serios. Y yo, a ver, era tonto y malo, así que no paraba de echarme la bronca. Pero creo que ahora entiendo que era porque se preocupaba por nosotros. Hasta el sensei mismo está preocupado, así que seguro que se trata de una situación muy complicada.

Susurré en el fondo de mis entrañas: «Eso quiere decir que sólo trataba bien a los más fáciles de criar, ¿no? En cualquier lado hay profesores egocéntricos que odian a los alumnos que hacen lo que no les mola. Aquel anciano en chándal decía que era buena persona, pero a mí no me dio buena impresión y no creo que fuera un profesor tan estupendo.

Cuando terminamos de tomar los helados, Muranaka propuso:

—¿Por qué no quedamos un día para tomar algo? —Me dijo que había una taberna deliciosa cerca de la lonja. Como me quedé callada, añadió—: Si no quieres que vayamos solos, se lo puedo decir a otros como Kenta —insistió—. Cuando tengas amigos, creo que te lo pasarás

bien. Además, podrán ayudarte cuando te pase algo.

Muranaka sonrió con una expresión bondadosa. Se notaba que pensaba en mí, lo cual me alegraba. Pero respondí:

—No voy a ir. No quiero que me ayuden.

Muranaka se mostró extrañado. Ya no quiero que me ayude nadie. No tengo derecho a recibir ayuda.

—Gracias por las fotos y los helados. Vete ya —le dije a Muranaka, y entré en casa.

* * *

Hay una escena con la que he soñado repetidas veces. Es un sueño repleto de inestabilidad, como un pez que vive tranquilo en el fondo del mar y aparece en la superficie del agua por capricho.

Es mediodía. A través de una gran ventana, un agradable viento sopla y hace oscilar las cortinas. Hay una madre adormilada con un bebé en sus brazos sentada en un asiento reclinable, con la espalda inclinada hacia atrás. El bebé se dedica a chupar su dedo haciendo ruido, chup, chup. El padre se da cuenta, coge al bebé y le da un besito en su mejilla blandita. La madre se incorpora apresurada y la tranquiliza sonriendo, dice que todo está bien y que duerma un poco más. Estarás cansada. Gracias por cuidarlo todos los días. La madre esboza una sonrisa, como si se alegrara. Gracias. Oye, cariño. Estoy feliz. Todavía no me puedo creer que me estaba esperando una felicidad como ésta.

Es una escena hermosa. Hay una firme felicidad que nadie puede infringir. Estoy viendo algo que apenas puede verse, emite una luz tenue. Me está prohibido entrar allí.

Oye, mamá. Yo también quiero abrazar a mi hermano. Quiero respirar de lleno en el corazón aquel aroma que dicen que es como el de la leche dulce. Quiero decírselo, pero la voz se me hace un nudo duro en el fondo de la garganta y no me sale. Mi yo del sueño sabe que, si hago eso, me van a regañar.

Es mi familia. Está cerca, pero muy lejos.

—¿Qué estás mirando, Kiko?

Mi padrastro se da cuenta de que les estoy mirando y su sonrisa desaparece. En cambio, dice con una voz fría:

—No nos mires con esa cara ansiosa. Vete hacia allá.

Su rostro me asusta, todas sus emociones se han borrado como las de una máscara del teatro *noh*.[14] Si no hago caso a lo que me dice, me va a pegar. Pero mis pies son incapaces de moverse. En algún rincón de mi mente estoy esperando que mi madre me diga «ven aquí». Eso jamás va a suceder. Claro, porque mi madre ni siquiera me mira.

El padrastro chasquea como si le irritara y se acerca a mí. Tengo que huir. Pero no se me mueven los pies.

—Padre, es que…

—¡Hazme caso!

«Plás». Suena aquel ruido. Ese impacto siempre me despierta. Es lo de siempre.

Al abrir los ojos, veo el techo que estoy acostumbrada a ver. Parpadeo un par de veces y suspiro.

—… Hace mucho tiempo que no soñaba con esto.

Es un recuerdo de hace veinte años. Pensé que lo había olvidado del todo, pero era muy vívido, como si fuera algo que hubiera sucedido ayer. Ya no quiero que mi madre mire hacia este lado. Aun así, ¿por qué he tenido este sueño? Tal vez porque vi a mi madre un par de años antes de mudarme.

—¿Vienes de repente y me dices que te quieres quedar con la casa de la abuela? ¿De qué vas?

Mi madre me había recibido en la casa de mis padres y se mostraba tan fría como siempre. La visita de su hija, a la que no había visto y con la que no había mantenido contacto en años, no le causó más que molestias. No esperaba que me acogiera con los brazos abiertos, pero lo único que me quedaba era visitarla para obtener la vivienda.

—¿Qué vas a hacer con la vieja casa rural?

—Voy a vivir allí.

Mi respuesta fue corta. Mi madre frunció el ceño.

—¿Exactamente al final de Kyūshū? Espero que no hayas hecho nada, por favor. ¡No quiero que perjudiques la búsqueda de trabajo de Masaki…!

—No. Sólo quiero vivir allí contemplando el mar. Cuando llegue allí, ya no volveré —dije. Tras escucharlo, mi madre me preguntó con una mirada de sospecha:

—¿Vas a vivir con aquel hombre? ¿Cómo se llamaba aquel insolente? ¿Te vas a casar con él?

—No lo sé. Eso no importa; dame aquella casa. Si lo haces, nunca más me acercaré por aquí. Puedes cortar el vínculo familiar conmigo.

Mi madre puso los ojos como platos. Miré firme aquel rostro. Mi madre era un poco mayor de lo que recordaba y, aunque no supiera por qué, se la veía pequeña. El dorso de su mano, con el que me había pegado innumerables veces, tenía las venas y los huesos marcados. ¿Era ésa la mano con la que me había atormentado durante tanto tiempo?

—Con una simple casa con la que no sabes ni qué hacer puedes deshacerte de todas las molestias, ¿no te parece barato? Dámela.

Mi madre fingió que pensaba un rato y dijo:

—Luego no vengas a pedirme dinero. —Asentí con la cabeza—. ¿Te hago un justificante?

—… Bueno, no hace falta.

Mi madre agitó la mano como si no le importara mucho y dijo que haría los trámites.

—Te pongo como titular, ¿verdad? A cambio, jamás volverás por aquí.

Un par de días después me mandó un mensaje diciendo que había terminado el trámite. Pensé en dar de baja el móvil, ya que aquél sería mi último contacto con ella.

—En fin, mamá, éste es mi adiós contigo. Así que…

¿Me querías, al menos, un poco? Quería hacerle la pregunta, pero no era capaz de terminar la frase. Mi madre colgó sin la menor duda y la conversación se acabó. Mientras escuchaba el ocupado tono inorgánico, me preguntaba qué había significado yo para ella. ¿Hubo alguna noche en las que me abrazaste y dijiste que querías darme a luz, aunque supieras que no iría de la manera correcta? ¿Hubo alguna mañana en las que lloraste y dijiste que podías seguir porque me tenías? ¿Dices que todo eso que vi era una ilusión? ¡Déjame creer que mi único sostén para seguir adelante durante tanto tiempo era verdad!

—… De hecho, ¡me da igual!

Lo digo en voz alta a propósito. Eso no me importaba. Ya no soy una niña que se despierta en mitad de la noche llorando. Además, mi madre sólo son los restos de la vida a la que había puesto fin por voluntad propia. Ya no es una persona a la que tenga que seguir.

—En tu siguiente vida, Kinako, conocerás a tu alma gemela. Seguro que conocerás a una persona que sea tu única alma gemela, a la que amarás y que te amará. Serás feliz.

An san, que me había salvado la vida, me lo dijo mientras estaba atormentada por la pérdida de mi madre. Nunca había podido creer que existiera algo tan desorbitado en el mundo como un alma gemela. Pero An san me lo dijo con fuerza, sonriendo.

—Todo irá bien. Seguro que existe. Hasta ese momento, yo te protegeré.

En ese instante tuve la sensación de que con sólo aquellas palabras de An san podía seguir adelante. No hace falta que exista un alma gemela. Estaba convencida de que, a partir de ahí, podía seguir sólo con sus palabras. Es que me llenaron tanto… Lo pensé desde el corazón.

Me levanté de la cama y abrí la ventana. El mar se extendía a lo lejos con su azul profundo. Las nubes, como algodón dulce recién hecho, flotaban sobre él. El viento aún no se había vuelto caluroso y traía el sonido de los ejercicios de la radio. Me imagino que esta mañana los ancianos también estarán moviendo su cuerpo al ritmo y los niños recibirán el sello en la ficha. Es una mañana tranquila, común y corriente. El paisaje se refleja con gentileza en mis ojos. Ese sonido me provoca nostalgia. Hoy también arreglaré el jardín y

comeré el curry que hice ayer. De merienda tengo *mochi*[15] de helecho. Lo encargué en internet porque, según dicen, es el mejor de la prefectura de Nagano. En la radio dijeron que los polvos de judía negra y la melaza eran auténticos.

Ha de ser el comienzo de un día que no pueda ofenderme. No hay nada por lo que lamentarse. Aun así, sólo al pensar que él ya no está lo transforma en un día pésimo, como si de repente le hubieran dado la vuelta a las piezas del reversi.[16] La sensación de abandono me provoca tal desesperación que está a punto de despedazar mi corazón. Ya no puedo pasar el día de hoy con calma.

—An san. An san.

Le llamo repetidas veces, como si rezara. Era mi madre, cuando era pequeña. La llamaba, «¡Mamá!», como si recitara un conjuro cuando me sentía agobiada, me dolía algo o me sentía sola. Antes, la madre era una presencia más sublime que las deidades y el buda. ¿Cuándo empecé a llamar a An san y no a mi madre? Ya empiezo a tener la sensación de que llevaba tiempo llamando a An san, desde que empecé a entender las cosas. Por mi culpa, había perdido aquella presencia a la que adoraba y de la que dependía de corazón.

—An san. An san.

¡Ojalá pudiera seguir sólo con los recuerdos! Dicen que hay personas que convierten una única frase en un diamante eterno y siguen abrazadas a él. Yo también quiero ser así. De verdad deseo poder seguir engalanándome con los días que compartí con An san. Pero no soy digna de convertirlo en un diamante. Soy una persona necia y débil, cruda, y cometí un pecado imperdonable.

Me temblaba la voz mientras le llamaba. Cada vez que alzo una plegaria pero no llega a su destino y queda encima de la lengua, mi cuerpo se duerme y no puedo respirar. Cuando me quise dar cuenta, estaba llorando en voz alta, mirando el cielo.

No sé cuánto tiempo estuve llorando. Me empezó a doler la cabeza, y mi cara acabó empapada de lágrimas y mocos. Y escuché un ruido; alguien había tocado la puerta corredera con ligereza. Me limpié las lágrimas y decidí fingir que no estaba. Un rato después, de nuevo, llamaron a la puerta. No sabía cómo, pero aquel ruido vacilante me hizo saber quién había venido. Me puse de pie y corrí hacia la entrada.

Al abrir la puerta con vehemencia, me encontré esperando a aquel chico de pie.

—Ya lo sabía. Eres tú.

Intenté sonreír, pero fui incapaz. Cuando vio cómo tensaba mi rostro sucio por el lloriqueo, el chico se quedó atónito y abrió la boca. Se puso nervioso y pasó su mano por la barriga dibujando círculos. Estaba segura de que se preocupaba por la herida de mi barriga.

—Perdona, ¿te he asustado? Tranquilo, ya estoy bien. Estaba llorando un poco. De hecho, siempre que nos vemos estoy llorando.

Me limpié la cara con brusquedad, utilizando ambas manos, y me esforcé en sonreír. Pensé que lo había hecho mejor que antes, pero no parecía haber tanta diferencia. El chico estaba pálido y señaló mi barriga.

—No, no me duele la barriga. No sé qué te puedo decir. Estoy agobiada, me cuesta respirar, pero no es eso. Qué será… Miedo, supongo que tengo miedo.

Tengo mucho miedo.

Parecía que el chico pensaba que estaba aterrorizada por algo. Miraba ansioso a su alrededor y detrás de mí.

—No, no, no es eso. A ver, me siento… Como si me hubieran abandonado, como una niña perdida. Claro, no lo entiendes, ¿verdad? Lo siento.

Sobre todo, ¿por qué has venido? Ante mi pregunta, el chico, preocupado, que seguía frunciendo el ceño, arrojó la prenda que llevaba puesta. Llevaba una camiseta blanca gastada. Tras mirarle con detenimiento, me pareció que era una prenda interior de caballero. Agarró el borde de la ropa interior con las manos y me lo mostró.

—¿Qué, qué? Ah, ¿puede ser aquella camiseta? ¿Esa que te quité?

El chico, que intentaba decirme algo agarrando el borde de la camiseta, sacudió varias veces la cabeza.

—Espera un momento.

Fui al fondo y regresé con la camiseta. Al verme, el chico se mostró aliviado. Cuando se la di, su rostro se llenó de alegría en un segundo, pero de inmediato se volvió sombrío.

—Uy, ¿habría sido mejor que la hubiera dejado tal cual?

Olía tan mal que la había lavado. El chico dejó caer las cejas y miró la camiseta doblada. Pensaba que no habría problema con lavarla, pero quizás le regañarían. ¡Qué he hecho!

—Lo siento, no hacía falta, ¿verdad? —dije apresurada.

El chico negó con la cabeza. Después se volvió y comenzó a marcharse cabizbajo. Le agarré por el brazo.

—Eh, siento lo del otro día, te forcé un poco. ¿Quieres quedarte a merendar? Encargué mochi de helecho. Dicen que está buenísimo.

Perplejo, el chico negó con la cabeza.

—¿No te gusta el dulce? Entonces, ¿patatas fritas? Tengo cinco tipos en casa.

De nuevo negó con la cabeza.

—Perdona —le pedí perdón por su cara tan seria—. Lo siento. La verdad es que quiero que te quedes un rato a mi lado. Me estaba muriendo de estar sola.

Dicho esto, de mis ojos brotaron lágrimas. Volví a poner más fuerza

en la mano que agarraba aquel brazo delgado.

—Aunque sea un rato, quédate conmigo. Por favor.

¿Qué le estoy pidiendo a este niño? Y, a pesar de todo, quería que se quedara a mi lado y compartir calor humano, sin importarme con quién.

Noté que la fuerza de su cuerpo había desaparecido. Respiré por la nariz y me limpié la cara con otra mano. Cuando lo miré, se fijó en mi cara y dio un paso adelante. Me sentí cautivada por sus ojos, que eran como cristaleras de color suave y oscilante.

Dejé caer un «Gracias» ante aquella simpatía sin palabras. Parecía que, tras la vez anterior, permanecía atento. No quiso entrar en casa, así que puse una pequeña mesa baja que solía sacar a la veranda y allí comimos el curry juntos. El caso era que cuando dije «¿Has desayunado? También tengo curry», su barriga hizo muchísimo ruido. El chico estaba aturdido, con la cara enrojecida, así que le dije:

—No he desayunado, así que nos comeremos el curry juntos.

Era un curry un poco picante, por lo que estaba un poco preocupada. Pero se entregó a devorarlo.

La luz del sol era todavía tenue, y el viento que soplaba nos hacía sentir como si estuviéramos en un picnic. La emoción que se había estado agitando en mí se iba calmando poco a poco gracias a la caricia del viento. ¡Qué suerte que haya venido!

—¿Está bueno? —pregunté con la cara hinchada por haber llorado tanto. El chico me dirigió una mirada breve y asintió con la cabeza. Lo terminó en un abrir y cerrar de ojos, así que le pregunté si quería repetir. El chico asintió con la cabeza.

—¡Come todo lo que quieras! Como vivo sola, pensaba congelar el resto.

Yo también me llevaba el curry a la boca y lo observaba. Muranaka decía que no era capaz de comunicarse y que armaba alborotos, pero no vi el menor atisbo de nada de aquello. Más bien, era como un animal frágil, como un conejo o un pajarito. Al beber agua, dejaba asomar su garganta fina y luego expulsaba el aire. Sus mejillas se enrojecían, y el chico cerraba los ojos a medias, como si se hubiera quedado satisfecho. Aunque supiera que era un niño varón, parecía delicado como una niña.

—¿Qué quieres de postre? Como ya hemos tomado algo salado, ¿comemos algún dulce? Como te decía, tengo mochi de helecho. Lo encargué porque en la radio dijeron que está muy bueno. Hoy en día vivimos en un mundo muy práctico, ¿no crees? Estés donde estés, puedes comprar cualquier cosa. La verdad es que esta localidad no está nada bien comunicada, así que compré una *tablet* el otro día. No necesito tele ni móvil, ¡pero internet es fundamental!

Mientras le contaba todo aquello, preparé el mochi en un segundo.

Deposité uno al que le había puesto polvos de soja y abundante melaza delante del niño. De pronto, sus ojos empezaron a brillar. Me miraba como si tratara de hacerme una pregunta, así que le animé:

—¡Cómetelo!

El chico hizo un gesto, como si tratara de abstenerse un poco, pero luego se puso a comerlo con ímpetu porque parecía no poder aguantarse más. Sin embargo, llegó a inhalar los polvos. Se atragantó con ellos y bebió agua a toda prisa. Tan intenso era su apetito que me di cuenta de que apenas comía. Me era difícil creer que se comportara así después de haber desayunado. Miré el reloj y eran las ocho. Por lo general, debería haber terminado de desayunar después de hacer los ejercicios de la radio… Entonces me percaté de algo y se me escapó.

—¡Ah! —El chico inclinó la cabeza y me miró, así que sonreí y dije —: ¡Nada!

Claro, existía la posibilidad de que Shinagi san, que tenía que ser su abuelo, estuviera maltratando al niño. Aquello que comentaba a su alrededor de que era imposible manejarle porque odiaba cambiarse y bañarse debía tratarse de una mentira para ocultar los moretones del cuerpo…

Un horripilante escalofrío me recorrió la espalda. Si así fuera, este niño incapaz de hablar no podría pedirle ayuda a nadie. Y, encima, esa persona da la impresión de ser un hombre de bien. Así que, si alguien sacara el tema, nadie se lo creería.

El chico detuvo sus manos y se puso a buscar algo a su alrededor. Parecía estar reaccionando al canto de los pájaros que se habían quedado en el jardín. Al ver su cara mirando al cielo como si le cegara, recordé que Muranaka me había dicho que le gustaba el canto de los pájaros y de los insectos.

—¿Te gustan los pájaros?

El niño sacudió un poco la cabeza para afirmar. Terminé de comer antes que él, traje la tablet y abrí una página de vídeos. Cuando reproduje un vídeo en el que cantaba un ruiseñor, se asomó sorprendido. Observaba, sin parecer en absoluto resabiado, al ruiseñor cantando a lo alto desde la rama de un árbol. Todos los niños de su generación tenían las tablet a mano, pero me daba la impresión de que era como si no hubiera visto nunca una.

—Puedes seguir mirándolo. Cuando se acabe el vídeo, tocas aquí. Entonces puedes ver los otros.

El chico asintió con la cabeza, sacudiéndola muchas veces, y se quedó cautivado al instante por la tablet. Por mucho que le hablara, no reaccionaba en absoluto. Le enseñé los modos de manejo: cómo verlos de nuevo, el control de volúmen, etcétera, y en una hora fue capaz de manejarla a la perfección.

—¡Qué bien!

Asombrada por la tremenda capacidad de un niño para absorber las cosas, me pregunté si de verdad él presentaba alguna discapacidad. No veía nada extraño, salvo que no articulaba ninguna palabra. Al no tener un trato profundo con él, no podía saber la verdad. No tenía ninguna razón en concreto, pero estaba segura de que era un niño muy normal. Estaba segura de que tenía algún motivo para no hablar.

El chico me puso la tablet delante. Al parecer, había tocado un anuncio. Movía la boca como si quisiera decirme algo, pero no salía ningún sonido.

—Ah, en este caso, tocas aquí. Entonces…

Agarré la tablet y me puse a manejarla. Sus ojos claros se fijaron en mis manos. Eché un vistazo a su cara.

Desprendía mi mismo olor. Era el olor de la soledad, ese olor que denota que no ha recibido el afecto de sus padres. Deduje que era ese olor el que le quitaba las palabras.

Este olor es muy complicado. Por mucho que lo laves con esmero, no desaparece. El olor de la soledad empapa el corazón, no la piel ni la carne. Si alguien ha conseguido borrar este olor, creo que esa persona ha quedado satisfecha con su vida. Si el agua que está dentro del corazón se extiende y se amplía como el mar, la soledad que tenía pegada se suaviza y ya no huele. Es como echar una gota de tinta al mar: se diluye y termina por desaparecer. Creo que esa persona es feliz. Pero hay gente, como yo, que sigue abrazada al agua tibia mientras se pudre a causa de su olor pestilente.

La tablet reanudó la reproducción del canto de los pájaros y el chico puso un gesto alegre. Al ver su rostro, comenzó a crecer en mí el impulso de suavizar el olor de ese niño. Pero al mismo tiempo creo que soy incapaz de hacerlo. Ni siquiera soy capaz de manejar bien mis propios asuntos. ¿Cómo puedo hacerlo? Te sientes sola, por eso quieres un gato. Y mi otro yo se burla de mí.

Al contemplar su perfil, sentí que estaba lejos.

Desde ese día, el chico empezó a venir a mi casa todos los días. Merendaba conmigo en la veranda, y a veces comíamos juntos y se enfrascaba en la tablet. Además del canto de los pájaros, también le servía el aullido de las fieras. Se mostraba tan apasionado que me impresionó su capacidad de concentración.

Un día, tras haber venido ya varias veces, me di cuenta de que todavía no me había dicho cómo se llamaba.

—¡Se me ha ido la olla! Mira, no puedo seguir llamándote con «oye» o «tú» para siempre, así que dime cómo te llamas. Yo soy Kinako. De hecho, mi nombre verdadero es Kiko, pero me pusieron de apodo Kinako. ¿No te parece bonito?

Escribí 貴瑚 con un palito que estaba tirado en el suelo del jardín y puse la lectura «Kiko» al lado. No sabía hasta qué punto, pero el chico

sabía leer, ya que vi que era capaz de teclear nombres como «león» o «cuco».

—Llámame Kinako. Ahora te toca a ti. Adelante.

Le pasé el palito al chico y me quedé mirándolo. Estaba inmóvil con el palito en la mano y se puso a pensar un poco. Después escribió despacio «bicho».

¿Qué quería decir? Me quedé sin aliento. El chico me miró. Me era imposible leer sus sentimientos mirándole a los ojos.

No se había puesto la camiseta que había lavado aquel día. Llevaba la misma camiseta vieja de caballero durante tres días. Supongo que se lavaría un poco el pelo y el cuerpo. Algunos días olía, otros no. Ya que se negaba a que tocara su cuerpo, no he podido verlo, pero estaba segura de que todavía tenía moretones. Deduje que le estaban maltratando. Es evidente que hay marcas de malos tratos que no se pueden ocultar por mucho que se intente.

—Eh, ah, bueno, ¿te llamas Musashi[17] o algo así? ¿Es un apodo como el mío, Kinako?

Mientras le preguntaba, caí en la cuenta de que no debía ser eso. Por muchas vueltas que le daba, no encontraba un motivo favorable. Tal y como esperaba, el chico sacudió la cabeza, tiró el palito al suelo como si se aburriera y volvió a coger la tablet. La expresión de su rostro, distraído en la pantalla, me provocó aún más ansiedad. Tenía que hacerme amiga suya para que pudiera contarme la situación en la que se encontraba.

Luego tendí la ropa en el jardín. De pronto oí aquella voz que estaba acostumbrada a escuchar. Al volverme, percibí que el sonido venía de la tablet. ¿Sonó aquel animal mientras navegaba entre los vídeos?

—Ése…

El chico, al que jamás podría llamar bicho, agudizaba el oído sentado en la veranda. Se percató de que estaba sorprendida y me señaló la tablet.

—Ah, pues has llegado a ése. Lo escucho mucho.

El chico señalaba repetidas veces la tablet e inclinaba la cabeza. Estaba segura de que no sabía a qué animal pertenecía. Puse una toalla de baño que estaba a punto de tender en la cesta y me senté a su lado.

El sonido resonaba con profundidad y provocaba un eco en la imagen, llena de burbujas que subían con lentitud a través de la oscura penumbra del agua. Parecía como una respiración honda y similar a un tarareo. También sonaba como una voz que te llama con dulzura.

—Éste es el canto de una ballena. —Las cejas del niño se levantaron un poco—. ¡Qué sorpresa! ¿Verdad? Dicen que las ballenas se comunican con sus amigos en el mar como si cantaran canciones. ¡Jo!

Impresionado, con un suspiro, el chico echó una mirada al mar ante sus ojos. Yo también veía el mar como él.

—Tremendo, ¿verdad? Su voz se transmite de lleno a sus amigos en un mar tan grande y profundo. Estoy segura de que charlan entre ellos. ¿Te puedes imaginar qué dice ésta?

Espero que sea algo trivial. «¡Cómo ilumina la luna esta noche! ¡El mar por aquí está limpio y es agradable! ¡Tengo ganas de verte, que hace mucho tiempo que no nos vemos!». Me gustaría que hubiera este tipo de conversaciones en algún lugar del mar.

—¿Cómo te sentirías cuando resuene la voz de otro en el agua? Creo que tiene que ser como si todo tu cuerpo se cubriera por los sentimientos del otro.

Recibir los sentimientos del otro con todo tu cuerpo y escucharlos con mi cuerpo entero. Supongo que ha de ser muy agradable.

—Por muy lejos que estés, ¿no es estupendo percibir los sentimientos destinados a ti? Pero hay niños que no tienen esa clase de suerte…

De repente, en medio de la conversación, el chico se puso de pie. Cuando lo miré, vi que estaba disgustado, con el ceño fruncido y los labios torcidos. Se marchó tal cual, como si huyera, sin que me dejara preguntar qué le había pasado.

—La historia estaba a punto de comenzar.

Como parecía que se había interesado en la historia de las ballenas, me había animado a contarlo. Tal vez este niño entenderá por qué escucho la voz de las ballenas.

—No sé si vendrá de nuevo —murmuré en voz baja.

* * *

Compré una bicicleta en internet. Me preocupaba mi falta de ejercicio físico, y también quería ampliar mi campo de actividad. Así, si me animaba, podía acudir hasta el AEON. Pero jamás esperaba que las tiendas de internet demostraran su verdadero valor en un pueblo. La verdad es que no puedo seguir sólo con el Kondō Mart. Moriré antes del día en el que pongan vino de Sicilia o cervezas belgas en la estantería.

Salí a pasear en la bicicleta recién llegada. Bajé la cuesta con fluidez y pedaleé hacia la lonja en la que antes apenas había estado. Me deslicé delante del conjunto de edificios con las persianas bajadas. Deduje que antes eran comercios privados. Un espacio, como el parque en el que había estado antes, estaba lleno de hierbas que habían crecido hasta la cintura. Entre aquella soledad había unas barras de ejercicio desteñidas y un tobogán.

—No sé cómo la abuela sobrevivió en este lugar.

Hablé sola en voz baja. Decía que mi abuela, que trabajó como

geisha durante mucho tiempo en Tokio, llevaba una vida pomposa. Según mi madre, tenía como empleadas a unas sirvientas, iba a Asakusa o al teatro, daba lecciones a sus discípulas y vivía como una aristócrata. Al parecer, se mudó a este pueblo cuando yo tenía 3 años, así que ella debería tener unos 60 años. Me sorprendió que se hubiera atrevido a correr la aventura de una mudanza como ésta a su edad. Y no sólo eso: vino ella sola a un sitio en el que no hay nada. Incluso a mí, que no llevo una vida tan rica, me lo parece y me incomoda.

«Era una mujer vanidosa».

Fue mi madre la que se burló de mi abuela. Uno de sus clientes más importantes la abandonó y ya no pudo llevar su suntuoso estilo de vida. Pero como era vanidosa, no quería que las personas que la habían conocido en su mejor etapa se rieran de ella, así que huyó a un pueblo donde nadie la conociera. ¡Qué idiota era! Sus últimos años tuvieron que ser solitarios. En eso consiste la vida de una concubina.

«Era una geisha muy chula».

Fue mi padrastro quien dijo esto. Sucedió tras la muerte de mi abuela. Falleció en el acto, según nos dijeron, a causa de una disección aórtica, cuando yo tenía 6 años. De pronto, en medio de una clase de nagauta, comenzó a sufrir y la enviaron al hospital de emergencia. Sin embargo, no logró salvarse. Mi madre, que sentía un profundo odio hacia mi abuela, se negó a cuidarla, aunque le hubiera llegado la hora, y al final todo terminó sin que hiciera nada. Mi abuela había guardado el dinero que tenía tras cubrir los gastos de su funeral. Mi padrastro dejó caer aquella frase cuando se enteró de eso. «Me repugnaba pensar que ella era una de mis parientes. El hecho de que una de tus parientes vivas sea una concubina es, simplemente, una vergüenza. Pero respeto su manera de vivir. Vivió de manera elegante hasta el último momento, sin romper su imagen de geisha de renombre, a la que consideraban una persona de buen corazón. Esa parte la puedo valorar».

Para mí, mi abuela era una persona muy muy simpática. No tenía aires de suficiencia ni se comportaba con orgullo. Era una persona calurosa que sonreía con tranquilidad. Era una mujer hermosa, como una genciana que florece en un rincón de un jardín en silencio. La abuela de la que hablaban los dos era muy distinta a la que yo tenía.

Ambos tampoco sabían por qué había elegido esta tierra. Era un pueblo con el que no tenía ninguna relación ni ningún conocido. Es un sencillo pueblo de pescadores sin nada que pueda llamar la atención. ¿Qué buscaba la abuela en este lugar? ¿Cómo vivía?

Distraída por los pensamientos, pedaleé y salí al lado de la avenida provincial. ¿Adónde voy ahora? Me puse a mirar a mi alrededor. De repente, oí una voz:

—¡Mishima san!

Levanté la visera de la gorra que llevaba puesta y dirigí la mirada hacia la voz. Muranaka agitaba la mano sacando medio cuerpo desde la ventana de la furgoneta.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Me compré una bici, así que la estoy probando.

—¡Qué bien! ¿Has comido ya? A mí me toca hacerlo ahora.

Al ver el reloj, supe que era la una de la tarde.

—Si te apetece, ¿por qué no vienes conmigo? Te puedo llevar a un buen restaurante de menú del día.

Ante las palabras de Muranaka, me quedé pensando un poco. Hacía mucho tiempo que no comía fuera. Ya que me había hecho con una bici, ¿por qué no le dejaba que me enseñara el sitio?

—Vale, voy.

La cara de Muranaka se iluminó un instante.

Seguí la furgoneta de Muranaka y llegamos a una pequeña taberna. Estaba a un par de minutos en bici. Una cortina de índigo de color blanco indicaba «Taberna Yoshi-ya». Cuando intenté abrir la puerta corredera de cristal esmerilado, un grupo de hombres de mediana edad vestidos con uniforme de obrero salió. Después entramos nosotros. Era bastante espacioso. Tenía cuatro mesas para cuatro personas, y otras cuatro mesas en suelo de tatami. Parecía que aquellos hombres habían ocupado la parte de tatami. Todavía no habían recogido las mesas. Dos mujeres con delantal se apresuraron a limpiarlas.

Nos sentamos cara a cara en una mesa que se había vaciado al lado de la ventana y abrimos la carta. Tenía una buena variedad de tapas: curry, *katsudon* (cuenco de arroz con cerdo frito envuelto en huevo batido), *chanpon,*[18] tallarines al estilo Nagasaki y pollo frito. También había platos sueltos de muchas variedades, y daba la sensación de ser una taberna popular donde se podía disfrutar del alcohol por la noche.

—¿Y Kenta?

—Ah, él está loco por una chica del restaurante de *gyūdon,* el cuenco de arroz con ternera, que acaba de abrir en el otro lado de AEON.

Muranaka encogió los hombros. Dijo que Kenta tenía un carácter fervoroso e ingenuo y que había decidido ir a comer a ese restaurante todos los días. Muranaka le había acompañado para apoyar el amor de su subordinado, pero se había hartado del sitio y hoy había decidido comer en otro.

—Antes de nada, lo más recomendable es esto. El menú de pollo tempurizado.

Muranaka había señalado un plato con una foto enorme que rezaba en rojo: «El número uno». Muranaka me dijo que el pollo tempurizado es el plato típico de la región, y que el restaurante Yoshi-ya es el

favorito de la familia Muranaka. Dijo que lo único que piden es el menú de pollo tempurizado.

—Venga, yo también quiero eso. ¡Perdona!

Llamé para pedir. Enseguida vino una camarera. Le fui a pedir dos menús de pollo tempurizado, pero, de pronto:

—¿Eh? —Muranaka levantó la voz.

—¿Eres Kotomi, verdad?

Asustada por ese nombre, miré la cara de la camarera y me quedé asombrada. El rostro de la mujer que llevaba un delantal vaquero y un pañuelo en la cabeza tenía cierto aire al de aquel chico.

—Ah, ¿Muranaka kun?

Era esbelta, con una silueta fina como la de una niña. Sonreía avergonzada y se rascó la mejilla. El gesto parecía infantil, pero su semblante parecía tan mayor que no podía decirse que había ido al mismo curso que Muranaka. Daba una impresión un poco lastimosa, como si una hermosa flor se hubiera marchitado envenenada.

Esta persona es la madre de aquel niño…

—¡Hace más de diez años que no nos vemos! ¡Qué memoria tienes, te acuerdas de mí!

—Es que… te conozco desde la primaria. Pero, no sé, quizás por el aire que tienes, has cambiado bastante —dijo Muranaka como si buscara las palabras.

—Las mujeres somos las que cambiamos. —Kotomi esbozó una sonrisa.

—Ya, pues… Eso es, sí.

—Ji, ji, Muranaka kun, sigues tan inocente como siempre. ¡Qué bonito! Bueno, dos menús de pollo tempurizado. Marchando.

Sonrió inclinando un poco la cabeza. Dijo esto como si fuera un ídolo de la tele y desapareció en la cocina. Enseguida se escuchó una conversación: «¡Koto chan, te toca el descanso!». «¡Vale!».

—… Habrá sido complicado —murmuró Muranaka como si estuviera solo, y siguió la espalda de Kotomi con la mirada. Luego me dijo—: Era la más guapa de la escuela en nuestra época de secundaria. Era muy guapa, el ídolo de la escuela. Varios amigos míos le propusieron salir con ella, pero les dio calabazas. Kotomi entró en un instituto que tenía un nivel académico bastante alto. Como yo era tonto, fui al insti del fondo, vamos, que íbamos a institutos diferentes. Pero siempre me llegaban los rumores sobre Kotomi. Cuando nos enteramos de que había dejado el instituto y se había marchado del pueblo, todos nos pusimos contentos y comentamos: «Seguro que la habrán reclutado en la agencia de artistas». Por esa razón podríamos decir que me he puesto triste.

Muranaka tenía la mirada perdida, a lo lejos, viendo a la Kotomi de cuando era guapa.

—¿Cómo era el carácter de Kotomi san?

—Tenía pinta de ser una niña mimada. Era tan guapa que daba igual lo que dijera, se lo perdonábamos. Puede que fuera más una princesa que un ídolo.

Le contesté con un «¿Ah, sí?» sin mucho interés. Esa persona llamaba ahora a su hijo «bicho». Le viste con ropa gastada, le maltrata y, a lo mejor, ni siquiera le da suficiente comida.

Si se lo dijera a Muranaka, ¿me creería? ¿Tomaría algún tipo de medida? Pensaba en contárselo, pero no abría la boca. No sé si, al contárselo a Muranaka, aquel niño podría verse afectado.

Me atormentaba la sencillez de una buena intención. Un día, la maestra de cuarto de primaria le comentó a mi madre que mi ropa nunca estaba planchada. «Me imagino que le resultará complicado al haber tenido otro niño pequeño, pero con algunos pequeños cuidados podrá deshacer la soledad de Kiko chan. Hágame el favor de mostrarle que “a ti también te quiero” con su actitud».

Esto sucedió en un consejo con tres personas antes de las vacaciones de invierno. Apagada, mi madre hizo varias reverencias a la maestra que había hablado con el aire triunfante, pero no perdí la ocasión de ver cómo el rostro de mi madre se había congelado por un segundo. Como esperaba, la cólera de mi madre fue tremenda. Justo cuando entramos en la casa, me golpeó. Me caí, y entonces me agarró por el pelo y me miró furiosa con una expresión terrorífica.

«¿Por qué he de permitir que esa joven me hable de manera arrogante? ¡Le has dicho algo!».

Desde luego, nunca le dije a nadie lo que ocurría dentro de mi casa. No quería que supieran que mis padres querían a mi hermano menor con total entrega y que a mí me trataban como si fuera un estorbo, ya que era hija de otro padre. Y, más que nada, yo no quería admitirlo. Ahora que lo pienso, quizás aquella maestra se dio cuenta de que no mostraban la menor preocupación en mi vestimenta, así que hizo aquel comentario sobre «planchar» como una metáfora. Su intención era darle un buen consejo a unos padres que habían depositado demasiado afecto en el hijo menor. Sin embargo, no fue tan sencillo.

Mi madre me pegó muchas veces en la entrada, pero su ira no se calmaba sólo con eso. Desde que empezaron las vacaciones de invierno, dejaron de darme la comida que necesitaba. Una vez al día me daban un cuenco de arroz blanco con polvos de alga seca y otros condimentos de cena. Además, lo tenía que comer yo sola en el lavabo de invitados. Decían que era por haber deshonrado a mi madre. Comía arroz mientras olía la carne, el pescado y otros platos con pinta de estar calientes. Escuchaba las alegres risas de la familia a lo lejos en un sitio gélido y estrecho, sin calefacción, ajena a todo lo demás. Pero tenía tantísima hambre que no podía aguantarme y me lo metía en la

boca llorando.

Aquel año fui la única que no tuvo Navidad ni Año Nuevo. A altas horas de la noche del día de Navidad, abrí el cubo de basura y encontré pollo, *sushi* y tarta tirados que Masaki no se había podido terminar. El Papá Noel de azúcar estaba cubierto de nata montada. Lo cogí y me lo comí sin vacilar. El Papá Noel que se había quedado blando por la nata sabía dulce y olía a pescado.

—Mishima san, ¿qué pasa? Estás distraída.

Me despertó la voz de Muranaka.

—Nada —contesté. No era un recuerdo divertido, y me repugnaba.

Después de un rato nos trajo el menú de pollo tempurizado. Dado que esperaba algo tipo pollo frito, ver un pollo tempurizado ligeramente rebozado me dejó un poco sorprendida. Dije que era la primera vez que lo probaba, y él me dijo que estaba muy rico acompañado de salsa avinagrada *ponzu,* el zumo de un cítrico.

—Echas la ponzu en ese plato pequeño y, si te gusta picante, puedes poner pimienta de *yuzu.* También está muy sabroso solo, con un poco de sal esparcida de manera sencilla.

Tal y como me había indicado Muranaka, lo comí con un poco de ponzu. La grasa de pollo se desbordaba como un jugo, pero tenía un sabor fresco gracias a la ponzu.

—¡Qué bueno! —murmuré, y Muranaka se rió alegre.

—La gente de esta localidad tiene su restaurante favorito de pollo tempurizado. También hay muchas personas que dicen que lo mejor es el que hacen ellos mismos.

El pollo tempurizado de esta taberna tenía rebozado parecido a los fritos. Como me gustaba que la tempura tuviera un rebozado fino y crujiente, le pregunté si hay restaurantes así. Entonces, Muranaka me propuso un par de ellos.

—Mis recomendaciones… A ver, para una chica ¿es mejor algo dulce? Hay una que tiene petisú relleno de crema, que es su artículo estrella…

—Ah, eso no hace falta. No puedo tomar nata montada.

Desde aquella noche de Navidad, no soy capaz de tomar dulces azucarados ni nata montada.

—Entonces, ¿eres de salado? Si es así, hay un plato típico de aquí que se llama *ryūkyū*[19] y va bien con sake.

Comimos mientras escuchaba las recomendaciones de buenos restaurantes cercanos que Muranaka me daba. Después decidimos despedirnos a la salida del restaurante. Me quedé para despedirme de él, ya que iba al restaurante de ternera a por Kenta. Pero, apenas trató de dar marcha atrás, dijo:

—Oye. ¿No te gusta que seamos amigos?

Me pilló desprevenida y respondí:

—¿Qué?

Muranaka murmuró, asintiendo con la cabeza.

—No sé si me explico bien: quiero ser tu amigo, Mishima san… —Y añadió deprisa—: ¡Ah, no se me dan bien estas cosas! Si te digo la verdad, quiero que reduzcamos la distancia entre nosotros. Es que me interesas mucho. No te estoy diciendo que salgamos de inmediato. De todas maneras, me vale cualquier cosa antes de eso. Pero quiero que lo pienses con calma.

Miré a Muranaka abrumada por tanta intensidad. Sus ojos, que me capturaban con firmeza, no albergaban ninguna duda. Supongo que es la clase de persona que no tiene dos caras. Pero hay otro yo, que susurra en algún sitio del corazón, que me dice que quizás no sea así. Antes de nada, ya no puedes recibir estas cosas, ¿no? Otra vez le harás daño a alguien.

—… Puedes visitarme de vez en cuando. Me comeré un helado contigo.

Mientras lo decía, pensé que poner una línea de esta manera no estaba mal. Sólo era necesario marcar con claridad la diferencia entre la amabilidad y el afecto. Muranaka respiró bajando los hombros, como si se sintiera aliviado, y dijo:

—Compraré un montón y volveré a tu casa. —Y se marchó. Le vi alejarse, y después me subí a la bici. Volveré dando una vuelta para bajar la comida.

Al avanzar en la bici, dando un rodeo por detrás de la taberna, me encontré a Kotomi sentada en una silla colocada en el jardín trasero. Fumaba distraída mirando el cielo. Se notaba que estaba cansada. Estaba de perfil y no veía nada, así que no se había dado cuenta de que pasaba a su lado.

¿Qué clase de persona es? ¿Qué tipo de madre es para aquel chico? Pienso mientras pedaleo. Y, ¿qué hago? En este caso, ¿cuál sería la solución correcta?

Los días que no me dejaban comer lo suficiente llegaron a su fin un día antes del nuevo semestre. Me perdonaron al haber llenado un cuaderno entero escribiendo «No molesto a nadie fuera de casa». Mientras comía aliviada entre lágrimas, mi padrastro y mi madre me dijeron: «Si no le hubieras hecho daño a tu madre, no habría sido necesario comportarnos contigo de manera tan estricta. Tu madre estaba tan triste como tú lo sufriste. Así que jamás se te ocurra avergonzar a tu madre». Me acariciaban la cabeza con el tono con el que se da una lección a los niños. Sin embargo, sus ojos no sonreían. Por eso repetí, afirmando muchas veces con la cabeza: «Jamás molestaré a nadie fuera de la casa». Aun así, aquello era lo que había escrito en el cuaderno y no tenía la menor idea de qué tenía y qué no tenía que hacer. La única cosa que había entendido era que, si pasaba

algo parecido, me esperaría un castigo aún más cruel. De todas maneras, me prometí al menos mantenerme arreglada.

A partir de entonces, lavaba y planchaba lo que tenía. La talla no me iba bien. No tenía mucha ropa, porque apenas me compraban. Esta clase de cosas no estaba en mi mano arreglarlas, pero la maestra no llegaba a fijarse en eso. No se dio cuenta de que estaba más delgada que antes de las vacaciones de invierno, pero miró mi camisa bien planchada y me dijo:

—¡Me alegro por ti! —Con una sonrisa—. Tu madre también se fija en ti, Kiko chan. Te quiere mucho, igual que a tu hermano. ¡Ya lo has visto!

Tenía ganas de escupirle a esa sonrisa ignorante. Por culpa de tus palabras inconsideradas sufrí una desgracia que casi me mata. Es evidente que eres incapaz de imaginar lo triste que me puso el Papá Noel que olía a pescado. Ya no me puedo fiar de esta persona. Si me ve como una miserable, otra vez me tocará sufrir. Jamás permitiré que esta persona, ni ninguna otra, me vea como una desgraciada. A partir de ese momento empecé a desconfiar siempre de los adultos.

El sudor me chorrea por la sien. La verdad es que el sol veraniego de pleno mediodía pica mucho. Si la cosa sigue así, la crema solar con la que me había embadurnado desaparecerá. Aparqué la bici delante de una tienda que no estaba segura de si estaba abierta y saqué la botella de plástico de té que había metido en mi bandolera. Bebí un poco del té, que ya estaba tibio, y suspiré. Miré al cielo y vi cómo se extendían los cúmulos. Me quité la gorra y me abaniqué la cara con ella.

Mi irreflexiva voluntad le acabará costando la vida al chico. Tengo que evitarlo. Pero, entonces, ¿qué hago? Desde un principio no he prestado atención a sus palabras. Ni siquiera sé qué quiere que haga.

—Pero ya no le veo.

Habían pasado varios días desde que dejó de aparecer por mi casa. Quiero que escuche la continuación de la historia que había empezado, pero tal vez no venga.

—Podría haberle dicho que quiero ser amiga de su hijo.

Murmuré lo que soy incapaz de ejecutar y me reí. Con respecto a ese punto, An san era tremendo. En un par de días, cuando me acababa de conocer, salvó mi vida, en casa de mis padres. Además, cuando le soltó a mi madre «¡Cierra la boca, reina!», fue como si estuviera soñando. Quiero comportarme como An san, pero no tengo ni su simpatía ni su fuerza, así que no sé si funcionará. Encima, otra gran razón por la que An san podía forzar la situación se debía a que yo ya era mayor de edad.

Había pájaros volando entre los cúmulos. Quizás hayan encontrado una corriente de viento y están dibujando círculos con elegancia.

Mientras los contemplo, le pregunto a An san. Oye, An san, ¿qué harías tú? ¿Cuál sería la mejor medida?

Tomé otro sorbo de té y volví a pedalear hacia la casa.

* * *

Sucedió una noche, varios días después. Al meterme en la cama, oí que sonaba la puerta corredera de la entrada. Me quedé tiesa en el acto y traté de recordar si había cerrado bien la puerta. Mientras tanto, sonó de nuevo la puerta y recuperé el sentido. Era un ruido familiar. Pero ¿por qué a estas horas?

Salí corriendo de la cama y fui a la entrada. Encendí la luz exterior.

—Eh, ¿eres tú, verdad? —pregunté. Mientras pensaba que, de verdad, necesitaba un nombre, oí un golpe en la puerta como si me respondiera.

Respiré hondo, quité la cerradura y abrí la puerta. Allí estaba el chico, como esperaba. Mientras pensaba y me preparaba, se me escapó un grito al ver su figura. Tenía muchísima sangre en la cabeza.

—¡Ah, no! ¿Una herida? Eh, la ambulancia… Ah, ¿se puede llamar desde la tablet?

Me temblaban las piernas, y mi cabeza estaba totalmente confundida. Seguía aturdida. De pronto, el chico se quitó la sangre de la mejilla con la palma de la mano y me la enseñó. Su olor era dulce y avinagrado. Entonces entendí:

—¿Ah, eh…? ¿*Ket… chup*?

El niño asintió con la cabeza. No era sangre, parecía que se le había caído el ketchup.

—¡Ay, por favor! Casi se me para el corazón…

Me apoyé en la puerta, apretándome el pecho. Mi corazón latía como si estuviera a punto de explotar. Si me descuidaba, me desplomaría en el sitio. Miré su cara, procurando calmar mi jadeo. El niño seguía de pie. Tenía un gesto como si estuviera a punto de echarse a llorar. Conseguí a duras penas sonreír a esa cara insegura. Había venido confiando en mí. No debía alterarme.

—Gracias por acordarte de mí.

Cuando se lo dije, los ojos se le llenaron de lágrimas. Pude observar que tenía un leve temblor. Aunque estaba a punto de ponerse a llorar en voz alta, lo reprimía tensando los labios.

—Venga, lo primero, ¡dúchate! Te dejo mi ropa.

Le agarré de la mano que mantenía el puño cerrado y tiré de él. El chico, obediente, entró en casa.

Mientras escuchaba cómo usaba la ducha en el lavabo, preparé una camiseta y un pantalón corto. La camiseta vieja y su pantalón vaquero de siempre tenían tantas manchas de ketchup que los metí en la lavadora. Si la gente ve a un chico con este aspecto vagabundeando

por el pueblo por la noche, vamos, se convertirá en un asunto morboso. Menos mal que nadie le había visto hasta ahora. Aunque, ¿no habría sido mejor que le hubieran encontrado y llamado a la policía?

—Te dejo la ropa para cambiarte, ¿vale? —dije y volví al salón.

El reloj me avisó de que ya habíamos pasado al día siguiente. ¿Habrá comido algo? ¿Es mejor darle algo de comer y llamar luego a la policía? No sabía lo que había pasado, pero tal vez Kotomi le estaba buscando. Mientras daba vueltas, el chico apareció sin hacer ruido.

—¡Mira qué limpio estás!

Estaba muy limpio, quizás porque había insistido: «No te cortes, usa tanto el gel de ducha como el champú!». Tenía el flequillo largo hacia atrás. La cara al descubierto se parecía, como me imaginaba, a la de Kotomi, y también era hermosa. Entendí por qué Kotomi era la más guapa de la escuela.

Sin embargo, los brazos que se asomaban por las mangas de la camiseta eran huesudos, y seguro que aún le quedaban moretones en el cuerpo. Al pensarlo, me dolió el corazón.

—¡Sí! ¿Has comido algo? Sólo tengo ramen instantáneo, pero ¿quieres?

En una situación así, una comida casera caliente sería lo ideal, pero ese mismo día la nevera estaba vacía y mi cena consistió en los últimos fideos *udon*[20] congelados que me quedaban. El niño negó con la cabeza.

—Bueno, ¿quieres tomar un helado? —le pregunté.

Después de un rato, asintió con la cabeza.

—Tengo muchísimos. ¡Ven! Puedes elegir.

Hacía días que Muranaka había venido con otra bolsa grande de plástico llena de helados. Aún quedaban los de la vez anterior, así que le había dicho que no podía aceptarlos.

«Los helados no tienen fecha de caducidad. —Me los dejó a la fuerza, y añadió como si le diera verguënza—: Guárdamelos para cuando venga de nuevo».

No comprendí qué parte de mí le gustaba, pero tiene mal gusto. ¿Se había olvidado de que le había dado una bofetada?

Tras mirar los helados en el congelador, el chico cogió el sándwich de vainilla. Decidí coger el de fresa, y los dos salimos a la veranda sin pensar demasiado. La luna de color huevo emitía una luz tierna en el cielo en el que no había ni una nube. Era una noche con una luna muy luminosa. El calor del día se había marchado como si fuese mentira, y soplaba un viento agradable.

—Así que no ha sido complicado venir hasta aquí, ¿verdad? —dije al chico. Asintió con la cabeza, como si se encontrara incómodo. Le apresuré a que se comiera el helado. Entonces se puso a tomarlo poco

a poco. Sentada a su lado, yo también empecé a morderlo igual que él.

Era una noche serena. Al agudizar el oído, tenía la sensación de que se oía el oleaje que venía a la costa del mar en la lejanía.

Fu, Fu. Se escuchó un ruido. Cuando miré al lado, el niño estaba llorando mientras se comía el helado. Soltaba las lágrimas en silencio, mientras se metía el helado en la boca. ¿Hasta en este momento contiene su propia voz? Al darse cuenta de mi mirada, se limpió las lágrimas enseguida y miró al otro lado.

Comía el helado sin decir nada, miraba la luna y escuchaba el sonido del oleaje. Después de haberlo tomado, traje el reproductor de MP3 que tenía colocado en la mesilla de noche del dormitorio. El chico había terminado su helado y estaba distraído. Cuando se percató de lo que tenía en la mano, inclinó la cabeza.

—Cuando me siento tan sola que quiero morirme, hay algo que suelo escuchar.

El otro día, el niño se escapó cuando traté de hacerle escuchar esto.

Le pasé uno de los auriculares y me puse el otro en mi oreja. Al dar al *play,* enseguida sonó la voz. El niño me miró y movió la boca como si quisiera decir algo.

—Sí, lo es. Es la voz de las ballenas. Pero es diferente a la del otro día.

Es una voz que parece que te llama desde lejos y luego se aleja. Es una voz que parece que puede resonar hasta el fin del mundo.

—La voz de esta ballena no le llega a nadie.

El chico abrió los ojos en silencio e inclinó la cabeza.

—A la altura de su voz se le llama frecuencia. Esta frecuencia es totalmente diferente. Hay varias clases de ballenas, pero normalmente todas cantan en la frecuencia de entre diez y treinta y nueve hercios. El caso es que el canto de esta ballena está en los cincuenta y dos hercios. Es tan aguda que las otras ballenas son incapaces de oírlo. El sonido que estamos escuchando ahora está arreglado: han subido la frecuencia para ajustarla al oído de los seres humanos, así que en realidad es más grave…

La ballena de 52 hercios. Dicen que es la ballena más solitaria del mundo. A pesar de que no hay duda de que su voz resuena en el vasto mar, no hay ningún compañero que pueda recibirla. Ya se había descubierto la presencia de ballenas cuyo canto no podía llegar a ninguna otra, pero su verdadera figura aún no es conocida.

—Como tiene una frecuencia distinta a las de sus otros compañeros, ni siquiera puede encontrarse con ellos. Supongamos que el grupo está muy cerca de ella y, aunque esté a una distancia en la que se pueden tocar, se cruzan sin darse cuenta.

Lo cierto es que tiene muchos compañeros, pero a ninguno les llega. ¡Cuánta soledad!

—Ahora mismo estará cantando en algún mar para hacer llegar su voz, esperando otra voz que nunca le llegará.

Después de aquellas vacaciones de invierno empezaron a encerrarme en el lavabo de invitados bajo la excusa de un castigo. La duración se iba alargando cada vez más, y al final me obligaron a vivir allí no sólo a la hora de comer. Dormía agachada delante del váter cerrado, y esperaba desesperadamente el momento en el que abrieran la puerta. Al otro lado de la pared había un ambiente cómodo y agradable, pero inalcanzable. La soledad me volvía loca, y gritaba llorando. Entonces abrían la puerta con brusquedad y me pegaban. Y así aumentaba el tiempo del encierro.

Sin saber cuándo y cómo, ya me había resignado. Miraba vagamente la luz de la luna que entraba por la ventanilla y comenzaba a hablar con sigilo a alguien igual que yo bajo la misma luz. Alguien que, como yo, se encontraba solo. Creer que esa voz podía llegarle a alguien me bastaba para salvar un poco mi corazón. Mi yo de aquel entonces levantaba la voz de 52 hercios.

—Uf, uf.

Escuché una voz que me despertó. Miré al chico. Estaba llorando, apretando la oreja en la que tenía metido el auricular. Se le escapaba un gemido, como si lo exprimiera entre los dientes. Acaricié tranquilamente la espalda del chico, lo que hizo temblar todo su cuerpo.

—Puedes llorar levantando la voz. Está bien. Sólo yo estoy aquí.

Acaricié repetidas veces su espalda fina y escuálida. Los dientes hacían ruido, y el cuerpo tiritaba. Aun así, aguantaba sin levantar la voz.

—He estado un tiempo pensando cómo llamarte. Es que no te puedo llamar Bicho. Pero ahora lo tengo. Hasta que me digas tu nombre verdadero, ¿puedo llamarte Cincuenta y Dos? Escucharé tu voz de cincuenta y dos hercios que no llega a nadie. Procuraré escucharla en cualquier momento, así que háblame con tus palabras de la manera que quieras. Lo escucharé todo.

Asustado, se movió y me miró. Sus ojos estaban claros e iluminados por la luz de la luna. Se encontraban humedecidos por las lágrimas. Sonreí a aquellos ojos que eran como un lago precioso.

—Yo también levantaba la voz de cincuenta y dos hercios. Durante mucho tiempo no le llegó a nadie, pero hubo una persona que pudo escucharla.

¿Por qué no lo consideraba como mi alma gemela? ¿Por qué no pude darme cuenta de que aquel encuentro era fruto del destino? Me di cuenta de eso cuando ya se había ido. Era demasiado tarde.

—Quizás tendrás más compañeros. Tal vez hay un grupo enorme en este mundo. No, seguro que lo hay. Por eso, te llevaré adonde esté esa

gente, como me llevaron a mí.

Fui incapaz de escuchar la voz de la persona que me había salvado. Si hubiera escuchado su voz y la hubiera aceptado con todo mi cuerpo, no estaría así ahora.

Lo que estoy intentando hacer con este niño es una recompensa por el crimen de haber perdido la ocasión de escuchar aquella voz. Estoy tratando de quitar una culpa indeleble. Pero así también está bien. Quiero ayudarle ahora, aunque sea un sustituto suyo, y no por pura voluntad. Me gustaría salvarlo, incluso siendo alguien como yo.

Cincuenta y Dos miró al cielo. A continuación abrió la boca despacio. Un llanto más fuerte y frágil que el de un bebé recién nacido se deshizo en el firmamento.

Notas

10. Son ejercicios matinales que se practican tanto en algunos colegios como en empresas de Japón. Se conoce popularmente como *Rajio taisō*.
11. «Maestro».
12. Una muñeca a la que se puede vestir.
13. Instrumento musical japonés derivado del chino *sānxián* («tres cuerdas»), aparecido en la dinastía Yuan (siglo xiii).
14. El *nō* o *noh* es un drama musical japonés que data del siglo xiv (periodo Muromachi). Combina canto, drama, danza y orquestación de tres o cuatro instrumentos.
15. Pastel japonés hecho de *mochigome,* un pequeño grano de arroz glutinoso.
16. El reversi, othello o yang es un juego para dos personas. Hay 64 fichas que se van colocando por turnos en un tablero de 64 escaques.
17. «Bicho» en japonés se dice *mushi.* La protagonista deduce que «bicho» (*mushi*) viene de Musashi, un antiguo nombre japonés.
18. Plato similar a una sopa de fideos. Originario de Nagasaki.
19. Plato típico de la región de Ōita. Consiste en pescado fresco de temporada macerado en una mezcla de salsa de soja, sake, vinagre de sake, sésamo y jengibre.
20. Fideo grueso hecho con harina de trigo.

3. El mundo al otro lado de la puerta

Hace cinco años, yo tenía 21 y me dedicaba a cuidar de mi padrastro día y noche. Cuando cursaba el tercer curso del instituto, mi padrastro comenzó a padecer una enfermedad de difícil curación, la esclerosis lateral amiotrófica o ELA. Se trata de una enfermedad en la que se mueren las células nerviosas físicas, lo que debilita el movimiento de los músculos hasta provocar la inmovilidad. En su caso, los síntomas aparecieron primero en el tren inferior del cuerpo. No podía ponerse las zapatillas. Se tropezaba. Le costaba subir las escaleras. Aquellos síntomas le llevaron al hospital, y necesitaron medio año para diagnosticar la enfermedad. Cuando reconocieron que se trataba de una enfermedad sin cura conocida, los síntomas ya no se presentaban sólo en el tren inferior, sino que habían aparecido ya en la garganta y no podía articular bien.

Mi padrastro era el director de una empresa local de transporte. Tenía un par de empleados y otro par de camiones enormes. Tenía muchos clientes, ya que de cara a la galería aparentaba ser un tipo simpático y la empresa iba bien. Creo que mi familia era, en general, de clase rica.

Sin embargo, cuando mi padrastro cayó enfermo, la situación cambió por completo. Los empleados se habían enterado de que padecía de un mal incurable, y que en un futuro acabaría postrado en la cama, así que abandonaron la empresa el uno tras el otro, como las ratas que huyen de un barco naufragado. Ninguno tuvo compasión de su director egocéntrico que mostraba su buena cara al exterior, pero se comportaba con tiranía en la empresa. Si no hay personal, los camiones no se mueven. Cuando se volvió incapaz de regentar el trabajo, los clientes cambiaron a otras empresas enseguida.

La cantidad de trabajo disminuyó drásticamente. Apresurado por la situación, mi padrastro subió a un camión a pesar de la torpeza de su cuerpo, sin hacerle caso a mi madre, que trató de deternerle, y tuvo un accidente él solo. El camión acabó fuera de servicio, y a mi padrastro le cortaron la pierna derecha. Fue un día antes de la ceremonia de graduación de mi instituto.

Había decidido que, después de la graduación, trabajaría como oficinista en la fábrica de una compañía confitera que había en las

afueras de la capital. La compañía era conocida en todos los lados por disponer de unas condiciones estupendas, incluso de una residencia para sus empleados en la que podían vivir por un precio baratísimo. Cuando se concretó el empleo, hasta mi madre que no tenía ningún interés en mí dijo: «Enhorabuena».

Sin embargo, no llegué a trabajar en esa compañía. El médico informó a mi madre de que mi padrastro debía seguir encamado sin falta, y mi madre me convirtió en la asistente imprescindible de mi padrastro. «¿Sabes cuánto le debes a tu padre? Conseguimos salir de la vida de madre soltera con una niña, sin dinero, gracias a él. Lograste graduarte en el instituto porque estaba tu padre. Yo me encargo de mantener a toda costa la compañía de tu padre por Masaki, así que cuida a tu padre».

A partir de entonces comenzaron los días de asistencia a mi padrastro.

La ELA es una enfermedad que causa la minusvalía física, pero la mente se mantiene bien. Mi padrastro, que estaba desesperado por haber perdido la pierna derecha y porque poco a poco iba mermando su libertad, se comportaba conmigo con mayor acritud que antes. «Tengo sed. Me pica la espalda. Me parece que ha entrado un bicho en la habitación». Me llamaba por cualquier cosa, sin que le importara si era de día o de noche. Cuando venía tarde, me echaba la bronca diciendo que era lenta. Desde que mi madre le había dado un bastón largo de olmo, me pegaba con él por cualquier cosa.

Mi madre había heredado el trabajo de mi padrastro y parecía estar siempre ocupada, pero el negocio resultaba estar yendo bien. No llegó a deshacerse de la casa, y Masaki entró en un instituto privado de secundaria. Le compraba a mi padrastro todo lo que pedía, desde una silla de ruedas eléctrica hasta una cama. Mi padrastro se mostraba tan agradecido con ella que incluso se le desbordaban las lágrimas. «No hay en el mundo otra esposa tan maravillosa como tú». Mi madre secaba las lágrimas de mi padrastro, diciendo que la familia se ayuda siempre, y sonreía con gracia como una diosa. Yo lo miraba mientras limpiaba el inhalador de flemas.

Así viví tres años. Mientras tanto, la capacidad de deglución de mi padrastro fue decayendo poco a poco y comenzó a necesitar asistencia en la mesa. También empecé a ayudarle a hacer sus necesidades, ya que no podía hacerlo. Mi carga de trabajo aumentaba sin cesar. No obstante, mi padrastro era un tiquismiquis y detestaba que intervinieran los demás, así que se negó de lleno a contratar asistencia doméstica.

«Cuando uno sujeta una roca cuyo peso aumenta cada día, si no coge la mano de alguien, en algún punto llegará a hundirse». El médico responsable y los enfermeros nos lo aconsejaron muchas veces,

pero mi padrastro no quiso hacer caso a nadie. Mi madre tampoco quería escucharles, ya que hacía lo que decía mi padrastro, así que al final me tuve que encargar yo sola de su asistencia. Aun así, mi padrastro no dejaba de lanzarme insultos apenas articulados, casi como una rutina, y blandía el bastón con su mano sin fuerza. En esos días sentía que me arrastraban al fondo de una cueva sin salida. Pero había un rayo de luz. Mi madre, como capricho, me trataba bien.

«Nos estás ayudando mucho. Gracias».

Cogía mis manos y las acariciaba como si tratara de consolarme. Un día compró una tarta dulce sólo para mí. «Estás tú, Kiko. Gracias a ti, Kiko». Sus palabras y su calor me adormecían la cabeza. *¿Cuándo fue la última vez que mi madre confió en mí?* Deseaba que siguiéramos adelante ayudándonos como antes, pero tal vez eso se cumplió en la forma de la asistencia a mi padrastro. *Entonces, estos días no son malos, estoy segura.*

Cambiaba el pañal de mi padrastro, frotándome los ojos de insomnio. Mi madre dejó que Masaki siguiera su vida igual que antes cuando mi padrastro se encontraba bien, y no le permitía ni cambiar una garrafa. Era el padre biológico de Masaki, pero a éste no le incomodaba en absoluto que su padre hubiera caído enfermo. Ni siquiera se mostraba preocupado, tal vez porque había crecido mimado, o por su carácter natural. A veces, cuando lavaba las prendas sucias de mi padrastro, fruncía el ceño y me advertía de que no lavara su ropa junto con la de su padre. Pero incluso la frustración que me provocaba aquello se borraba por completo con sólo escuchar las palabras simpáticas de mi madre.

Un día ingresaron de urgencia a mi padrastro por una pulmonía causada por una mala deglución. El médico responsable mantuvo la cara rígida de principio a fin y nos explicó la situación con calma. «La debilitación de la función de deglución avanza muy rápido, y también hemos observado dificultades respiratorias. Por lo tanto, a partir de ahora necesitará un equipo respiratorio. Hay que ejecutar sin demora una operación de traqueotomía. Lo que me preocupa es que presente síntomas de demencia. Es cierto que cuando aparecen síntomas de ELA, suele complicarse… El avance de la enfermedad de su marido era lento, pero por desgracia parece que ahora se está acelerando».

Las manos de mi madre, que estaban apoyadas sobre las rodillas, estaban temblando. Era obvio que mi madre estaba impactada por las palabras del médico. Yo ya sabía que el estado de mi padrastro se había complicado, y se lo comenté varias veces a mi madre. Sin embargo, no daba crédito a mis palabras. Se burlaba riéndose: «¡Es imposible que esté demente, ni siquiera tiene sesenta años!».

De todos modos, ahora me toca estar firme. Iba a coger las manos de mi madre, pero de pronto algo sonó en mi mejilla.

—¡Es porque no cuidas bien a papá!

Mi madre se puso de pie y me dio una bofetada en la mejilla. Asombrada, miré su cara. De nuevo me abofeteó la otra mejilla.

—¡Provocaste a propósito que papá cayera enfermo! Ya me extrañaba que le cuidaras como si nos hicieras sentir en deuda. ¡Eres un diablo!

Trastornada, mi madre chillaba entre lágrimas y me pegaba. «¡Todavía nos quedaban muchas cosas que hacer! ¿Por qué tenemos que sufrir esto? ¡Seguro que es culpa suya! ¡Este diablo siempre estorba mi felicidad! Aunque te cuidara tan bien, ¡qué cara dura!». Tanto el médico como los enfermeros detuvieron a mi madre, diciendo:

—¡Su hija está haciendo un gran esfuerzo! El avance de la enfermedad no se debe a su hija. ¿Lo entiende, verdad? Vamos a superarlo todos juntos sin tener que atacar a su hija.

—¡Mentira, es mentira! Seguro que es su culpa. ¡Ojalá hubiera caído enferma ella, y no mi marido! ¡Ojalá se muera!

Mi madre lloriqueaba como una niña y gritaba señalándome. Aprendí la palabra desesperación mientras miraba sus ojos enrojecidos por el odio. *¿En qué había creído para seguir adelante hasta ahora? Ya no puedo más. Ya no puedo hacer nada. Ah, me da igual. Aunque me muera, no me importa.*

Salí sola del hospital y me puse a vagabundear por la ciudad. Llevaba ropa de segunda mano de mi madre y el pelo recogido. Una mujer sin maquillaje y con la piel áspera por el insomnio caminaba insegura. Aun así, todos se limitaron a desviar la mirada y nadie me dijo nada. Por eso pensaba que ya estaba muerta y que quizás sólo mi alma vagabundeaba. *Entonces, ¡qué suerte! Ya soy libre del sufrimiento y del dolor de la muerte.* Aunque no fuera divertido, me hacía gracia y me reía mientras caminaba. De repente sentí que alguien decía mi nombre:

—¡Kiko!

Cuando miré a mi alrededor, sentí que mi mirada se había cruzado con la de un hombre. Después, la mujer que estaba a su lado levantó la voz.

—¡Caray! ¿Eres Kiko, verdad? ¿Qué pasa?

Quien vino a abrazarme fue Miharu, una amiga de mi clase durante tres años en el instituto. No nos habíamos visto desde que nos habíamos graduado.

—¡Me ha sido imposible localizarte! Estaba muy preocupada, no sabía dónde estabas ni qué hacías. ¿Qué te ha pasado?

Se la veía bien maquillada y olía bien. Había varias personas desconocidas con cara de sorpresa detrás de Harumi y, entre ellas, algunas mujeres. Ellas también iban bien vestidas y brillaban como si

vivieran en otra dimensión. Me miré sin querer. Encontré una mancha grande en el borde de la ropa y decidí esfumarme.

—¿Dónde estabas hasta ahora?

—En casa de mis padres.

—Mentira. Llamé a casa de tus padres, y tu madre me dijo que te habías marchado.

Ya no se movía el corazón. *Podría ser eso. Pero ya me da igual.*

—Venga, me voy. Adiós, Miharu.

—Espera. Te vas, pero ¿adónde?

Procuré escaparme de los brazos de Miharu, pero me agarró enseguida la mano.

—No lo sé. Pero… Bueno, a un sitio donde pueda relajarme.

Pensé que era muy buena la frase. *Claro, voy a un sitio donde me pueda relajar.*

—… Bien, bien. Veo que no tienes ningún compromiso. Entonces, ¡vamos a tomar algo!

Dicho esto, Miharu me abrazó por el hombro y le dijo a sus perplejos compañeros:

—Como ven, he tenido un reencuentro dramático con una amiga que estuvo desaparecida durante mucho tiempo, así que permítanme que me separe de ustedes. ¡Ah! De hecho, voy a tomar algo con ella, pero ¿hay alguien que quiera acompañarnos? Vamos juntos.

Era un poco después del mediodía, pero Miharu me llevó como si me arrastrara a un bar que está abierto 24 horas. Estaba sentada al lado de Miharu, ya que no tenía fuerzas para oponerme, y en un abrir y cerrar de ojos apareció una jarra de cerveza delante de mí.

—Venga, ¡un brindis por nuestro reencuentro!

A pesar de ser de día, el bar, repleto de gente, era muy ruidoso. Me sentí aturdida. Creía que aquel sitio no iba conmigo, pero Miharu me obligó a coger la jarra y chocó la suya con la mía haciendo ruido.

Miharu bebió cerveza de tal manera que podía escuchar su garganta. Luego suspiró y señaló a un hombre que estaba sentado al otro lado. Sólo una persona nos había acompañado.

—Kiko, te presento. Es el señor Ango Okada. Es mi compañero de trabajo.

Tenía una cara redonda, con aspecto de ser bondadoso, y unas gafas redondas. Su piel estaba marcada por las cicatrices del acné, y su mandíbula estaba cubierta por una barba que parecía césped. *Si el héroe Bollo con Judías Rojas*[21] *se hiciera un hombre adulto, ¿sería así?* Acarició el pelo corto echado para atrás y se rió.

—Encantado. Todos me llaman An san. Bueno, te llamas Kiko chan, así que te llamaré Kinako. An y Kinako[22] parece que hacen una buena pareja, ¿no?

Así me encontré con An san.

Mientras la cerveza me mareaba, ya que nunca había bebido en mi vida, escuché la historia de Miharu después de la graduación. Se había graduado en la universidad en una carrera de dos años, y había encontrado un trabajo de contable en una academia privada.

—Los que estaban conmigo hace un rato eran la gente de recepción y los profesores. Tenemos el día libre, así que decidimos salir juntos.

An san era un profesor que enseñaba matemáticas a los niños de primaria. Pensaba que el trabajo con niños le pegaba mucho. Sobre todo, era simpático. An san no me preguntó nada sobre mi aspecto sucio ni por el hecho de que vagabundeara sola. Solamente me contaba sus anécdotas divertidas de la academia con Miharu. Les miraba reírse como si viera la tele. Me sentía como en una historia de otro mundo.

—Ah, Kinako. Esto está muy bueno, aunque éste sea un bar tirado de precio. Venga, abre la boca. ¡Ábrela!

An san se había dado cuenta de que les miraba callada. Entonces cogió una cucharada de *chawanmushi,* sopa cuajada de huevo con la salsa *ankake*[23] humeante, y me la acercó a la boca. Me quedé perpleja porque, desde luego, nadie me daba de comer de esta manera. Dijo:

—Es que está muy bueno.

Se tomaba demasiada confianza. Pensaba que era una persona que no sabía calcular la distancia con los demás. Pero, curiosamente, su sonrisa libre de preocupaciones no me incomodaba, así que dejé que metiera la cuchara en mi boca. El sabor un poco salado con un toque de aceite de sésamo de la sopa y el huevo se deshacían dentro de ella. En el momento que tragué aquella sopa espesa:

—¿Ves? Está bueno, ¿verdad? —An san se rió esbozando una sonrisa enorme. En cuanto afirmé con la cabeza e intenté responder a aquella sonrisa, me cayeron las lágrimas.

Aquella cucharada calurosa que me habían dado se quedó atascada en algún punto de la garganta y emitía el calor. Casi me asfixiaba. *¿Qué comía y cómo vivía hasta ahora?*

—¿Te ha quemado? Perdona, perdona. La próxima vez la enfriaré.

An san se reía con una expresión que mostraba que no le importaba mucho que derramara lágrimas. Luego, de nuevo, me ofreció otra cucharada más.

—Venga, come. Abre la boca. Así. ¿Ves? ¿Está sabrosa, eh?

—An san, parece que estuvieras intentando dar de comer a Kiko como si fuera un animal —comentó con simpatía Miharu. Me miró enmudecida mientras yo abría la boca llorando y An san me daba la sopa.

Cuando ya me hube calmado, cambiamos de sitio. El siguiente local disponía de cuartos individuales más tranquilos, y Miharu hizo hincapié en que le contara qué hice durante esos tres años. Le conté

por encima cómo cuidé a mi padrastro que había caído enfermo de un mal de difícil curación. La cara de Miharu estaba enrojecida por el alcohol, pero se puso pálida.

—¿Qué? ¿Todos los días cuidas de tu padre político? Por eso no viniste a la celebración de la mayoría de edad…[24]

Miharu era la única a la que le había comentado la situación de mi familia en la época del instituto. No obstante, le decía que el afecto de mis padres se concentraba en mi hermano menor y que no tenían ningún interés en mí. Miharu se había reído diciendo: «Así es la familia de un nuevo casamiento». Miharu también era hija de una familia de segundas nupcias. Tal vez, por esta razón, nos llevábamos bien estando juntas. Dado que nos habían ordenado a cada una que ganáramos dinero para cubrir los gastos de estudio, buscábamos desesperadamente trabajos temporales en los que se ganara bastante bien y trabajábamos como si estuviéramos compitiendo.

Contemplé el aspecto de Miharu. Llevaba el peinado arreglado a la perfección, y sus labios se veían humedecidos. Sus uñas eran como caramelos Jelly Beans y brillaban. *Estábamos más o menos en las mismas circunstancias, pero ¿cuándo se marcó la diferencia entre ella y yo? No, seguro que éramos ya muy diferentes desde el principio.* Cerré los puños. Debido a que tenía que asistir a mi padrastro, mis uñas estaban muy cortas.

—Entonces, ¿qué hacías aparte de la asistencia? —me interrogó Miharu. Recuperé el sentido.

—Eh… ¿Aparte…? Ah, ¿hablas del trabajo de la casa? Me encargaba de la lavandería y los preparativos de la comida. Es que los asuntos de la casa los llevo yo. Pero, a veces, después de comer, me duermo sin querer. Si me encuentran así, me echan la bronca, je, je. Pero tengo que levantarme varias veces por la noche, ¿sabes? Así que no puedo dormir muchas horas seguidas. Cambio su postura para que no se haga daño en la cama. Y luego, también me encargo de cambiarle los pañales…

Le conté lo que se me vino a la cabeza. De pronto, Miharu me miró con una cara llena de tensión, así que incliné la cabeza. Entonces me dijo con una voz seria:

—¿Oye, eres consciente?

—¿De qué soy consciente?

—Ya hacía un rato que me llamaba la atención, pero tu manera de hablar es rara. Hablabas con acrimonia y soltabas palabras con rapidez. Antes no hablabas de esa manera tan torpe. De hecho, pareces otra persona. ¿Qué demonios te ha pasado? —Miharu levantó la voz. Sentía que hasta su cara tenía un tono de enfado en la lejanía. Quizás la Kiko que había conocido Miharu se había ido lejos.

—Estabas haciendo un gran esfuerzo, ¿verdad?

Se oyó una voz calmada. Fue An san, que escuchaba nuestra historia en silencio.

—He oído que la asistencia es muy laboriosa. Además, te encargas sola de la asistencia de un paciente con una enfermedad complicada. Eso quiere decir que la cosa está más allá de nuestra imaginación, Makioka san.

An san me dirigió una sonrisa, bajando las cejas.

—Kinako, veo que trabajabas desesperadamente. Pero me imagino que te ha resultado muy duro dedicarte sola a una cosa en la que nadie te puede sustituir.

Cuando An san se reía, sus ojos se volvían finos como un hilo. Contemplaba con extrañeza esos ojos, como una luna en cuarto creciente que yace en el cielo de la noche. *¿Por qué me dice las palabras que necesito, como si me conociera desde hace tiempo, aunque nos hayamos conocido hoy por primera vez?*

—Hacer un gran esfuerzo está bien. Pero pronto llega a su límite.

—Pero tengo que hacerlo yo. Le debo el favor, ya que me ha estado apoyando hasta que me gradué en el instituto, a mí, con quien no tiene lazos de sangre, ya que soy hija de otro.

Por eso me tengo que encargar yo. Me centré en la frase que mi madre me había dicho innumerables veces, y también yo a mí misma. De pronto, An san me preguntó:

—¿Estás dispuesta a morir por hacerle el favor?

Había sido atacada en mi punto débil con la palabra muerte, así que me quedé callada. An san me comentó despacio, como si le explicara a un niño:

—Kinako, hace un rato estabas pensando en morir, ¿verdad? Eso quiere decir que ya has pasado el límite. Lo que te persigue hasta la muerte ya no lo puedes llamar favor. Se llama maldición.

No me había imaginado que se había enterado de que estaba pensando en la muerte. Lo único que podía hacer era fijarme en su cara.

—Una vez que se convierte en una maldición, lo único que puedes hacer es dejar que te mine. Por eso hemos de pensar en un medio para que escapes.

—¿Que me escape…? —murmuré.

Miharu levantó la boca.

—¡Claro! —Y me agarró por los hombros.

—Kiko, tú me lo habías dicho. Cuando te graduaras en el instituto, comenzarías una nueva vida. Pero todavía no has sido capaz de dar un paso adelante hacia esa nueva vida.

Me pareció un recuerdo de hace mucho tiempo. Pero, con toda seguridad, había días en los que concebía aquella esperanza. Creía que habría algo que podía lograr a cambio de separarme del círculo de la

familia que deseaba tener. Tal vez me había quedado parada aquel día, el día anterior de la celebración de la graduación del instituto.

—Kinako, vamos a una nueva vida —dijo An san.

Sentía que se oía un ruido rítmico en el fondo del oído. *¿Qué será ese sonido? Ah, esto es el latido que genera mi corazón a lo alto. ¿Puedo avanzar desde aquí?* Miré fijamente la sonrisa de los dos.

Aquel día me quedé a dormir en el piso donde Miharu vivía sola. Al mismo tiempo que me derrumbé en el futón que había preparado Miharu, caí en un sueño profundo, como si perdiera el conocimiento. Según me dijo Miharu, llegó a pensar que estaba muerta, porque no me moví ni un centímetro. Al despertar de aquel sueño sin que nadie me despertara, vi que el sol ya estaba en lo alto.

—¡Pe, perdona!

Me levanté de un salto. Miharu estaba preparando el desayuno y se rió:

—Puedes seguir durmiendo.

—Pero ¿tienes trabajo, no?

—Hoy es domingo, así que tengo el día libre. Te dije que teníamos dos días libres seguidos, ayer y hoy. Pero parece que no lo recuerdas. ¡Ah! ¿Tienes hambre? Ya está listo el desayuno.

Tomamos el desayuno sentadas cara a cara en la mesa para dos personas. Miharu, que había preparado tostadas, huevos, sopa de tomate y ensalada de aguacate, dijo:

—Perdona, pero es lo único que me quedaba.

—¡Qué va! Está delicioso. Miharu, sabía que a ti no se te daba bien cocinar, así que te felicito.

—Es que ya llevo tiempo viviendo sola.

Miharu había planeado marcharse de casa después de la graduación. Me sonaba que iría a una universidad de carreras de dos años, con una beca y compaginando con trabajos temporales. Al ver su piso de una habitación, imaginé el ambiente de su vida, aunque estaba ordenado a la perfección. Había muchas fotos en la pared. Miharu sonreía rodeada de diversas personas. Estaba convencida de que había disfrutado de esos tres años. Al mismo tiempo percibí un impulso de echarme a llorar. Lo controlé tomando la sopa caliente. *No sirve de nada tener envidia de ella.*

—Una cosa: me llamó An san. Dijo que hay cosas que quiere contarte, así que vendrá más tarde —dijo Miharu.

Me acordé de la cara que me había acompañado hasta las tantas de la noche.

En medio de la conversación, bajé la cabeza ante An san, «Disculpe», en plan «Muchas gracias por todo, sólo porque soy amiga de Miharu». Me cuidaba tan bien que estaba segura de que eran novios. Pero Miharu se rió:

—¡No lo somos! Es mi compañero de trabajo. De hecho, aunque tenemos cierta relación, apenas conversamos. Por eso, cuando An san se sumó, me sorprendí en mi fuero interno. Claro, ¿por qué viniste con nosotras?

Sólo la última frase era dirigida a An san. An san bebía despacio su whisky con gaseosa. Viendo que las dos le mirábamos, dijo:

—La mano de un gato… Makioka san, que siempre está tranquila, parecía alterada al decirnos que la acompañáramos. Entonces pensé que la cosa iba a ser muy complicada. En esta clase de situaciones complejas, decimos que queremos coger hasta la mano de un gato,[25] ¿no? Así que pensé que podría ser, al menos, la mano de un gato. Además, prefería tomar alcohol de día que ir al cine a ver una película con un grupo de gente. Justo me venía muy bien.

An san nos lo contó como si fuera una broma, pero a Miharu se le escapó una risa y después bajó la cabeza.

—An san está enamorado de ti, Miharu.

«Si ésa no es la razón, su actitud es inexplicable». Se lo comenté mientras mordisqueaba la tostada. Pero Miharu contestó en un tono que albergaba algo de certeza:

—No lo creo. A lo mejor él es muy simpático. Dicen que sus clases son muy populares entre los alumnos de la academia. Harumi nos contó algunos episodios, como uno que viene a estudiar con An san aunque ya ha avanzado al grado superior, y otro que sólo puede acudir a las clases de An san, aunque lleva mucho tiempo sin ir a la escuela.

Luego Miharu se rió como si le pareciera algo complicado.

—Pensaba que eso se debía únicamente a que no les echa la bronca. Sonríe y se muestra inofensivo, así que se deja querer. Pero no es así. Ayer, el que primero te encontró fue An san.

Dijo que, de repente, An san murmuró:

—A esa chica le está pasando algo.

Y ahí estaba yo, donde Miharu dirigió su mirada sin prestar mucha atención. De hecho, antes de reconocer a Miharu, mi mirada se cruzó con la de un hombre. Era An san.

—Después de todo, An san nos acompañaba durante mucho tiempo, ¿verdad? Si te digo la verdad, yo estaba en pánico en aquel momento. Es que vi a la muerte blandiendo su guadaña en *full swing,*[26] de verdad. Sabía que te morirías si no te arrebataba de sus garras, pero no sabía hasta qué punto y cómo hacerlo. Así que cuando An san se ofreció a acompañarnos, me quedé muy aliviada. Sentí que todo iría bien si venía la persona que se había percatado de Kiko en primer lugar. Creo que es muy empático ante el dolor y la tristeza de las personas.

An san me encontró. Y me salvó. ¿Es posible que exista una persona que

pueda depositar su simpatía incondicional en una mujer a la que acaba de conocer? Aunque pareciera poco creíble, en algún punto de mi interior esperaba que fuera así. *¡Ojalá hubiera, de veras, alguien como nuestras deidades!*

Poco después del desayuno, llegó An san. Apenas nos saludó y extendió miles de folletos, documentos y libros ante mis ojos.

—Investigué a ver si se puede recibir alguna ayuda.

Al mirar lo que había amontonado encima de la mesa, me di cuenta de inmediato. Todo aquello trataba de la ELA.

—Hay muchas cosas que todavía no entiendo, pero creo haberlo comprendido por encima. ¿Empleáis la asistencia a domicilio o el servicio en los centros? Por lo que ayer nos contaste un poco, deduzco que a partir de ahora tu padre necesita asistencia las veinticuatro horas. En ese caso, hay residencias de mayores, como éstas, que aceptan a pacientes con ELA. Siempre tienen algunos enfermeros, así que no hay problema…

Al coger el libro que estaba más cerca, vi que se titulaba *La vida con asistencia a los familiares.* En una franja rezaba en rojo: «No hace falta esforzarse para pasar en familia los días cotidianos con una sonrisa».

—Kinako, podemos mejorar la situación.

Levanté la cara al escuchar la voz de An san, que dijo con alegría:

—Todo irá bien, todo irá bien.

Era incapaz de entender nada y le pregunté:

—¿Por qué? ¿Por qué actúas hasta este punto?

Uno no debe hacer algo hasta este punto sólo por la simpatía. Seguro que hay algo. Miharu también miraba la cara de An san como si le estuviera pidiendo una respuesta. Bajo nuestra mirada, An san se rascó la mejilla como si se encontrara en una situación complicada.

—Porque eres muy guapa.

—¿Eh? —gritó Miharu con un tono atontado.

An san me miró y dijo como si le diera un poco de vergüenza:

—Claro, porque eres muy guapa, Kinako. Por eso hago todo esto, por unos sentimientos perversos.

—¿Eh? ¿Qué? Bueno, no quiero que bromees.

—¡Qué va! Te estoy diciendo la verdad. Si no fuera por una chica guapa, no lo estaría haciendo.

An san habló hinchando las mejillas.

¿Me está vacilando? Sé muy bien cuán miserable parezco. Encima, ayer, cuando nos conocimos, iba cargando con la muerte. Jamás podría ver hermosa a una mujer así. Intenté abrir la boca. Pero An san puso el dedo índice ante mi cara.

—No tengo la intención de aprovecharme de tu desgracia. No soy un tipo repugnante. Humm… A ver si es posible y podemos ser amigos. Tengo esa clase de segunda intención.

An san bajó el dedo y se rió. Ju, ju, ju. Aquello se parecía a la sonrisa de aquel héroe de bollo. *Aquel héroe es una presencia como el espíritu de una deidad que no tiene interés personal. Es un héroe que sólo desea la felicidad de la gente y siempre está dispuesto a actuar sin vacilar. Ahora caigo. La única verdad es que esta persona es así.* Lo comprendí como si las piezas de un *puzzle* encajaran. Dije con inocencia, como si me hubiera convertido en una cría de hipopótamo:

—Gracias. An san, a ti te gustan chicas como Kiko.

Miharu esbozó una sonrisa intencionada. An san contestó con calma:

—Al fin y al cabo, también soy un hombre. Hablando de ti, Makioka san, no te preocupes. Te ayudaré todo lo que pueda en los preparativos hasta el puente del mes que viene.

—¡Vaya! ¡Qué diferencia has marcado!

Miharu y An san se partieron de risa. Yo también me puse a sonreír por aquel ambiente cálido.

Luego An san me preguntó los detalles sobre mi situación y el estado de mi padrastro. Le contesté con sinceridad. Incluso de aquello que no podía contarle a nadie hasta entonces pude hablar sin resistirme a las preguntas tranquilas de An san. Miharu, que nos escuchaba al lado, suspiraba a veces como si le doliera, pero nos preparó café en silencio.

—Se puede reducir la carga de Kinako. Si utilizáis el servicio de los centros, es posible que tengas dos días libres a la semana, y también creo que puedes asegurarte tiempo libre, aparte de esos días.

An san hablaba mientras miraba diversos folletos y el papel donde tenía apuntado lo que le había contado.

—Ahora he de contarte algo cruel. No hay manera de saber cuántos años le quedan a tu padre. Puede que muera en medio año o en diez. Durante ese periodo de incertidumbre, ¿continuarás dedicándole tu vida a tu padre? ¿Hasta que muera tu padre?

Era un hecho que trataba de ignorar. Pero al escuchar cómo se manifestaba en una tercera persona, sentí escalofríos en la espalda. *No podré vivir mi vida hasta que muera mi padrastro.*

—Aunque sólo se dediquen a consumir tu vida, tus padres no hacen nada para mejorar tu situación. Más bien suena como si te insistieran en que te entregaras aún más. Lo estás notando, por eso ayer te sentiste presionada y llegaste a pensar en la muerte. La situación sólo empeora, y nadie te salvará. Por lo tanto, debes alejarte de tu padre…, de tu familia.

Alejarse de la familia. Suponía que no me quedaba otro camino salvo aquél. Cuando mi madre me soltó «¡Ojalá te mueras!», sentí que la enclenque columna que me sustentaba se había derrumbado con un estruendo. *Ya no puedo volver al punto en el que estaba antes.*

—También puedes emplear tu vida en ti misma. Ésta es mi opinión personal, pero es mejor que te marches de casa y te independices. Más tarde puedes devolver «el favor» enviando algún dinero a tu familia con lo que ganes. Si hay dinero, tu padre puede entrar en una residencia que tenga asistencia. Sólo devuelves el favor de otra manera. De este modo, te quedarás un poco más tranquila, ¿no?

Cuanto más hablaba An san, más me abría la vista, como si despejara la niebla. Tenía la sensación de que mi mundo tenebroso empezaba a recobrar poco a poco la luz. Incluso sentí que An san me orientaba hacia el origen de la luz.

Un par de días después volví a la casa de mis padres con An san. Mi madre estaba en casa. Nada más reconocer mi figura, bajó la voz:

—¿Dónde estabas? Han llegado muchos folletos y hemos recibido un montón de llamadas informándonos sobre las residencias. ¿Qué has estado haciendo, egoísta? No te lo he permitido.

¿No se preocupa en absoluto por lo que he estado haciendo durante estos días desde que desaparecí del hospital? Me quedé paralizada ante aquella voz que concebía una ira inocultable. An san me adelantó, me dejó a su espalda e hizo una reverencia.

—Encantado. Me llamo Okada. Soy amigo de Kiko san. Vengo a ayudarla.

—¿Qué? —Mi madre frunció el ceño—. ¿Quién es usted? De hecho, ¿en qué quiere ayudar? Ésta abandonó su trabajo, que es la asistencia de mi marido, y desapareció. Los que tenemos problemas somos noso…

—Ella ya no se puede encargar de la asistencia.

An san era un poco más alto que yo, mediano de cuerpo, pero no era de complexión robusta. Cuando levanté la cara, vi el rostro de mi madre que estaba delante de él. Si ella extendía los brazos, podría agarrarme. Sin darme cuenta, me había aferrado al borde de la ropa de An san.

—Fui yo quien le aconsejó que consultara con los servicios públicos y el hospital en el que pueden cuidar a su marido. Tanto el médico como los enfermeros han sido muy amables en ayudarnos.

Durante esos días, An san y yo fuimos a varios sitios para hablar del futuro de mi padrastro. Los médicos del hospital de mi padrastro se mostraban más preocupados que mi madre por mi desaparición y nos escucharon con diligencia junto a los trabajadores sociales.

—Aquí tiene los informes de las residencias donde pueden recibirlo, y también de los servicios a domicilio que se pueden utilizar por el momento. Después pueden hacer lo que mejor les parezca.

An san le entregó los informes que estaban en la bolsa de papel que sujetaba. Mi madre la esquivó utilizando la mano con brusquedad. Los papeles cayeron dispersos por el suelo del recibidor. Parecía que no

podía aguantar más y por fin levantó la voz.

—¡No seas tan entrometido! No hay ningún problema en que Kiko siga encargándose de la asistencia, como ha estado haciendo hasta ahora. ¿Quién eres tú? Kiko, ¡dile que se vaya!

—Le he dicho que he venido a ayudar. Vengo a sacarla de esta casa. ¡Venga! —An san se volvió y me dijo—: Kinako, ve por las cosas que quieras llevarte, pero sólo lo que pueda caber en el coche.

Yo seguía aguantando un temblor que surgía con naturalidad de mi cuerpo. Pensé en la clase de lío que había montado ante mi madre. *No me van a perdonar después de esto.* Mi madre, que estaba al otro lado de An san, parecía que estaba a punto de venir a propinarme una paliza. *Me agarrará y me arrastrará. Luego me encerrará de nuevo en el lavabo de invitados.*

Fue en ese momento cuando decidí decirle a An san:

—Lo siento, ya basta.

Mi madre gritó:

—¡Kiko es mi hija! ¡No le permito que se vaya de forma tan egoísta!

¿Mi hija? Se me detuvo el temblor en un segundo y la miré. An san se rió en silencio.

—¿No desea «que se muera»? —Mi madre tragó el aliento haciendo ruido y se fijó en An san—. «Ojalá caigas enferma y te mueras». No la llame hija con la misma boca que soltó esa frase, por favor. —Por primera vez, An san habló en un tono irritado—. Su mente ha llegado a tal punto de agotamiento que los médicos le han recomendado que acuda al psiquiatra. ¿Cómo tiene el descaro de llamarse su madre, acorralándola hasta ese punto?

—¿Qué tiene que ver eso contigo? Kiko, aquello fue sólo porque estaba alterada. Nos estás ayudando mucho, de verdad. Seguro que tu padre también piensa así. Además…

—¡Cierra la boca, reina! —An san soltó esas palabras y me quedé atónita—. Si dices que eres su madre, ¡déjala libre!

Cuando la cara de mi madre se volvió roja, se oyó una voz aguda:

—¡Déjala! Déjala, mamá, que la hermana haga lo que quiera. —Masaki apareció despacio, desde el fondo. Sujetaba un juego electrónico portátil y sonreía intencionadamente—.Me parece una buena idea meter a papá en alguna residencia. Estoy muy de acuerdo con eso, la verdad —comentó Masaki riéndose, con una expresión semejante a la de su padre—. La casa siempre huele a caca, y papá gime como una fiera. No puedo invitar a mis amigos, porque me da vergüenza. Tampoco la hermana es tan guapa como para poder presentarla en público. Si se van los dos, será perfecto.

Mi madre corrió hasta el hermano haciendo ruido y lo agarró por los hombros.

—¿Qué dices, Masaki? Tu padre te quiere mucho, por eso quiere

vivir más por ti.

—¡Basta! Me jode que me hagas sentir que estoy en deuda.

Masaki quitó las manos de mi madre como si le diera pereza. Mientras oía sin prestar mucha atención la música alegre de fondo del juego, recordé un libro ilustrado que tenía guardado con mucho cariño.

Un osito al que le gusta mucho el arco iris contempla maravillado cómo se dibuja su hermosura en el cielo. El zorrito que le observaba agita una botellita de cristal y le miente al osito, diciendo que se pueden guardar los fragmentos de arco iris. El osito busca un arco iris a toda costa y por fin lo encuentra. Agita desesperadamente la botellita y le pone la tapa para guardar los fragmentos. Los amigos del bosque se mofan de él porque no tiene nada en la botellita, pero sólo el osito cree que la botellita lleva los fragmentos y la guarda con mucho cuidado. El zorrito malvado rompe la botellita en pedazos y los amigos del bosque se ríen del osito junto con él. Sin embargo, el osito encuentra un trocito de arco iris en el fondo de la botellita. Coge ese trocito precioso con forma de caramelo que tiene los colores del arco iris y sonríe lleno de felicidad.

Al final no había nada dentro de mi botellita, ni un grano de verdad.

—An san, voy a por las cosas.

Dicho esto, fui a mi habitación. Aunque fuera mi habitación, llevaba tiempo durmiendo en un futón colocado al lado de la cama de mi padrastro y no le tenía nada de cariño. Encima, lo único que me llevaría sería ropa y la libreta del banco. Mientras recordaba el piso de Miharu, miraba mi habitación sin ningún tipo de adorno. *Llevaba tiempo matando algo de mí para hacer vivir al padrastro. Seguro que vivía medio muerta.* Me quedé perpleja, pero me acordé de que An san y mi madre estaban en el recibidor. Sacudí la cabeza y metí la ropa en la bolsa de papel sin pensar demasiado. Después saqué la libreta que tenía metida en el fondo del cajón de la mesa de estudio. No había ahorrado demasiado para la nueva vida tres años atrás, pero por el momento podría emplearlo para los gastos básicos. Recordaba los días en los que soñaba con la nueva vida, mirando el saldo mientras ahorraba lo que ganaba de trabajos temporales. *¿Podré seguir soñando y continuar aquel sueño?*

Al volver deprisa, encontré sólo a An san. No estaban ni mi madre ni Masaki.

—Tu madre ha dicho que hagas lo que quieras y se ha marchado a algún lado. Tu hermanito se ha ido al fondo.

Mientras le pasaba las bolsas de papel a An san, miré hacia el fondo. Compartimos la mitad de la sangre. Era una presencia que llevaba observando desde que había nacido. No tenía tanto trato como para llamarle hermano menor, pero sentía algún afecto hacia él. Había una

época en la que le miraba con envidia porque recibía amor incondicional, pero también pensaba que estaba bien, porque si seguía feliz entre mi madre y mi padrastro, mi madre también se reía con verdadera felicidad. *Yo no soy capaz de hacer reír a mi madre.*

—Vamos. Makioka san nos está esperando con su amiga.

Llegamos al acuerdo de que la compañera de universidad de Miharu me dejaría vivir en su piso. La chica con la que compartía el piso se había marchado y estaba buscando una nueva compañera. *Ahora Miharu estará limpiando la habitación por mí.*

Subí al asiento del copiloto después de que hubiéramos cargado el equipaje en el coche que An san había alquilado. En cuanto el coche se puso en marcha y comenzamos a alejarnos de la casa de mis padres, se me desbordaron las lágrimas como si un dique se hubiera derrumbado. Estaba repleta de emociones que no podían considerarse como tristeza o miedo, y se me escapó un gemido. An san me acariciaba la cabeza mientras me cubría la cara con ambas manos.

—Es natural que te duela. Kinako, acabas de poner fin a tu primera vida. Ellos se han convertido en los personajes de tu vida anterior. Con lo cual, no volverán a hacerte daño.

¿En esto consiste el fin de una etapa de la vida? ¿Está bien que se acabe aquí? Estaba a punto de vomitar, pero lo aguantaba a toda costa. Una masa caliente surgió repetidas veces desde el fondo de mi garganta. An san se percató de eso y aparcó el coche en el borde de la calle. Salí corriendo del coche. Me senté allí mismo e intenté vomitar. Sin embargo, por muchas veces que se acercara la oleada del vómito, sólo me salía baba. An san estuvo a mi lado mientras di arcadas y me acarició en la espalda.

—Si tienes algo que quieres sacar fuera, puedes echarlo todo. Puedes sacar lo que quieras.

Por el calor de la mano y por su voz simpática, me sobrevino un ruido de ruptura, crack.

—A, a mi madre…

—Sí.

—Quería mucho a mi madre. La quería mucho, mucho, por eso siempre…, siempre quería que me amara.

La masa del fondo de la garganta empezó a desbordarse. Ya no podía pararlo, y lo repetía como una niña. Quería mucho a mi madre. Lo era todo para mí.

Hacía tiempo que mi madre tenía un temperamento violento. Después de tener un ataque de cólera, me abrazaba llorando. Me imagino que siempre concebía la ansiedad por la obligación de sobrevivir conmigo sola antes de su nuevo casamiento. Sus emociones oscilaban varias veces durante un día. Me echaba la bronca sin razón alguna. No sé cuántas veces me dio palizas. Pero igual que eso, me

amaba, me abrazaba y repetía: «Siento lo de antes» o «Te quiero mucho». «Puedo seguir adelante con empeño porque estás tú, Kiko. Estarás harta de mí tal y como soy, pero, por favor, quédate a mi lado».

Sentía su aroma dulce, su calor suave y sus lágrimas calientes en mis mejillas. Me bastaba sólo con aquello para perdonarla. Cuando le decía que todo estaba bien, mi madre sonreía y me daba besos en las mejillas mojadas por sus propias lágrimas.

Después conoció a mi padrastro y se casó con él. La oleada de sus emociones se había calmado. Mi padrastro había sido capaz de llenar algo que yo jamás sería capaz de llenar. Por eso era natural que mi madre amara profundamente a mi padrastro. Pero jamás me esperaba que llegaría a odiar a quien no era capaz de llenarla.

Aun así, sin importar lo que me hiciera, deseaba que me abrazara una vez más. *¡Ojalá me abrazara fuerte y me dijera «Te quiero» como aquel día! Entonces soy capaz de olvidar todo lo detestable. Sólo con un beso puedo borrarlo todo. Por eso, ¡dime que me quieres!* Eso era lo que deseaba.

Sin embargo, mi madre se negaba a verme. Tal vez ya no era necesaria para ella. Lo sabía, pero no quería reconocerlo. Por lo tanto, me sentí sola durante mucho tiempo. Siempre me sentía sola y quería que me amara.

—Quería que mi madre me amara. ¿Qué podría haber hecho para que me amara de nuevo?

Era lo que transmitía al otro lado de la ventanilla del lavabo. Era un sentimiento que no llegaba a nadie y que nadie podía escuchar.

—Sácalo todo. Estoy escuchándolo todo. Yo sí que lo estoy escuchando.

An san me abrazó. Era diferente a mi madre, pero me cubrió de un calor innegable.

—Todo irá bien. Estoy escuchándolo todo. Los sentimientos de Kinako no llegaron a tu madre, pero a mí sí.

Mis sentimientos, que llevaban una eternidad sin destino, llegaron a alguien por primera vez. Me alegró, pero también me entristeció. Por eso le dije a An san:

—Si dices que existe una nueva vida, entonces quiero hacerlos llegar a quien quiera en esa vida. Quiero que mis sentimientos sean recibidos por quien quiera recibirlos.

An san me dijo con dulzura:

—Seguro que podrás. En tu siguiente vida, Kinako, conocerás a tu alma gemela. Seguro que conocerás a una persona que será tu única alma gemela, a la que amarás y que te amará. Serás feliz.

¿Es posible que exista esa persona? No puede ser.

—Es normal que quieras ver las cosas de manera pesimista. Pero, no

te preocupes, seguro que la hay. Hasta entonces, te protegeré.

La mano de An san seguía acariciándome la espalda. Cada vez que lo hacía, me llenaba el corazón. *¿Quién me había dicho esas cosas hasta ahora? ¿Quién me salvó? Tengo la sensación de que sólo con el recuerdo del comienzo de la nueva vida de la que habla podré seguir adelante. No quiero nada más.*

Notas

21. Hace referencia a un personaje llamado Anpanman (Bollo con Judías Rojas), protagonista de un *anime* de Takashi Yanase.
22. Significa «polvo amarillo de soja». Se suele comer con mochi, como aparece en el capítulo 2.
23. Especie de salsa que se echa encima del plato. Se hace con fécula de batata o polvo de arroz para que tenga una textura espesa.
24. Se trata de uno de los días festivos en Japón. Se celebra el segundo lunes de enero para felicitar a los jóvenes que han cumplido 20 años desde la última festividad. Por ejemplo, la del año 2023 será para los que hayan cumplido 20 años entre el 11 de enero de 2022 y el 9 de enero de 2023.
25. Proviene de un dicho: *Nakono temo karitai* («quiero coger hasta la mano de un gato»), que implica estar ocupadísimo.
26. En inglés significa hacer el máximo arco con el bate en el béisbol o con el palo en el golf.

4. El reencuentro y la confesión

Aquella mañana me desperté al notar que algo se movía. Cincuenta y Dos estaba mirando a su alrededor, como si estuviera asegurándose de dónde estaba.

—Buenos días —dije.

Cincuenta y Dos reaccionó asustado y luego se dio cuenta de que yo estaba acostada a su lado. Aturdido, hizo tantas reverencias que me hizo reír. Aquella noche se durmió de repente en la veranda como una marioneta sin hilos, y no se despertó por mucho que lo intenté. Dado que no había otra manera, dormí con él en la veranda cubierta con todas las mantas que tenía en casa.

—¿No tenías frío?

Pude dormir profundamente sin pasar frío gracias a que tenía el calor del niño cerca. Creí comprender que Cincuenta y Dos tampoco lo tenía, ya que afirmó repetidas veces con la cabeza.

—Prepararé el desayuno. ¿Quieres que lo tomemos juntos? Primero, ve a lavarte la cara.

Le llamé. ¡Cincuenta y Dos! Volvió en sí. Después torció la cara de manera extraña, asintió con la cabeza y echó a correr hacia el cuarto de baño. Oía los pasos del niño mientras seguía cubierta de mantas. Luego me levanté para preparar el desayuno.

—A ver, hablando del futuro.

Empecé a hablar sobre aquel asunto después de prepararme un café para mí y zumo de manzana para Cincuenta y Dos.

—A mí no me importa que sigas en esta casa, pero como eres menor de edad, acogerte tal y como están las cosas será un problema. Bueno, ¿qué me puedes contar?

Cincuenta y Dos se había echado a llorar, levantando la voz como la noche anterior, aunque de manera más suave. Parecía que le era difícil llegar a articular palabras, y seguía con la boca cerrada, como siempre.

—No te preocupes, he preparado estas cosas.

Le ofrecí un cuaderno y un bolígrafo.

—Quiero que escribas lo que me puedas contar. ¿Puedes? —pregunté abriendo las páginas. Cincuenta y Dos cogió el boli y afirmó con la cabeza—. A ver, lo primero. ¿No puedes hablar debido a alguna

enfermedad?

Cincuenta y Dos lo negó sacudiendo la cabeza y escribió: «No lo sé». Me sorprendió que su letra no fuera buena, pero sí firme. Continuó con «Me empiezo a sentir mal».

—Te empiezas a sentir mal… Cuando intentas hablar, ¿te sientes asfixiado o algo así?

Parecía que él tampoco acababa de entenderlo bien. Asintió vagamente. Deduje que la raíz podría estar en un lugar más profundo, así que lo dejé en ese punto.

—Cincuenta y Dos, ¿qué quieres hacer a partir de ahora? Respeto tus opiniones.

Cincuenta y Dos puso «No quiero volver» en el acto.

—Vale.

No quiere volver. Entonces, ¿cuál sería la solución correcta? Si le llevo a la policía y les explico la situación, ¿será innecesario que vuelva a su casa? Pero ¿a partir de ahí? ¿Entrará en alguna residencia? Mientras meditaba, Cincuenta y Dos escribió algo nuevo y me lo pasó tranquilamente.

«No me dejes solo».

Cincuenta y Dos me miró. Había una mezcla de varias emociones en sus ojos, y me acordaba de los ojos que yo tenía por aquel entonces. *¿Me ayudará de verdad esta persona? ¿No me abandonará? Espero que sea así, pero tengo tanto miedo que no puedo más.*

Si lo entrego a la policía, puede que decidan internarlo en algún centro. Entonces no se quedará solo. Alguien estará a su lado. Pero ¿de verdad de este modo el niño creerá que «no está solo»? ¿Sentirá que no está solo y se sentirá satisfecho?

—… No te dejaré solo.

Se lo dije procurando mostrar calma en mi rostro para que, como mínimo, se transmitiera de manera afable.

Seguro que me equivoco. Este niño no está buscando esa clase de salvación. Le acaricié la cabeza. La expresión de Cincuenta y Dos se ablandaba un poco.

—Ahora te voy a hacer algunas preguntas molestas, ya que no te conozco muy bien. ¿Quién te está maltratando y te llama Bicho?

El rostro de Cincuenta y Dos se tensó. Agarró con fuerza el bolígrafo. Continué mirándolo:

—¿Tu madre?

Aunque no hubiera dicho nada ni movido el bolígrafo, pude ver su respuesta al observar su expresión. Suspiré un poco y dije:

—Ahora viene la siguiente pregunta. ¿Qué tal tu abuelo?

Dicen que Shinagi san se queja de que no puede tratar a su nieto con cariño, pero ¿mira en silencio cómo su hija maltrata a su nieto? Cincuenta y Dos hizo correr el boli. «No me ve —y añadió—: porque soy bicho».

—… Vale. Entonces parece que tu abuelo es igual que tu madre.

Me dolió tanto el corazón que apenas pude continuar. Cuando mi padrastro me pegaba, mi madre jamás me miraba. Me resultaba más tormentoso ver cómo me mostraba su espalda, como si me rechazara al recibir la paliza.

No obstante, ¿no hay otras personas que sepan que este niño se encuentra en esta situación? Por ejemplo, ¿su maestro? Hasta yo me di cuenta de que había algo raro en su cuerpo huesudo y su aspecto sucio. Si algún adulto normal le mira cada día, tiene que darse cuenta de que algo no va bien.

—¿Vas a la escuela?

«No voy desde que empecé a vivir con mi madre».

«Ah», casi se me escapó. *¡Vaya! Pero ¿desde que empezó a vivir con su madre? ¿No vivía con Kotomi antes?* Cuando se lo pregunté, Cincuenta y Dos asintió con la cabeza.

—Entonces, ¿desde cuándo empezaste a vivir con tu madre?

Cincuenta y Dos escribió: «Desde que murió mi abuela de Suenaga», y mordió los labios con fuerza.

* * *

La taberna Yoshi-ya parecía ser un local solicitado en este barrio. Era tan popular que, aunque llegara cuando ya había pasado la hora concurrida de la comida, había un par de personas esperando afuera. Esperé unos diez minutos. Me asomé dentro, y las camareras que trabajaban con diligencia dijeron al unísono:

—¡Bienvenida!

Kotomi estaba entre ellas. Llevaba el mismo delantal vaquero que el otro día, y trabajaba con destreza.

—¿Está sola? A la mesa al lado de la ventana, por favor —me indicó una camarera encorvada que tendría más de 70 años. Era el mismo sitio en el que nos habíamos sentado Muranaka y yo. Esperaba hojeando la carta. Kotomi vino con agua.

—¿Ya lo tiene?

—Un menú de pollo tempurizado, por favor, Kotomi san.

Kotomi me miró con una expresión sorprendida y luego me preguntó:

—Ah, ¿es usted quien vino con Muranaka kun el otro día?

—Sí. ¿Se acuerda de mí?

—No precisamente, pero algo. ¿Y?

Me miró extrañada, así que le dije:

—¿Me puede hacer un huequecito después? De verdad, aunque sea un rato.

—Vale, pues llámeme al volver, por favor.

No parecía sentirse extrañada. Cogía las comandas y llevaba los platos. Al verla hablar con las otras compañeras y con los clientes

esbozando una sonrisa, dudaba si esa persona era verdaderamente la madre de Cincuenta y Dos. *¿Por qué trabaja como si nada, aunque su hijo siga desaparecido desde anoche? He venido pensando que, si le estuviera buscando a toda costa o se mostrara nerviosa, habría esperanza.*

Cuando le pregunté a Cincuenta y Dos cuántos años tenía, contestó que tenía 13 años. *Un chico de primer curso de secundaria aún es un niño pequeño. ¿No se preocupa por dónde ha pasado la noche a la intemperie?*

Un rato después llegó el menú de pollo tempurizado, pero no me apetecía nada. Pedí a otra camarera, que no era Kotomi, que me trajera una caja para llevar la comida. Sería un regalo para Cincuenta y Dos, que me esperaba en casa. Sólo logré comerme el arroz, la sopa de miso y los encurtidos. Después pagué.

Kotomi salió de la taberna y vino enseguida detrás de mí. Entonces me puse a pensar qué contarle y cómo. Dado que Kotomi trabajaba de manera tan natural, para mi sorpresa solté aquellas palabras sin querer. Mientras meditaba, Kotomi sonreía.

—A ver, no hay nada, ¿eh?

Se me escapó «¿eh?».

—No hay nada entre Muranaka kun y yo. No te preocupes —me dijo Kotomi como si tuviera vergüenza—. Me imagino que te habló de mí de manera muy exagerada, ¿no? Pero no hay nada, así que no hace falta que te preocupes. Él me adoraba desde hace tiempo. Pero no hay nada más. No estamos saliendo.

Me cuesta tanto entenderla que no parece que hable en japonés. Sin embargo, frunció el ceño y continuó.

—¡Qué malo es Muranaka kun! ¡Hace que su novia se sienta ansiosa! —dijo torciendo el morro. Allí, al final, me percaté de que Kotomi no lo había entendido—. Oye, ¿quieres que le llame para echarle la bronca? ¡Le diré que no te ponga nerviosa! Ah, pero no tengo su número. ¿Me lo das?

—Ah, no. Espere. No soy la novia de Muranaka ni nada. Quería hablar de su hijo.

Se lo dije apresurada. De pronto se le borraron las emociones en la cara. Se puso indiferente y se le marcó la línea de surcos alrededor de la boca.

—Yo soy amiga de su hijo.

—No tengo hijos.

Kotomi lo soltó en voz baja, como si fuera otra persona distinta.

—¿Eh?, pero…

—No, de verdad, no lo tengo. Quizás te estás confundiendo con otra persona.

—Muranaka me dijo que lo tiene.

¿Es un error o algo? Kotomi chascó la lengua:

—¡Mecachis! Vale, ¿qué quieres de él?

Me preguntó como si le diera pereza. Ese cambio repentino me recordó a mi madre. Empecé a recordar las cosas triviales del pasado y dije, sintiéndome asfixiada:

—Bueno, me llevo bien con él. —Kotomi subió una ceja.

—Ah. Entonces, ¿está en tu casa ése?

—Ah, sí. Por eso me gustaría hablar con usted de ese niño.

—No tengo nada que hablar. Si te molesta, échale fuera. ¡Ah! ¡Muchas gracias! ¡Vengan de nuevo!

Se abrió la puerta corredera de la taberna y salieron los clientes. Hizo una sonrisa ante ellos y, cuando se habían marchado, me dirigió una cara fría. Dijo:

—Es un gato callejero. Es como si le das de comer a un gato callejero, pero después se queda y te molesta. Así que no le des comida por capricho. Mimar a alguien durante un rato es un tipo de violencia. ¿No lo sabías?

Quizá la razón por la que me cabreé ante su provocativa forma de hablar fue porque sentía algún cargo de conciencia. No podía negar que me sentía sola. Pero jamás fue sólo por eso.

—Vino corriendo hacia mí. Estaba empapado de ketchup y muy asustado. ¿Qué demonios le hizo?

Se lo dije en tono fuerte. Entonces Kotomi encogió los hombros.

—Comió la pizza que me iba a comer sin permiso. Por eso le eduqué. Hubiera quedado bien con tabasco, no con ketchup.

El desinterés que mostró su rostro mientras hablaba me dejó horrorizada. No se sentía en absoluto culpable por lo que le había hecho.

—¿Es su hijo biológico? ¿Cómo puede hacerle algo así?

Noté que el tono de mi voz se volvía brusco. Kotomi entrecerró los ojos y preguntó:

—Te quiero hacer la pregunta contraria. ¿Por qué no debo hacerlo? Yo lo parí y yo lo cuido. Es mi hijo. Es mi decisión qué hacer con él. Además, mi vida se convirtió en una locura al haberlo parido. Dices que soy una acosadora, pero creo que yo soy la víctima.

—¿Qué? ¿La víctima? ¿Me lo está diciendo en serio?

—Claro, en serio. Sufrí muchísimas dificultades innecesarias y aguanté lo que no tenía por qué aguantar. Aunque no paro de padecer contratiempos, él sigue distraído como un bicho. ¿Cómo puedes decir que le trate bien? ¡Es imposible!

Kotomi se rió, torciendo la boca.

—No quiero un hijo que no sirve de nada y no es más que una molestia. Cada día me arrepiento de haber parido a ese bicho. De hecho, si fuera un bicho, podría acabar con él aplastándolo con las manos, ¡zas!, y ya está. Así que es peor que un bicho.

Casi me eché a llorar al escuchar aquellas palabras que hicieron que

quisiera taparme los oídos. *¿Cuánto tiempo lleva ese niño escuchando este tipo de maldiciones?*

—Ya… ¡Ya basta!

Tal vez era cobarde y no era capaz de escucharlo hasta el final. Pero si seguía escuchándola más, mi mente perdería la cordura.

—Yo me encargaré de él. Pero ¿está bien para usted?

Se lo dije como si quisiera asegurarme. Kotomi levantó la voz:

—¡Qué pesada! ¡Haz lo que quieras! No lo quiero, en serio. Así que tú misma. De hecho, así sólo me ayudas. Ah, no quiero que después vengas en plan «te lo devuelvo». De verdad, me jode mucho.

Se me saltaron las lágrimas y la figura de Kotomi empezó a emborronarse. Mi corazón no estaba inflamado por la tristeza, sino por la furia. Era una furia negruzca, como una tormenta. *¿Cómo puede soltar aquellas palabras como si blandiera un sable? ¿No entiende que puede hacer daño a otras personas y hacerlas sangrar?*

—Entonces déjeme cuidar de él. Me llamo Mishima. Una vez me presenté a su padre, así que, si se lo pregunta, sabrá mi dirección postal.

Hablé sobre su padre tratando de contener las lágrimas. Los ojos de Kotomi se movían nerviosos. Aun así, dijo:

—Jamás se la preguntaré.

—Lo comprendo. Adiós.

Dicho esto, subí a la bicicleta. Mientras pedaleaba, pensaba que Cincuenta y Dos era capaz de ver la realidad mejor que yo. Aunque le había comentado que vería qué tal estaba su madre al salir de casa, se mostró indiferente. Aquélla era una expresión inesperada. *¿Cuántas cosas sucedieron para que llegara a resignarse?*

De todas maneras, debería haberle propinado un puñetazo en la cara. Debería haberle gritado que era un demonio. Pero si lo hubiera hecho, sería igual que ella. Estaba tan cabreada que no podía aguantar. *¡Qué cruel es!* Aceleré tanto la bicicleta que me puse a sudar mucho. Hacía mucho tiempo que no pedaleaba de pie, y estaba convencida de que al día siguiente tendría agujetas. Aparqué la bicicleta mientras intentaba calmar la respiración. De pronto se abrió la puerta corredera y Cincuenta y Dos se asomó. Estaba aterrorizado y miraba cohibido a mi alrededor. Ésa no era la actitud de un niño que espera que su madre le recoja.

—¡Ya he vuelto! Toma, un *souvenir*.

Le enseñé la bolsa de plástico en la que llevaba el pollo tempurizado. Cincuenta y Dos suspiró bajando los hombros, como si se sintiera aliviado.

A medida que le daba vueltas a la manera y el momento en que podría contarle aquella conversación con Kotomi, se hizo de noche. Cada uno utilizó el baño y cenamos. Se oía el canto de insectos a

través de la ventana abierta. Cincuenta y Dos agudizó el oído. Me fijé en su hermoso perfil.

No me ha preguntado cómo ha ido. Seguro que ya lo sabe. Por eso decidí no contárselo. No hace falta darle los detalles sobre lo afilado que era el sable que había blandido su madre.

No obstante, aunque le he asegurado a Kotomi que me encargaría de este niño, ¿qué hago? ¿De qué manera puedo responder a lo que él necesita?

De repente, Cincuenta y Dos se puso de pie y trajo el cuaderno y el bolígrafo. Después escribió algo rápido y me lo enseñó.

«Cuéntame la historia de 52 hercios».

—Ya te la conté ayer.

El bolígrafo volvió a moverse y colocó el cuaderno delante de mí.

«Kinako, ¿cómo llegaste a conocer a la ballena de 52 hercios?».

Se me escapó una sonrisa. La letra con la que estaba escrita a toda prisa Kinako me provocó cosquillas.

—Mineko chan me regaló aquel reproductor de MP3.

Desde que me marché de casa de mis padres, era incapaz de controlar mis emociones. Pensé que, ya que mi mente había estado paralizada durante tres años, siempre estaba en continua excitación para volver al estado anterior. Hablaba sin cesar, como una ametralladora, o me echaba a llorar atacada por el terror que me aplastaba. Mineko chan, que era la amiga de Miharu con la que iba a compartir piso, jamás se mostró disgustada. Más bien era una persona que no permitía que nadie la alterara. Me imagino que tenía muy bien calculada la distancia con los demás. Cuando me disponía a hablarle sobre mi situación, se iba rápidamente a su habitación. Cuando no podía parar de llorar por la noche, me echaba una lata de cerveza casi congelada por la rendija de la puerta.

Había dos reglas que Mineko chan me había pedido que observara rigurosamente. Una era no dejar que nadie se quedara a dormir en el piso, no importaba que fuera hombre o mujer. La otra era que no me quedara a dormir fuera de casa. Mineko chan solía volver acompañada de varios tipos de hombres, pero nunca les había permitido quedarse a dormir. Tampoco ella se quedaba a dormir fuera. Siempre se metía sola en su cama bien ordenada y se dormía. Seguro que tendría algún motivo para portarse así. Pero mi yo de aquel entonces no era capaz de pensar en nadie, salvo en mí misma. *¿Por qué no deja que, al menos, Miharu se quede a dormir, aunque no fuera posible que lo hiciera An san? O, si no es posible, que me deje quedarme a dormir fuera.* Sólo me lamentaba frustrada.

Al principio tenía tanto miedo que no podía soportar estar sola. Oía el ruido de las flemas atascadas de mi padrastro o cómo blandía su bastón por algún lado. Me obsesionaba que se abriera la puerta y mi

madre viniera a darme una paliza. De noche era mucho peor. Pasaba tiempo cubierta con el edredón y con la luz encendida, temblando. Si me emborrachaba con la cerveza que me daba Mineko chan, podía dormir de alguna manera. Pero, a cambio, tenía pesadillas. Durante la mañana que seguía a esas noches me sentía tan mal que había algunos días en los que no me podía levantar. Pensaba que, aunque hubiera dicho que tenía una segunda vida, no podía existir y mi mente seguía encerrada en el lavabo para invitados de aquella casa mientras contemplaba el techo. *Jamás podré escapar de aquel lavabo.*

A pesar de estar en ese estado, la realidad me perseguía sin clemencia. *Tengo que conseguir un trabajo. Si no, ni siquiera podré mantener la vida por mucho tiempo.* Acudía a las entrevistas con tanta ansiedad y nervios que casi me hacía vomitar y me echaban. Esto no paraba de repetirse. Cada vez que me comunicaban que no había pasado la entrevista crecía en mí un sentimiento de autonegación, como que una persona como yo era incapaz de salir a la sociedad para trabajar. Además, a medida que el saldo de la libreta bancaria disminuía con claridad, aquel sentimiento aumentaba. An san y Miharu me alentaban, pero mi espíritu no hacía más que caer. Los dos fueron a varios sitios para arreglarme la vida en sus días libres. An san llegó a recurrir a sus días libres pagados. *¿Cómo puedo seguir dependiendo de ellos?* Lo único que hacía era sentirme presionada, pensando que tenía que conseguir un trabajo lo antes posible para poder tranquilizarles. Ponía todo mi empeño en mostrarme alegre ante ellos y, cuando volvía al piso y me quedaba sola, me derrumbaba y me echaba a llorar como reacción. Había perdido por completo aquella sensación de felicidad que había sentido gracias a las palabras que An san me dijo cuando me marché de la casa de mis padres.

Una noche, en aquellos días en los que vomitaba continuamente donde nadie me viera, se abrió la puerta en silencio, como siempre. Pensé que otra vez me traería una lata de cerveza, pero lo que Mineko chan deslizó sobre el suelo de parqué fue un pequeño reproductor de MP3.

—Escucha esto.

—¿El qué?

—Es la voz de la ballena de 52 hercios.

Cerró la puerta con tranquilidad. Me limpié las lágrimas y puse los auriculares en los oídos. Presioné el botón de *play* y llegó hasta mí la voz desde el fondo del agua.

Cincuenta y Dos me miraba. Le dije a esa cara inocente:

—No podía dormir por la noche. Antes tenía mucho miedo de estar sola y no podía dormir bien. Lloraba a escondidas. Pero a medida que escuchaba esta voz de la ballena de cincuenta y dos hercios que me regaló Mineko chan, conseguí dormir, algo que me resultó todo un

misterio. Tampoco tenía pesadillas. Así que le pregunté a Mineko chan: «¿Qué es eso?», pero ella era una persona de pocas palabras. Me dijo: «Si te llama la atención, ¿por qué no investigas?». Entonces fui a la biblioteca e investigué… Aquello me impactó muchísimo.

Estuve a punto de echarme a llorar al lado de la ventana de la biblioteca apenas iluminada por una luz tenue. *Esto soy yo. Mi voz era la voz de 52 hercios que no es capaz de llegarle a nadie.*

Pero, por suerte, había conocido a una persona que había escuchado mi voz. An san me había salvado hacia un mundo donde tengo amigos. *No debo olvidar el momento en el que me sentí feliz con sólo eso. No debo olvidar la alegría que sentí cuando mi voz llegó…*

—Creo que fue a partir de ahí. Cuando escuchaba la voz de la ballena, me sentía calmada y podía dormir profundamente.

Cuando al fin logré que mi mente se calmara, conseguí trabajo. Era empleada de una fábrica donde se sueldan las piezas de aparatos eléctricos. Miharu y An san me invitaron a un restaurante de barbacoa la noche de mi primer día de trabajo. Mineko chan también propuso regalarme algo y le dije que quería aquel reproductor de MP3. Mineko chan se rió y afirmó con la cabeza, diciendo que le había salido barato, y que si me valdría aquél de segunda mano.

A partir de entonces compartí piso con Mineko chan durante un año, pero nuestra relación no se estrechó. Siempre se limitaba a hacer lo que estaba dentro de la línea que había marcado, y tampoco me dejaba salirme de ella. Me dijo que el motivo de la disolución de nuestra convivencia en el piso se debía a que iba a volver a su pueblo natal, pero sigo sin saber dónde está ese pueblo. Lo único que entendí era que también había noches en las que ella dormía escuchando la voz de la ballena de 52 hercios. No sé dónde estará, ni siquiera qué estará haciendo, pero le estoy muy agradecida. Gracias a su simpatía, logré recobrar de nuevo las habilidades sociales que estaba a punto de perder y comprendí algo irremplazable. ¡Ojalá que sea feliz!

—Incluso ahora, cuando no puedo dormir por la noche o cuando me siento tan sola que me quiero morir, escucho la voz de la ballena de cincuenta y dos hercios. Pero no es como antes. Empiezo a pensar en una voz de cincuenta y dos hercios que me dirija, no en la que emito yo.

Cincuenta y Dos inclinó la cabeza y sonreí.

—Por eso te escucho. Ah. Primero, ¿me puedes contar más sobre la abuela de Suenaga de la que me hablabas esta mañana?

Trataba de conocer más detalles, pero Cincuenta y Dos se negó a coger el bolígrafo. Saqué el cuaderno para preguntárselo de nuevo. Como esperaba, la cara de Cincuenta y Dos se nubló.

—¿No me lo quieres contar? Pero no podemos avanzar desde este punto. Así que hazme el favor.

Cincuenta y Dos agarró el boli y escribió con vacilación: «La abuela por parte de mi padre».

—¿Quieres decir que es tu abuela paterna? Me imagino que esa abuela te cuidaba. ¿Y tu padre?

«No lo conozco».

¿No conoce a su padre? ¿En qué circunstancias se encuentra?

—A ver, no conoces a tu padre, pero tu abuela paterna te cuidaba, ¿verdad?

Puso «Chiho chan también», y añadió: «La hermana menor de mi padre».

—Okey. Si es la hermana menor de tu padre, es muy probable que siga viva. ¿Dónde vivías con ellas? ¿Cerca de aquí?

«Bashaku».

—¿Dónde? —se me escapó.

¿Es un topónimo de esta región? Me puse nerviosa. Cincuenta y Dos siguió: «Kitakyūshū».

¿Kitakyūshū está en la prefectura de Fukuoka? Como no conocía esta zona, no entendía nada.

«Quiero ver a Chiho chan», escribió Cincuenta y Dos y dejó el bolígrafo. Me extrañé, y descubrí que Cincuenta y Dos estaba llorando y contenía el aliento. Al ver cómo estaba, comprendí que Chiho chan era una presencia insustituible para él.

Si viera a esa persona, a lo mejor podría ver cómo ha sido la vida de Cincuenta y Dos hasta ahora y el asunto con Kotomi. Así podría cambiar la situación.

—… ¿Vamos a verla? —murmuré. Cincuenta y Dos levantó la cabeza—. Vamos a buscarla. Yo también quiero conocer a alguien con quien pueda hablar sobre ti.

Cincuenta y Dos se secó las lágrimas y agarró mi mano. Yo también agarré su delgada mano.

No obstante, aunque le había dicho que íbamos a verla, aún me faltaba mucha información. Al día siguiente, en la veranda, mientras miraba el cielo, seguía meditando qué podría hacer.

Navegué con la tablet y localicé el topónimo. Bashaku, un barrio de Kita en la ciudad de Kitakyūshū, pero no sabía muy bien cuáles eran sus límites. Parecía que Cincuenta y Dos tampoco conocía los detalles de la dirección, sólo que estaba en Bashaku, y me dijo que había vivido allí con ellas dos años atrás. Podríamos llegar, pero era posible que se hubieran mudado y que no siguieran allí.

De todos modos, pensaremos en eso cuando lleguemos. Si hacemos la maleta, llegaremos allí al atardecer como muy tarde. Creo que lo único que podemos hacer es coger un hotel y buscar con perseverancia.

Mientras reflexionaba, sonó el timbre en la entrada. Cincuenta y Dos estaba trasteando con la tierra en el jardín. Se asustó y entró a

toda prisa.

—¿Quién será?

Me dirigí hacia la entrada después de asegurarme de que Cincuenta y Dos se había escondido al fondo de una habitación. Pensé que quizás sería Kotomi, pero lo descarté enseguida porque estaba segura de que jamás vendría. *Será un paquete o Muranaka.*

—¿Sí? ¿Quién es?

Hablé a través del cristal esmerilado de la puerta. Entonces se oyó una voz.

—Kiko. ¿Eres Kiko, verdad?

¿Qué? No puede ser. Me apresuré a abrir la puerta corredera de la entrada. Miharu estaba allí de pie.

—¿Por qué…?

—Claro que he venido a buscarte, ¡tonta!

Miharu tenía los ojos llenos de lágrimas y me dio una palmada en la mejilla. Un sonido seco, ¡plas!, y su impacto me hicieron ser consciente de que no se trataba de un sueño. Luego Miharu me dio muchos golpecitos mientras repetía:

—¡Tonta, tonta!

—¿Eh? ¿Por qué? ¿Cómo has logrado localizarme?

—¿Hay algún otro sitio aparte de la casa de tus padres? Fui allí. Aquella vieja estaba superfastidiada, pero fui tan pesada que logré que me dijera tu dirección. Estaba nerviosa por si me había mentido, pero al final ha salido todo bien. Mira, por fin te veo.

No me podía imaginar que Miharu había llegado a través de mi madre. No me esperaba que hubiera hecho algo por mí hasta ese punto. Seguía sin palabras. De pronto, Miharu me abrazó. Me quedé atónita por su fuerza.

—¿Por qué haces estas cosas? ¿No pensaste en que me iba a preocupar?

Era increíble, pero ese calor era, ni más ni menos, que el de Miharu. Se apartó y me agarró por los hombros.

—No pude quedarme tranquila, porque pensaba que estabas muerta. Desapareciste sin decirme nada. ¿Te puedes imaginar el *shock* que me causó? —Me había agarrado tanto que me dolían los hombros—. ¡No me hagas esto! ¿Cuántas veces te lo tengo que pedir para estar tranquila?

Se le aguaron los ojos. Ya era la segunda vez que la veía llorar. Las dos veces se debían a mí.

—No tengo intención de… morir. Lo único que quería era estar aquí sola.

—¿De qué hablas? Lo que estás haciendo es un juego miserable para llamar la atención, ¿no? —gritó Miharu. Aquella fuerza me hizo temblar—. ¡Mira adelante! ¡Por favor!

—Miharu…

Se oyó un ruido seco. Miharu dirigió su mirada detrás de mí. Después se secó las lágrimas y preguntó:

—¿Quién es?

Cuando miré atrás, Cincuenta y Dos se estaba acercando hacia nosotras poco a poco. Tiró del borde de mi ropa y mostró su negación con la cabeza a Miharu. Estaba pálido y temblaba. *¿Tal vez piensa que Miharu me está regañando y ha venido a ayudarme?*

—¿Quién es ése? ¿Es un conocido de aquí?

—Ah… Pues.

Como Cincuenta y Dos no dejaba de tirarme del borde de la ropa, traté de esbozar una sonrisa.

—Está bien. Esta persona es mi amiga. Ha venido para verme.

Cincuenta y Dos miró a Miharu y luego a mí, y por fin retiró la mano.

—Miharu, de todas maneras, entra. Te prepararé algo frío.

El salón no disponía de aire acondicionado, pero como al abrir la ventana grande corría la brisa que daba a la veranda, bastaba con un ventilador para refrescar la estancia. Cincuenta y Dos fue el primero en entrar en el salón y se sentó en un rincón de la habitación. Se fijó en Miharu, que había entrado detrás de mí. A lo mejor vigilaba para que no me gritara. Pero Miharu no se percató en absoluto de aquello y echó un vistazo al espacio.

—Hum. Me sorprende un poco. El interior de la casa parece cómodo. No está mal, tienes los electrodomésticos y los muebles en su sitio. La casa se veía tan vieja por fuera que no pensé que vivías de manera decente.

—Por fuera sí, ya que era una casa que llevaba tiempo sin habitar. El viento del mar también le afecta. Me arreglaron unas cosas de dentro. El dormitorio tiene aire acondicionado, como tiene que ser. Ah, siéntate por ahí.

Fui a la cocina y preparé un café frío. Serví un zumo de manzana para Cincuenta y Dos y regresé al salón con todo listo en una bandeja. Pero Miharu no estaba. Dado que Cincuenta y Dos señalaba hacia el baño, fui hacia allá. No sabía por qué, pero Miharu estaba asomada al cuarto de baño. Observaba y murmuraba ella sola.

—Ya imaginaba que, en general, las cañerías están viejas. El embaldosado retro podría ser calificado como bonito y se puede permitir.

—Eso todavía no está arreglado.

Miharu pasó por mi lado mientras yo seguía sujetando la bandeja y se asomó al lavabo que estaba al lado del cuarto de baño.

—¡Ah! Aquí también está embaldosado. Es muy de la era Shōwa.[27] Ah, pero hay *washlet*.[28] Muy bien, muy bien.

—Nada más llegar, ¿te pones a hacer una inspección? Vivo con decencia.

Mientras me quedaba boquiabierta, Miharu se volvió para mirarme y dijo enseguida:

—Es que es aquí donde voy a vivir por un tiempo, así que tengo que examinarlo todo.

—¿Eh? ¿Qué? Pero ¿y tu trabajo?

—Lo dejé. Con lo cual, viviré contigo hasta que me quede tranquila. Ah, ¿tienes un futón de sobra? Si no, vamos al AEON. Lo he visto de camino. Además, me viene bien ir para buscar varias cosas.

Miharu había estado hablando sin cesar. De súbito levantó el vaso de café de la bandeja que aún sujetaba y lo bebió de pie haciendo ruido con la garganta. Después de beberse la mitad, exhaló el aliento con un «ah». Después me dijo, como si fuera un manifiesto:

—Yo misma decidí acompañarte hasta hartarme. Si no, tengo la sensación de que serás incapaz de vivir bien.

—Acompañarme… ¿Por qué llegas a este extremo?

Miharu no tiene ningún motivo para hacer esto por mí. Le hice aquella pregunta tras buscar las palabras adecuadas. Miharu bajó las cejas y se rió un poco, como si le pareciera complicado:

—Creo que, a mi manera, quiero expiar mi culpa.

—Tu culpa… ¿De qué hablas?

—Bueno, no te preocupes. De todos modos, y por el momento, me quedaré aquí contigo. Bueno, primero explícame quién es este niño.

Miharu señaló con el dedo. Al volver la cabeza, encontré a Cincuenta y Dos. Miré alternativamente la cara de Cincuenta y Dos, que se mostraba nervioso, y la de Miharu, que parecía extrañada. Durante un rato estuve pensando qué debía hacer.

—¿Eh? ¿Eh? Espera, espera. No entiendo.

Tras volver al salón, le comenté que me iba a encargar de este niño y que habíamos empezado a vivir juntos. Miharu parecía confusa y miraba fijamente el rostro de Cincuenta y Dos. Él se estaba tomando un zumo de manzana, pero parecía que no soportaba su mirada. Se levantó en un segundo y bajó al jardín. Luego se agachó en el rinconcito donde yo había cultivado el huerto casero y se puso a toquetear la tierra. Miharu contemplaba la espalda de Cincuenta y Dos mientras metía la tierra en una pala para las macetas y volvió su mirada hacia mí.

—Estuve imaginando de qué manera podías estar viviendo, Kiko. Pero esto se sale tanto de mis expectativas que me asombra. Vale, ¿cómo habéis llegado a esta situación?

Aunque Cincuenta y Dos nos mostraba la espalda, seguro que agudizaba el oído. Por eso, le hablé:

—Oye, Cincuenta y Dos. Se llama Miharu. Es una amiga muy

importante, así que, ¿le puedo hablar de ti? Jamás pensará nada malo.

Un rato después, Cincuenta y Dos me dirigió una mirada breve y asintió con la cabeza. Agradecí su confianza y le conté a Miharu mi proceso con Cincuenta y Dos. Dado que Cincuenta y Dos nos estaba escuchando, me costó contarle la parte en la que había conversado con Kotomi. Procuraba cambiarlo un poco para suavizarlo, pero no se podía omitir el hecho de que me había dicho que no lo quería. Cincuenta y Dos volvía a mostrarnos la espalda y no sabía qué cara estaba poniendo.

—Eso es chungo. —Después de haberme escuchado, Miharu frunció el ceño y dijo—: Es mejor que denuncies a la policía. Si la tal Kotomi arma un jaleo y dice que «secuestró a mi hijo», Kiko, te meterás en un lío. Si hay moretones en su cuerpo, tenemos que llevarlo a la policía antes de que desaparezcan. Si hay pruebas de maltrato, detendrán a su madre y el niño también irá a algún establecimiento…

Escuché un ruido, ¡plaf! Cincuenta y Dos nos miraba de pie, atónito. Parecía que había estado intentando meter tierra en una maceta, pero se había partido y estaba desbordada de tierra. Cincuenta y Dos sacudió la cabeza con un gesto que mostraba que estaba a punto de llorar.

—Está bien. —Sonreí a Cincuenta y Dos y le dije a Miharu—: Eso no puede ser. Le prometí que le llevaría a un lugar donde haya gente con quien él pueda hablar con su propia voz. No puedo terminar llevándolo a la policía.

Miharu abrió la boca.

—Pero…

La detuve.

—Yo quiero hacerlo. Tengo que hacerlo.

Miharu se quedó callada durante un rato, como si estuviera pensativa, y después dijo:

—Cinco días. No diré nada durante cinco días. Mientras tanto, intenta averigüar qué puedes hacer con él.

—¿Eh? ¿Por qué cinco días?

Pregunté de dónde había sacado ese número. Miharu contestó:

—Son los días que tardó An san en sacarte a ti, Kiko. Creo que tardó más o menos eso desde que te encontró hasta que te sacó de aquella casa. Hasta entonces no diré nada a nadie, y de hecho estaré a vuestra entera disposición. Pero si tardas más, iré a la policía. Dejar pasar tiempo en vano no tiene sentido, ni para ti ni para este niño.

Pensé que lo que había dicho Miharu era correcto. Dejar pasar tiempo en esta casa no arreglaría nada. Pero cinco días era muy poco tiempo.

—De acuerdo. Lo primero que haremos será ir a Kitakyūshū.

Miharu se quedó atontada.

—¿Dónde está?

Un par de horas después estábamos en el andén de la estación de Kokura.

Fuimos a la estación en taxi y luego viajamos en tren durante un par de horas, lo cual fue un desplazamiento tremendo. Miharu acababa de llegar desde Tokio y se quejaba horriblemente de que le dolía la espalda por haber estado sentada demasiado tiempo.

—Es que soy *arasā*.[29] Me es muy duro, en serio. Ya no puedo más.

—De todas maneras, hoy buscaremos algún hotel.

El cielo ya se había teñido de color naranja. La estación de Kokura era más grande de lo que esperaba y había muchos edificios altos. Como se veían varios hoteles desde el andén, no tendríamos problema.

—Eh, Miharu. Busca algún sitio en tu *smartphone*.

—Vale, vale. Pero, Kiko, ¿por qué diste de baja hasta el móvil? Cuando me enteré de que no te funcionaba el móvil, pensé que de verdad habías muerto.

—Escucharé esas cosas más tarde, ¡venga!

Miharu estaba sentada en el banco del andén y se puso en marcha torciendo el morro. Le pregunté a Cincuenta y Dos, que contemplaba el paisaje de la ciudad.

—¿Te acuerdas de este paisaje?

Señaló una noria que se veía un poco lejos de la estación. La noria roja yacía bañada de la luz del atardecer.

—¿Has estado allí?

Cincuenta y Dos asintió con la cabeza con un gesto un poco triste. *¿Tal vez subió con alguién?*

—¿Vamos después?

Cincuenta y Dos negó con la cabeza. Luego nos dio la espalda.

—¡Ya tenemos sitio! Está a cinco minutos a pie. ¡Venga, vamos, que no puedo más con mi espalda! —gritó Miharu.

La estación de Kokura tiene una construcción singular. De la estación sale la vía del monorraíl que se extiende en línea recta. Nos pusimos a caminar siguiendo esa vía. Miharu comentó ante el paisaje de desarrollo urbano:

—Es la primera vez que estoy aquí, pero parece bastante moderno.

—Oye, Cincuenta y Dos. ¿Vivías en un sitio como éste? Entonces, te resultó incómodo haberte mudado a aquel pueblo, ¿no?

Miharu ya se había acostumbrado por completo a Cincuenta y Dos, que no expresó nada durante el par de horas de camino. Incluso parecía estar disfrutando de la situación. Me impresionó su flexibilidad y su fuerza; no había cambiado nada. Pero, por mucho que tratara de hacerme fuerte, no era capaz de conseguirlo y acababa forcejeando. Su figura siempre me deslumbraba.

El hotel se encontraba cerca de la estación y estaba bastante limpio, cosa que no esperaba. Había dos camas y un sofá-cama. Era una habitación para tres personas particularmente espaciosa. Miharu se derrumbó en la cama que estaba al lado de la ventana y suspiró:

—¡Estoy hecha polvo!—. Cincuenta y Dos se sentó en silencio en el sofá-cama.

—¿Bashaku se llamaba? Mañana iremos allí.

Yo también me senté en la otra cama. De pronto, Miharu se incorporó.

—¡Vamos a por la cena antes de que nos quedemos sin fuerzas!

—He visto muchos comercios, así que podremos comprar algo. De todos modos, ¡quiero tomar cerveza, echarme y relajarme!

—Es cierto. Ya no me queda fuerza para cenar fuera. Cincuenta y Dos, ¿qué quieres hacer? ¿Vienes con nosotras?

Cincuenta y Dos negó con la cabeza y se echó, así que nos marchamos las dos. Había muchos bares y restaurantes que disponían de menú para llevar. Las dos compramos muchas cosas, después fuimos al *konbini* para conseguir cerveza. Mientras dudaba si compraría cervezas locales de las que no se encontraban en el Kondō Mart, Miharu se reía.

—¿Qué? De repente te pusiste a reír.

—Nada, me he quedado más tranquila al ver que sigues viva. ¡Cómprala! —Metió la cerveza local en la cesta y continuó—: La verdad es que me hace ilusión que intentes ayudar a alguien. Kiko, cuando estabas en el hospital, parecía que estabas a punto de morir.

—Ah —Yo también me reí un poco. En realidad, estaba moribunda.

—Oye, Kiko. ¿Por qué querías apuñalar a Niina san?

Debido a la pregunta de Miharu, mis dedos que perseguían las marcas de cerveza se detuvieron.

—Te lo dije antes —contesté sin mirarla—. Intenté apuñalarle porque me traicionó.

—A ver. Creo que ése no es el verdadero motivo…

—Tenemos que comprar zumo para el niño —dije en voz alta y me dirigí a la estantería de zumo. Metí un par de botellas de plástico y también un par de *snacks* de cualquier cosa en la cesta. Al ver mi actitud, Miharu no dijo nada.

Aquella noche fue como una pequeña fiesta. Delante de muchos platos, *snacks,* dulces y zumos imposibles de tomar, Cincuenta y Dos se mostró un poco alegre. Miharu tomó las cervezas diciendo:

—¡Por nuestro reencuentro!

Bebí más de lo habitual. Casi nos bañamos en cerveza. Cuando quise darme cuenta, me encontré tumbada en la cama.

Al día siguiente, los tres nos levantamos temprano y salimos del hotel. Como no veía posible solucionarlo en un día, alargamos la

estancia un día más para quedarnos a dormir, pero no sabía cómo iría. Aunque quería evitar eliminar en vano los días indicados por Miharu, no veía el camino y empecé a sentir ansiedad.

—¡Ya hace calor! La luz del sol es muy agresiva para el cuerpo resacoso.

«Aún me queda alcohol de ayer y no tengo ganas de maquillarme». Miharu sólo se había puesto crema solar y miró el cielo. Yo también miré al cielo azul como si la estuviera imitando.

Me da la sensación de que el sol era más agresivo que en el pueblo de la costa. El suelo de asfalto quemado echaba humo. Miharu comprobó el mapa en su smartphone y dijo que podríamos ir andando, así que decidimos acudir directamente.

Enmudecido, Cincuenta y Dos nos seguía. Al ver el paisaje, no reaccionó en absoluto. No sabíamos si estábamos caminando por algún lugar del que tuviera algún recuerdo.

—Oye, Cincuenta y Dos. ¿El apellido de tu abuela es «Suenaga»?

Afirmó con la cabeza.

—Cincuenta y Dos se parece a Kiko.

Mientras miraba atrás para ver a Cincuenta y Dos, Miharu murmuró algo.

—¿Sí? —pregunté. Miharu continuó:

—No espera nada. Quiere esperar algo, pero no puede hacerlo de forma natural, algo así. Por su cara, parece que ha tenido muchas experiencias lamentables.

Me toqué la cara sin querer. Miharu sonrió y me miró.

—¿Chiho chan era? Espero que esté.

—… Pues sí.

Hacía tanto calor que el sudor me chorreaba. Compramos unas botellas de plástico de té durante el camino y caminamos buscando la sombra. Tras salir del barrio repleto de bares, parecía que habíamos llegado a un sitio que a Cincuenta y Dos le resultaba familiar. Empezó a andar por delante de nosotras. Cincuenta y Dos entró derecho en un callejón desde una avenida de tiendas alineadas. Nos escurrimos por una calle estrecha que había al lado de un *love hotel* marcado con letrero viejo, pasamos por un pequeño parque que sólo tenía unos bancos y por fin llegamos a una casa vieja. Había unas hierbas altas que habían crecido al otro lado del portón medio podrido. Aunque las letras estaban borrosas, aún se podía leer en una placa de madera «Suenaga».

—¿Aquí?

Cincuenta y Dos asintió con la cabeza y fue hacia la entrada pisando las hierbas. Tocó muchas veces el timbre. Debía de estar roto, ya que no emitía ningún sonido. Yo permanecía al lado de Cincuenta y Dos. Como no había otro modo, toqué la puerta.

—Disculpe. ¡Disculpe!

No sentí que estuviera habitada. Una ventana cercana tenía puestas unas cortinas descoloridas y no se veía el interior.

—¡Disculpe!

Mientras llamaba, Miharu dijo:

—Parece que nadie vive aquí. No veo ninguna pisada. Creo que no hay nadie.

Me sequé el sudor y miré hacia arriba. Mientras meditaba qué hacer, se oyó una voz que dijo:

—¿Itchan, eres tú? —Cuando miramos hacia atrás, encontramos a una abuela encorvada que se nos acercaba mientras decía—: ¿Eres Itchan, verdad? ¡Cómo has crecido! ¿Por qué está aquí?

—Cincuenta… ¿Conoce a este niño? —preguntó Miharu. La abuela nos miró con una expresión sospechosa y frunció el ceño.

—¿Quiénes sois?

—Nosotras estamos buscando a los familiares de este niño debido a una serie de circunstancias. Entonces…

—Ah, vale. ¡Aquélla! Seguro que le ha abandonado, ¿verdad? —soltó la abuela, y me asustó la agudeza de su voz. La abuela cogió la mano de Cincuenta y Dos—. Es una mujer capaz de hacer cosas muy crueles. Por eso les dije que la entregaran a la policía —gritó con fuerza. Después miró el cuerpo de Cincuenta y Dos y le preguntó con simpatía—: Itchan, ¿ya eres capaz de hablar? Chiho chan estaba muy preocupada por ti, pero no hacía más que llorar diciendo que no te podía encontrar.

—O… oiga. ¿Sería tan amable de contarnos los detalles?

La abuela miró a Cincuenta y Dos. Cincuenta y Dos afirmó con la cabeza como si estuviera de acuerdo, y la abuela suspiró con todo su cuerpo. Después dijo:

—Venid a mi casa. Está al lado. Itchan, tú también. Te daré el zumo casero de ciruela que te gustaba.

Miharu y yo nos miramos y asentimos con la cabeza.

Tal vez la cosa pueda mejorar. Podríamos llevar a Cincuenta y Dos a un lugar en el que haya gente que pueda amarle.

Sin embargo, no tardamos en reconocer que era una idea demasiado simple.

—¿Falleció…?

—La atropelló un coche que conducía un tipo dormido y murió en el acto.

Chiho san, la tía de Cincuenta y Dos, había fallecido en un accidente de tráfico el año pasado. El año anterior, Makiko san, su madre, había muerto por una enfermedad, así que Chiho san vivía sola en aquella casa.

—El padre de Itchan, que se llamaba Takehiko, el hermano de

Chiho chan, era un hombre sin porvenir. Dejó embarazada a una estudiante de instituto y la trajo a casa para casarse con ella. Eso estaba bien, pero no trabajaba y se dedicaba a salir con otras mujeres. Si el padre de aquel hombre siguiera vivo, le podría haber regañado, pero había muerto hacía varios años. Entonces, cuando Itchan tenía dos años, apenas regresaba a casa. Se rumoreaba que se había enamorado de una mujer de Nakasu, el barrio de copas, y que vivía con ella. Makiko san y su esposa fueron juntas a buscarlo, pero las echó de manera horripilante. Volvieron a casa con la cara hinchada por los golpes y las patadas.

Esa abuela, Fujie san, nos lo contaba con una expresión de amargura. Kotomi esperaba la vuelta de su marido, que andaba fuera divirtiéndose y criaba a su hijo en la casa de Suenaga. Al principio se llevaba bien con su suegra, Makiko, y su cuñada, Chiho, y apoyaba la economía de la familia trabajando como cajera en un supermercado.

Pensé que Kotomi también se había esforzado al principio. Hubo una época en la que se había dedicado a su marido y a su hijo. Sin embargo, después de haber sido traicionada y tratada con violencia y crueldad por su marido, su carácter cambió.

—Nada más dejar el trabajo temporal, entró a trabajar en bares de noche. Tenía una cara preciosa, así que la tratarían bien. Al final, ella tampoco volvió a casa. A veces venía en un coche conducido por un hombre y dejaba el dinero con aires de superioridad. «Para los gastos de manutención», decía. Makiko san y Chiho chan criaban a Itchan con mucho empeño, diciendo que él no tenía la culpa. Yo también le cuidaba mucho.

Fujie san vivía en un piso del edificio de madera cerca de la casa de Suenaga. Parecía que su marido había fallecido, ya que había un pequeño altar budista en un rincón del piso poco espacioso. Cincuenta y Dos se sentó al lado de aquel altar mientras jugaba con el vaso de zumo de ciruela. Mientras miraba a Cincuenta y Dos, Fujie san sonreía:

—Este niño tardó en hablar y apenas era capaz de verbalizar. Makiko san se preocupaba mucho y lo llevó a varios hospitales. Cuando tenía más de tres años, por fin dijo «yaya». Todos nos pusimos muy contentas. Pero aquélla se cabreó: «¿Por qué no dice mamá?». Pero ¿cómo podría llamar a alguien que no estaba en casa? Aquella cabrona… Apagó un cigarrillo encendido en la lengua de Itchan.

—¡Hic! —gritó Miharu por lo bajo.

No fuimos capaces de reaccionar porque nos habíamos quedado horrorizadas. Miré a Cincuenta y Dos con un solo movimiento de ojos. Estaba dándole vueltas en la boca a un cubito de hielo que había en el vaso.

—Makiko san mintió en el hospital. Dijo que se había dejado un

cigarrillo encendido en un cenicero y que Itchan se lo había metido en la boca. Dije: «¿Por qué tuviste que mentir? Entregadla a la policía». Pero el enfermero me dijo llorando: «No podemos hacer que su madre se convierta en una criminal». A partir de entonces, Itchan no volvió a hablar. Es culpa de aquella mujer. Ella le quitó a Itchan las palabras importantes.

Fujie san se había emocionado. Las lágrimas le caían de los ojos cubiertos de arrugas. Miharu le ofreció un pañuelo, pero lo rechazó. Cogió *kleenex* de una caja que había encima de la mesa y se secó las lágrimas.

—Supongo que ella también pensó que había hecho algo tremendo. A partir de entonces no supimos adónde se había ido. Makiko san y Chiho chan criaron a Itchan durante mucho tiempo, pero Makiko san murió de cáncer hace dos años. Chiho chan, que trabajaba fuera, se entregó con esmero a criarlo aunque siguiera sola. Pero, de repente, aquella mujer se llevó a Itchan. Imagino que quería el dinero que había ahorrado Makiko san, aunque no era mucho, y el subsidio por tener un hijo a su cargo. Chiho chan le dijo que no era capaz de criar a un niño y que lo dejara, pero venía acompañada de un hombre, así que le resultó imposible detenerla.

Chiho san buscó de todas las formas posibles a Itchan, pero en el proceso le pilló el accidente y falleció.

Fujie san sacó una foto de una cómoda y nos la enseñó. Era la foto de una familia feliz. Había una mujer mayor que parecía elegante, una chica que tendría unos 20 años y, a su lado, Cincuenta y Dos. Era más pequeño y se reía con una gran boca abierta. Los tres estaban abrazados delante de la noria roja. Parecía que se llevaban muy bien y casi nos hizo sonreír.

—¡Ah, esto! —La noria me sonaba y miré a Fujie san—. Es la noria de Cha Cha Town, que está al lado. —Dijo que era el símbolo de un centro comercial.

¿La razón por la que Cincuenta y Dos la contemplaba era porque recordaba los días a los que no podía volver? Me fijé en su sonrisa inocente, muy propia de un niño, que no podía concebir el Cincuenta y Dos en el que se había convertido ahora.

—Mira detrás de la foto.

Al escuchar las palabras de Fujie san, le di la vuelta. Una bella letra femenina había escrito un número de teléfono móvil, Chiho y 愛,[30] Suenaga.

—Chiho chan repartió muchas de ésas entre varias personas, diciendo que la llamaran si veían a este niño. Yo no lo entendía bien, pero decía que también lo había puesto en internet.

Me dijo que encontraron estas fotos en el bolso de la fallecida Chiho san. Al leer sus letras minuciosas y sin desorden, me imaginé qué clase

de persona era Chiho san. *Seguro que lo escribía como si rezara. «¡Ojalá que pueda llegar hasta el niño perdido!».*

—¡Si hubieras vuelto antes! ¡Cuánto se hubiera alegrado Chiho chan!

A Fujie san se le escapó un gemido y se puso a llorar. Sentado tranquilamente, Cincuenta y Dos escuchaba su voz.

Cuando escribió que quería ver a Chiho chan, se puso a llorar haciendo temblar todo su cuerpo. Estaba tratando de aceptar la muerte de Chiho san en silencio. Su delgado cuerpo albergaba una tristeza que no me podía imaginar. Temía que, si lo dejaba tal cual estaba, explotaría y moriría.

—… Disculpe. ¿Este *Ai* 愛 es su nombre?

Pregunté señalando la letra 愛. Fujie san dijo:

—Itoshi —Y se secó las lágrimas—. Se escribe 愛 y se lee Itoshi. ¡Qué irónico! No es que tenga unos padres que puedan hablar de amor.

—¡Imbécil! —murmuró Miharu—. Son los típicos imbéciles que piensan que los niños son sus pertenencias.

Me había enfadado con Kotomi, que incluso había dejado de llamarle por aquel nombre. Estaba convencida de que, al principio, se lo habían puesto con mucho cariño. *¡Qué lástima que lo hubiera abandonado!*

—Oiga, ¿dónde está la tumba de la casa Suenaga? Al menos haremos una visita ritual —preguntó Miharu. Fujie san negó con la cabeza.

—Vino una persona que decía ser un conocido de Takehiko y lo arregló todo de manera miserable. Decía que la metería en la tumba comunitaria de algún templo budista. Así que dejé un hueco para Makiko san y Chiho chan a mi manera. El yayo estará contento con ellas, así estará bullicioso.

Fujie san señaló el altar, así que me puse de pie y fui hacia él. Había tres cuencos de té. También una tablita con el nombre del difunto y la foto que había visto hacía un rato dentro de un marco. Cincuenta y Dos vino a mi lado y la miró distraído. Sus ojos reflejaban como cristales lo que veían.

—Fujie san, ¿me puedo quedar con aquella foto?

Fujie san afirmó con la cabeza.

—Desde luego.

Nos despedimos de Fujie san tras intercambiar los contactos. Cuando Miharu comentó que quizás sería necesario que diera testimonio del maltrato de Kotomi, Fujie san se mostró de acuerdo, diciendo:

—Naturalmente. Recuerdo muy bien el hospital al que llevaron a Itchan cuando sufrió la quemadura. Mi cabeza todavía funciona, así

que estaré aquí cuando lo necesiteis. —Fujie san repetía—: Lo siento. —Abrazaba a Cincuenta y Dos—. De hecho, me encantaría acogerte y cuidarte, pero es imposible para una anciana que vive con una pensión. Lo siento mucho.

Cincuenta y Dos acariciaba con suavidad a Fujie san, que lloraba a su espalda, como si le dijera que todo estaba bien.

Nadie habló durante el camino de vuelta. Lo único que podía hacer era dirigirme al hotel, sin que me importara el sudor que chorreaba por mi piel. Agarraba bien a Cincuenta y Dos de la mano. Con un tono seco, mientras me miraba como si quisiera comunicarme algo, le dije:

—Yo te llamaré Cincuenta y Dos.

No me había mostrado su nombre verdadero porque no podía aceptar su propio nombre. *No debo usar ese nombre con ligereza. Por eso, ahora no le llamaré por ese nombre.* Cincuenta y Dos asintió con la cabeza con una expresión un poco confusa.

—Además, no voy a soltar esta mano.

Tenía la sensación de que si la soltaba, ese niño que no había derramado ni una lágrima moriría.

Al volver al hotel, Cincuenta y Dos puso la mano delante de mí. «¿Qué?». Hizo un gesto como si se pusiera los auriculares en el oído, así que le di el reproductor de MP3. Cincuenta y Dos se puso los auriculares, se echó en el sofá-cama y se puso a observar la foto que nos había dado Fujie san.

—¡Ojalá pudiéramos haber visitado su tumba!

Miharu acababa de lavarse la cara empapada de sudor en el cuarto de baño, pero no podía estar de acuerdo. *¿Qué podría decir ante la tumba si era incapaz de aceptar la muerte? Sólo habría crecido su desesperación.*

—Oye, Kiko. ¿Qué hacemos?

Miharu hizo la pregunta, conteniendo la voz, y sacudí la cabeza. El caso era que sólo había pensado en encontrar a Chiho san. Jamás había pensado en que podía haber fallecido. Por lo que nos había contado Fujie san, no podríamos contar con su padre, aunque siguiera vivo.

—De todas maneras, mañana volveremos a Ōita. Más tarde pensaré qué haremos después.

Aunque no quería hacerlo, volvería decepcionada. Cuando suspiré, Miharu me lanzó una lata de cerveza que quedaba en la nevera. Dado que Miharu tiró de la anilla, yo la abrí también. Sonó ¡pishh! y desbordó la espuma.

Aunque el líquido frío pasaba de manera estimulante por la garganta, no sabía a nada. Aun así, mientras la tomaba, Miharu murmuró:

—Era buena persona. —La miré y añadió—: Hablo de mi madre.

Cuando era niña, no la podía perdonar. De repente empezó a vivir con un hombre desconocido y dio a luz a mi hermana menor como si nada. A veces me daba asco pensar que se podía mostrar de manera tan femenina aunque tuviera una hija… O quizá se lo decía sin tapujos. Pero, aunque discutía conmigo, me cuidaba bien. Por supuesto que pasaban cosas desagradables, pero al menos no tuve una experiencia tan triste como para perder la voz.

Miharu miró a Cincuenta y Dos. Parecía que el volumen de los auriculares estaba muy alto, o se había ensimismado por completo con la foto. No era consciente de nuestra conversación.

—Creo que era afortunada. Ahora puedo vivir y reírme, porque, aparte de mi madre, conocí a muchas buenas personas. Por eso yo también, al menos, quiero ser buena. Quiero ser una buena persona para que este niño pueda seguir riendo cuando sea mayor.

Me fijé en Miharu mientras me lo contaba con aire pensativo y añadí:

—Pues sí. Yo también espero ser una pieza para que este niño pueda ser feliz.

—¿An san era esa «buena persona» para ti, Kiko? —Miharu cambió el tono de voz y la miré—. Kiko, me decías que Niina san era tu hombre de la vida, como «mi alma gemela es él». Entonces, ¿An san era sólo la presencia de una «buena persona»?

—Dímelo claro. ¿Qué quieres decir?

Miharu estaba sentada con las piernas cruzadas sobre la cama. Le dio un lametón a la lata y me miró como si hubiera llegado a una conclusión.

—Nos enteramos de que An san había muerto. ¿Lo sabías, Kiko?

La habitación con la cortina media cerrada estaba en penumbra. Nos mirábamos sentadas cada una en nuestra cama. Miharu no desvió la mirada ni un milímetro, como si esperara mi respuesta, y reconocí que había venido a verme para preguntármelo. *¿Era para hacerme admitir mi culpa?* Me vino a la cabeza la palabra «condena». *Alguien tiene que confesar la culpa, y ha de ser juzgado.*

—… Lo sabía. —Miharu también sabía eso. No había ninguna sorpresa en sus ojos. Por eso continué—: Fui yo la que lo encontró.

Parecía oír el ruido del aliento que Miharu había aspirado.

Él parecía estar nadando. Su cara estaba calmada, flotando en una bañera de color bermellón. Era como, si lo sacudiera, abriría los ojos. Si el agua estuviera clara, habría estado convencida de que estaba durmiendo. Pero se encontraba en un mar rojo.

Dicen que en el color rojo yace la furia. Si An san había muerto por la furia, la única razón y la única culpable era yo.

Notas

27. Era japonesa que abarca desde 1926 hasta 1989.
28. Bidé electrónico, de uso generalizado en los aseos de Japón. El asiento del inodoro va equipado con un limpiador de agua para aseo genital y anal.
29. Referencia a una expresión que viene del inglés *around thirty*. Incluye a las personas, generalmente mujeres, que andan alrededor de la treintena (desde los 25 a los 34). También hay *arafō, around fourty* («cuarentones») y *arafifu, around fifty* («cincuentones»).
30. Itoshi, ideograma que significa «amor» y «querido».

5. La culpa inexpiable

Un año después de haberme marchado de casa de mis padres sentí que mi vida había llegado a encarrilarse. Ya me había acostumbrado a la relación con Mineko chan y había hecho un par de amigos de mi misma generación en la fábrica. Las noches bañadas en lágrimas disminuían y cada vez me reía más. La agenda se llenaba de futuros planes y, cuando llegaban los festivos, a veces me encontraba obligada a escoger entre varias opciones. Sentí la palabra satisfacción en mi propia piel.

Mientras tanto, An san, Miharu y yo seguíamos siendo buenos amigos. Sin embargo, los dos trabajaban en la academia y solían estar de servicio hasta las tantas, por lo que nuestra agenda apenas coincidía. Yo, como muy tarde, terminaba el trabajo al atardecer. El sistema de turnos también era diferente, así que, si había suerte, nos podríamos ver una vez al mes. Aun así, los dos me mandaban muchos mensajes al smartphone que había comprado tras comenzar el trabajo, por eso los sentía cerca. Además, cuando me sentía tan sola que no podía más, uno de los dos hacía un hueco a cualquier precio y venía a verme.

Aquello fue cuando el verano tocaba a su fin. An san siguió ocupado durante un tiempo por los cursos intensivos de verano y no podíamos vernos los tres juntos. Al fin nos reunimos después de dos meses.

—Kinako, te has convertido en una persona tan alegre que ni nos podíamos imaginar en los primeros tiempos.

—Ella es así desde siempre. Hablabas fatal y hacías callar a los chicos de la clase.

—Espera. Ésa eras tú, Miharu. No deformes los recuerdos.

El lugar en el que nos juntamos era el bar barato al que los tres habíamos ido por primera vez. Dado que la comida estaba bastante buena en relación al precio, solíamos utilizar este local de manera natural. Por dentro era demasiado bullicioso, así que a veces nos resultaba complicado escucharnos durante la conversación. Con lo cual, todos hablábamos en voz alta. Eso era lo que me gustaba.

—Por cierto, dejarás de compartir el piso con Mineko, ¿verdad?

—Sí. Dice que se va a vivir a su pueblo. Una amiga de la fábrica me preguntó: «¿Quieres compartir piso conmigo para la siguiente vez?»,

pero rechacé su oferta. Era buena chica, pero me ataba demasiado. Aunque estábamos trabajando, si no íbamos al comedor o al lavabo juntas, se ponía de mal humor. No quería que me obligara a que estuviéramos siempre juntas, incluso en mi tiempo privado, y pensaba que con ella no podía tener una vida tranquila como con Mineko chan. Entonces decidí vivir sola. Ya he logrado ahorrar bastante, así que estoy buscando un piso económico.

—¡Qué bien! Por fin te independizas de verdad —dijo Miharu mientras inclinaba la jarra. Me partí de risa.

—Hasta ahora, Mineko chan me apoyaba a su manera. La verdad es que estoy nerviosa, no sé si puedo vivir sola y mantenerme firme.

Me ponía triste pensando que ya no vendría rodando aquella lata de cerveza que, al principio, me parecía tan irónica. *Tengo que tratar de no caer en la ansiedad.*

—¿Por qué no vives con An san?

Miharu esbozó una sonrisa intencionada. Se me escapó una voz atontada.

—¿Qué? Lo normal sería que viviera contigo, Miharu, no con An san, ¿no?

—Yo quiero darle preferencia a Takumi.

Miharu se rió con complicidad. Ju, ju, ju. Un par de meses atrás, Miharu había empezado a salir con un chico de una peluquería que había cerca de la academia. Según su explicación, el chico le había pedido que hiciera de modelo de peluquería y habían trabado amistad. Fuimos a cenar juntos con el tal Takumi kun, que era un año menor que nosotras. Era un chico agraciado que tenía un aire parecido al de un bichón maltés.[31] Y estaba enamoradísimo de Miharu.

—Quiero que se quede a dormir siempre, así que compartir piso contigo es impensable.

—Eliges el amor antes que la amistad.

Solté una risa irónica, pero, de hecho, la felicidad de Miharu me hacía mucha ilusión. De nuevo me dijo:

—¡Vete a vivir con An san! Es muy diferente a mí. Si la decisión fuera de An san, te aceptaría enseguida. ¿Verdad, An san?

Miharu le preguntó a An san, pero dije de inmediato:

—¡No digas tonterías! No puedo depender de An san hasta ese punto. Seré una molestia.

An san tomaba el whisky con gaseosa riéndose. No lo negaba ni lo afirmaba.

—Lo dudo.

Dicho esto, Miharu miró a An san torciendo el morro. Ante esa mirada, An san contestó con calma:

—A ver. Si viviera con Kinako, los gastos de alcohol me saldrían muy caros. Sería complicado.

—¡Oye! ¡No tomo tanto alcohol!

—Sí, sí. No esperaba que fueras tan bebedora. Siento nostalgia de aquellos tiempos en los que te ruborizabas tomando sólo media jarra. Si fueras la Kinako de aquel entonces, me lo pensaría.

—¡Oye! Ah, perdona. ¡Ponme otra jarra, por favor!

—¡La pides ahora!

Miharu interrumpió y puse cara de Peko chan.[32] Al mirarme, An san se rió.

—¡Guapa, guapa!

Era, como siempre, un tiempo tan divertido que esperaba la próxima vez antes de despedirnos.

Después de la cena, An san nos acompañó hasta la estación más cercana. Miharu y yo vivíamos cerca, así que las dos volvimos caminando juntas una al lado de la otra. Yo estaba en las nubes por haber bebido alcohol, y contaba a Miharu una anécdota de un señor raro que trabajaba en la fábrica. Si fuera la Miharu de siempre, me escucharía riéndose, pero no se mostraba tan alegre. Parecía estar pensando otras cosas, así que le pregunté:

—¿Qué pasa? —Miharu me miró con cara seria.

—A ver. ¿Qué está pasando entre An san y tú?

—¿Qué quieres decir con «qué está pasando»? Sabes que no nos hemos visto desde hace meses.

—No es eso. ¿No salís?

Miharu continuó en un tono serio, pero me partí de risa. *¿An san y yo? ¿Salir?*

—¿Qué dices, Miharu? Estás feliz, ¿por eso quieres que hasta nosotros nos pongamos a salir? Pero, lo siento, An san y yo no somos lo que piensas.

An san era una presencia especial. Le tenía mucho respeto, y, si me pasaba algo, era el primero con el que contaba. Si me preguntaran si me gustaba, diría que me encantaba e incluso podría decir que le quería.

Pero no se trataba de emociones amorosas. No era una cosa efímera que se podía transformar con tanta facilidad. Estaría más cerca del sentimiento que un niño deposita en sus padres. Podría sonar exagerado, pero era como la veneración que se siente hacia un dios.

—Creo que An san tampoco me considera para una relación amorosa. De hecho, fuiste tú la que dijo primero que era una persona muy simpática. An san es simpático, por eso me salvó. Es amable, así que sólo me prestará atención hasta que me independice.

Miharu no acababa de convencerse y dijo:

—No lo sé. An san es Anpanman.

La imagen del héroe del bollo que había sentido al verle por primera vez nunca se había derrumbado. Él era un hombre simpático

y fuerte.

—Además, no siento que An san me mire de esa manera.

Aunque le abrazara borracha o le diera besos por el ímpetu embriagado, An san se reía con calma. Me abrazaba como respuesta, pero sus manos se comportaban con una infinita suavidad, como si intentaran tocar algo blando. Si albergaba esa clase de sentimientos, reaccionaría de otra manera, como abrazándome con más fuerza. Dado que tenía poca experiencia con los hombres, todo se limitaba al terreno de mi imaginación.

—Somos un hombre y una mujer. Entiendo que sospeches algo. Pero no digas estas cosas delante de An san. Si An san se preocupa, nuestra relación se saldrá de los cauces de lo natural.

—Vale, entendido. Pero… Por ejemplo, supongamos que An san se echa novia. ¿Qué harás? ¿No te arrepentirás y dirás que estabas enamorada?

—No lo creo. Pero tal vez me daría rabia porque la persona que más aprecio apreciaría a otra persona más que a mí.

Con sólo pensarlo, la tristeza crecía en mis entrañas. Pero, si se diera el caso, le felicitaría todo lo que pudiera.

—De acuerdo. Para ti, Kiko, An san está descartado para una relación sentimental.

—Es que ya no está a ese nivel.

Torcí el morro. «¿Por qué no lo ves?». Él era demasiado para mí y, además, no me gustaba que nos viera de esa manera vulgar. Miharu esbozó una sonrisa amargada.

—Vale, vale. —Y encogió los hombros—. Ya no te digo nada. No estáis en esas cosas. ¿Okey?

—Okey, okey.

Era una noche bochornosa de finales del verano, y el olor de los fuegos artificiales venía desde algún lugar. Al mirar al cielo, el color rojo de las flores del árbol de Júpiter se reflejaban con viveza en la vista nocturna. Más allá, unas pequeñas estrellas parpadeaban y nos avisaban de que al día siguiente también haría sol.

Agarré a Miharu de la mano impulsada por el ánimo de mi borrachera y caminé sacudiéndola como un niño. Cuando empecé a tararear, Miharu se rió. Entonces, yo también me reí. Era un día cualquiera de verano.

* * *

Conocí a Chikara Niina dos años después de aquel verano. Era el vicedirector de la empresa donde trabajaba. Su abuelo era el presidente, y su padre, el director. Era el sucesor del negocio familiar, y conocido como un hombre de talento.

Chikara era el príncipe de una empresa que tenía más de doscientos

empleados. Decían que había jugado al rugby en su época de estudiante, así que era una persona corpulenta. También tenía unas facciones dulces que se parecían a las de su madre, que había llegado a finalista para el concurso de *miss* algo cuando era joven, según lo que se rumoreaba. Como jefe tenía un carácter que cuidaba bien a los demás y que permitía fiarse de él. Se reía en voz alta, como si representara todo aquello. Era ocho años mayor que yo. Deduje que a la mitad de las empleadas de la empresa les gustaba.

Estaba ocupado y siempre volaba fuera de la empresa. Con lo cual, no tenía ningún punto en común conmigo, ya que me dedicaba a la soldadura en un rincón de la fábrica. Tampoco tenía mucho interés en aquel vicedirector al que conocía de refilón por su nombre y su cara. Era natural que mi vida y la de Chikara no se cruzaran en ningún momento.

Sin embargo, llegamos a cruzarnos debido a un incidente que podríamos denominar sin ningún tipo de dudas un accidente.

Un día, mientras comía en el comedor de empleados, unos compañeros jóvenes de mi mismo equipo se pusieron a discutir. Siempre estaban peleándose en broma, pero aquel día uno de los dos parecía estar de mal humor y la cosa acabó en una discusión fuerte. Chikara, que por casualidad estaba comiendo en la otra mesa, intervino. Pero ambos se estaban alterando cada vez más y, al final, empezaron a volverse incluso contra Chikara. La situación llegó a tal punto que uno gritó:

—¡Lárgate de aquí!

Y en ese momento lanzó una silla plegable de metal hacia Chikara. Escuché un alarido, pero Chikara la esquivó sin ninguna dificultad. Sin embargo, yo estaba detrás de él. La silla salió volando y me dio un *clean hit*[33] en la sien.

Cuando me desperté, estaba en el hospital. Miharu me miraba como si estuviera a punto de echarse a llorar.

—¿Estás bien? Me llamaron de tu empresa, casi me dio un paro cardiaco.

Era incapaz de procesar la situación en la que me encontraba, pero empecé a recordarlo todo poco a poco. La silla de metal me dio un golpe directo y me caí. Por suerte, sólo me dieron un par de puntos en la sien. Sin embargo, el comedor se convirtió en un mar de sangre y, al parecer, fue tremendo.

—Dicen que se sangra muchísimo por una herida en la cabeza. Ah, pero sí que me duele.

Según me dijeron, caí en una mala postura. Además de en la cabeza, tenía dolores en varias partes del cuerpo. Fruncí el ceño y Miharu me dijo:

—Parece que tienes magulladuras, pero ninguna fractura.

—¿Ah, sí? Entonces da igual. Pero ¿por qué estás aquí?

—¿Qué dices? ¡Yo soy tu contacto de emergencia!

De hecho, cuando entré en la empresa a trabajar, les había dado el número de móvil de Miharu. Lo había olvidado por completo.

—¡Claro! Perdona por haberte molestado.

—No pasa nada. Ah, voy a llamar a los enfermeros. Me dijeron que les avisara cuando te despertaras.

Miharu se marchó con cara de alivio. Pero, para mi sorpresa, el que entró fue Chikara. No sabía que me había despertado. Al verme, se sorprendió y bajó la cabeza.

—¡Lo siento! No tenía la menor idea de que estabas detrás de mí. ¡Lo siento de verdad!

—No es su culpa, señor vicedirector. Esa pareja suele discutir mucho. Estoy segura de que les hierve la sangre.

Chikara levantó la cara.

—Como castigo por armar este jaleo, dígales que vayan a donar sangre. Así harán un bien a la sociedad —dije en broma.

Chikara se rió. Luego esbozó una sonrisa que hizo que su cara se arrugara y me dio un vuelco el corazón.

—¡Venga! Vamos a llamar al autobús de donación de sangre para que venga a la empresa.

—Buena idea.

—Les asignaré una donación de un litro.

Me había dicho que era una persona franca, y era cierto que resultaba muy fácil conversar con él. Mientras nos reíamos, Miharu vino con una enfermera. Dijeron que después vendría el médico para explicarme mi estado.

—Kiko. Estaré fuera. Tengo que llamar a An san, que está preocupado.

—Perdona. Gracias.

Miharu hizo una breve reverencia a Chikara y se marchó. Chikara, que se había despedido de ella, me preguntó:

—¿Tu hermana?

Contesté:

—Es mi amiga. Por determinadas circunstancias, no puedo contar con nadie de mi familia. Por eso ha venido.

—Ya veo.

Luego se presentó el médico y me dijo que tenía que guardar reposo absoluto durante cuarenta y ocho horas, y que me quitaría los puntos en un par de días. Como me dijo que podía volver a casa sin que me ingresaran en el hospital, me sentí más tranquila.

—Entonces puedes estar de baja esta semana. No te preocupes, ha sido un accidente laboral. Lo siento, pero tengo un compromiso y he de marcharme. Me pondré en contacto contigo de nuevo.

Dicho esto, Chikara se fue apresurado. Regresé a casa acompañada de Miharu, y esa noche vino An san. Al ver mi cabeza cubierta por una venda en la cabeza, se quedó pálido.

—¿E… estás bien, verdad?

—El vendaje ha sido muy exagerado. Además, Miharu se va a quedar a dormir aquí por si acaso, así que está bien.

Esbocé una sonrisa. An san se quedó sentado sin fuerzas allí mismo.

—Me preocupé mucho. Le lanzó una silla a una chica. ¡Menuda persona!

—Yo estaba por casualidad donde cayó la silla. Lo que más me duele es que no puedo tomar cerveza hasta que la herida se cierre. Me lo ha prohibido el médico —dije encogiendo los hombros. An san me dijo con dulzura:

—Te dejaré beber hasta hartarte cuando te recuperes. —Luego vio por encima mi piso y sonrió—. Es la primera vez que entro en tu piso.

—Es la primera vez que ha venido un hombre. Creo que serás el único, An san.

Se lo dije sin prestar mucha atención. An san sonrió.

—¿Ah, sí?

Al acudir al trabajo después de la baja, encontré a Chikara acompañado de los dos que peleaban en el portón de empleados.

—¿Es una bienvenida original?

—¡Lo siento! —Los dos bajaron la cabeza, adelantándose a Chikara.

—Nosotros pensábamos que nos iban a despedir. Pero el señor vicedirector nos contó que tú, Mishima chan, lo detuviste diciendo que no hacía falta llegar hasta ese punto.

—No sé si se puede decir que «lo detuve».

Recibí una llamada de Chikara y me preguntó por la sanción de los dos.

—¿Te da miedo que sigan en el mismo equipo? Los podemos cambiar del departamento de producción al de envío. También estoy pensando mandarlos a otra fábrica de un conocido.

—No me importa que sigan tal y como están ahora. Me solían regalar algunos dulces que ganaban como premio en el *pachinko*.[34] Les debo el favor.

Cuando se lo dije, Chikara se partió de risa al otro lado del auricular. Me molestó un poco en el oído, pero no me sentí mal.

—Si sentís que me debéis un favor, no dejéis de regalarme dulces, ¿vale?

—Te daré uno de Godiva.

—Ja, ja, ja, no quiero. Si como chocolate caro, me sentará mal en mi barriguita.

Chikara nos miraba sonriendo mientras charlábamos entre risas. Unos días después, quien me entregó una caja grande de Godiva fue

Chikara, no ellos.

—¿Qué es esto?

—Quería verte contenta.

Me contemplaba mostrándose entretenido mientras yo meditaba ante una caja que parecía de alta calidad.

—La compré porque quería ver tu cara inocente de felicidad. ¡Échame una sonrisa!

La herida de la sien se convirtió en una cicatriz de cuatro centímetros. El médico me comentó que tal vez se quedaría. La había escondido con el pelo, pero parecía que seguía asomándose. Mis compañeros, que conocían la situación, solían decir:

—¡Qué lástima para una chica! Esta persona se sentiría culpable por eso. Aunque no fuera su culpa.

Sin embargo, me emocioné un poco por su manera sofisticada de pedir perdón y sonreí:

—Aunque me sienten mal, me los comeré todos. Muchas gracias.

Chikara asintió con la cabeza.

—Bien. Tienes una buena sonrisa. Cuando te los acabes, me lo dices. Te daré una nueva.

—Si me empiezas a regalar tantos, mi paladar se volverá demasiado sofisticado, así que prefiero que la próxima vez me traigas chocolate barato.

—¡Qué aburrida!

Chikara lo dijo alegre y pensé que todo se había resuelto tras haber recibido el chocolate. Pero no sabía qué parte de mí le gustaba a Chikara. A partir de entonces, empezó a presentarse en la fábrica y hablar conmigo. Cuando me propuso cenar en público, sin ninguna vergüenza, todos se quedaron atónitos. Una chica simpática dijo:

—¡Qué maravilloso, como el mundo de *Harlequin!*[35]

Y otra que hablaba mal, dijo:

—Pensaba que no tenía ningún defecto, pero su manera de elegir a una mujer le ha quitado muchos puntos. —Y se rió, burlándose.

Yo no tenía ninguna experiencia con los hombres. Una vez, en la época del instituto, un compañero de clase me propuso salir. Era un chico que se ponía de mal humor sólo porque su madre le había puesto en el *bentō,* el almuerzo casero que llevábamos en una cajita, algún plato que no le gustaba. Así que lo rehusé con educación. Desde entonces, no había tenido ninguna experiencia. Así que, cuando me invitó Chikara, no sabía qué hacer.

—¡Qué bien! El vicedirector es guapo, ¡qué envidia!

—¡A mí me encanta ver la cara de todas esas de la oficina que se han enrabietado! Es que ésas siempre nos miran por encima del hombro, ¿no creéis?

—¡Es que es eso! Kiko, nos gustaría que aceptaras la propuesta del

vicedirector.

Mis compañeras de la fábrica se pusieron muy contentas y me dejaron en paz. El ambiente parecía estar teñido de un tono rosa pastel y me recordaba los días en los que era una inocente estudiante de instituto. Me resultaba divertido.

—Bueno, pues iré a cenar con el vicedirector.

La razón por la que acepté fue porque yo también quería estar teñida de color rosa y jamás pensé que Chikara tuviera un verdadero interés en mí. Seguro que sólo era curiosidad por una chica singular. Además, la manera con la que lo propuso fue con la frase «Eres demasiado delgada. ¿Comes bien?», y luego continuó con otra: «Vamos a mi restaurante favorito de barbacoa. La casquería allí está buenísima». Con lo cual, tampoco podía descartar la posibilidad de que le diera pena.

Sin embargo, tras haber ido a cenar una vez, me llevó a varios sitios. Sushi, *teppan-yaki,* que es como una barbacoa sobre una tabla de metal, uno de fideos *udon* por donde solía pasar cuando trabaja fuera, o un italiano que salió en una revista. Lo único que hacía era invitarme a comer y preguntar:

—¿Está bueno? —Y cuando afirmaba con la cabeza—. ¿Ves? —Y se reía arrugando el rabillo del ojo.

Una vez, durante aquellos repetidos días, me llevó a un restaurante tradicional al que había ido tras conseguir su primer gran trabajo. Nos acogió la hermosa dueña. Cuando nos hicieron pasar a un anexo donde se contemplaba el jardín japonés, miré mi ropa sin querer. *¿No sería una insolente con esta pinta?* Me puse nerviosa cuando nos sirvieron un aperitivo que no solía tomar. Me incomodaba pensar que quizás no podría seguir en un sitio así. Estaba tan nerviosa que me puse rígida delante de los platos de una presentación impecable. Al verme, Chikara se rió:

—Es una cena. Pero rica. Mira, ¡abre la boca!

Se había acomodado en el fondo, pero se incorporó. Cogió una cuchara de madera y metió en mi boca un poco de sopa de habas. Me sorprendieron el sabor dulce, la calurosa y nutritiva sensación de habas y también su delicadeza. Se derretían nada más entrar en la boca. Entretenido, Chikara me preguntó:

—¿Tan bueno está?

—Nunca he comido algo así. Está muy sabroso.

—Kiko, tú no sabes nada. Pero está bien. Te puedo enseñar muchas cosas. ¡Prepárate! —Chikara soltó una carcajada. Aquel ímpetu me hizo temblar. Estaba convencida de que esta persona me iba a enseñar el mundo que no había conocido hasta entonces. *El mundo que tengo después de marcharme del lavabo aún es estrecho, pero seguro que esta persona ampliará mi mundo con fuerza.*

Esa misma noche le di los besos que me pedía y me entregué a él. Me hizo el amor con cariño en la cama y repitió tantas veces «Te quiero» que me pareció una cantidad eterna.

—Cuando te vi en la cama del hospital, pensé «la quiero». Sólo «la quiero». A partir de ahora, siempre serás mía.

Eran como las palabras de un niño que quiere jugar. Pero era un conjuro para mí que me encendía más que nada. Incluso me sentía orgullosa de que Chikara pensara de esa manera. Fue en un hotel de negocios común y corriente. El techo insípido se extendía ante mí. Pero yo veía el firmamento infinito. *En este momento, el mundo me abraza. Estoy en el centro de un mundo que no para de expandirse.* Me sentía tan feliz que incluso me dio vértigo pensar que podría morirme ya.

Salir con Chikara me llenó de nuevos descubrimientos: sitios desconocidos, sabores desconocidos y ambientes desconocidos. Cada uno que encontraba era fresco, me ponía nerviosa conmigo misma y me embriagaba por encontrarme en ellos. Chikara también me decía lo hermosa que era cuando me encontraba así. Y yo no me negaba.

—¿Me dejas conocer a esas amigas cercanas de las que sueles hablar? Quiero ver tu cara fuera de la empresa.

Pasó medio año desde que empezamos a salir. Cuando Chikara me lo propuso, me quedé pensando durante un rato. Acerca de los amigos ajenos de la empresa, sólo tenía a Miharu y An san.

Por lo que recordaba, cuando Miharu empezó a salir con Takumi kun, también nos lo había presentado primero. Takumi kun entendía la relación entre nosotros tres, la veía con sus propios ojos y nos contemplaba sonriendo. «Me alegro mucho de poder sumarme a vosotros».

¿Pronto será la hora de presentarle los tres a Chikara? No, más bien, era demasiado tarde, ya que An san era una persona muy importante para mí.

—¿Los quieres conocer por mí? —le pregunté.

Chikara contestó con una sonrisa.

—Desde luego.

El sitio que había elegido Chikara era un bar español donde un amigo suyo trabajaba de cocinero. Estábamos en un comedor individual, disfrutamos del vino favorito de Chikara y un plato de carne. La cena de los cinco avanzaba de manera pacífica.

—Pero ¡qué sorpresa! Kiko no hacía más que decir «An san, An san», así que estaba convencido de que era una mujer. ¡Jamás pensé que era un hombre!

Chikara se estaba emborrachando y empezó a molestar a An san. Estaba sentado en el asiento lejano, pero se cambió a su lado a propósito y repitió «¡Era un hombre!» dándole palmadas en la espalda

a An san. No había hablado de manera expresa del sexo de An san, y no debía haberle dicho que era «una persona especial». En la cara de Chikara había una sonrisa forzada a través de la que se asomaba la rabia.

—Kiko y An san tienen una relación más allá de la que puede haber entre un hombre y una mujer. Yo traté de que salieran, pero no había manera. Parece que ninguno de los dos tiene esa intención. —Miharu había notado la tensión del ambiente y sonrió—. ¿Verdad, An san?

An san parecía harto de la persistencia de Chikara y no estaba tan tranquilo como de costumbre.

Dijo como si le diera pereza:

—No lo sé. No pensaba de esa manera en particular.

—… Hum. Entonces, si lo piensa bien, ¿podría existir esa posibilidad, quiere decir?

—Bueno, tampoco lo sé.

Normalmente, Chikara no molestaba a nadie. Pero le ofendía mucho la presencia de An san. Estaba muy aturdida por mi idiotez. Chikara no se mostraba preocupado cuando hablaba con los hombres de la fábrica, ni ponía cara de mal gusto cuando participaba en las quedadas entre los compañeros de trabajo. Con lo cual, no esperaba que Chikara mostrara repugnancia por el hecho de llevarme bien con otros hombres. Además, An san era una persona más allá de la diferencia de sexo, como había dicho Miharu, así que no me imaginaba que su sexo pudiera ser un problema. Si lo hubiera pensado mejor, quizá habría entendido que la cosa no iba a ir como esperaba. Estaba harta de mí misma. *¡Qué estupidez he armado!* Pero en ese momento casi me había emocionado. *Mi persona especial An san y mi querido Chikara se van a hacer amigos, ¡qué maravilla!* Era una idiotez.

Chikara se bebió el vino tinto y dijo a An san:

—Por cierto, me dijo que fue usted, Okada san, quien le enseñó la expresión «alma gemela». Además, le dijo que la protegería hasta que la conociera. ¡Qué bonita historia!

Yo, que seguía cohibida, recobré la compostura. Recordé que un día, no me acordaba cuándo, se lo había dicho en la cama. Entonces, Chikara se rió: «Esa alma gemela soy yo», pero no era el momento oportuno para sacar el tema.

—Yo soy su alma gemela.

An san no reaccionó en absoluto a lo que Chikara dijo como un manifiesto. Le daba sorbos a la cerveza y se limitó a decir:

—Ya veo. Quizás lo es, quizás no lo es.

Casi estaba a punto de echarme a llorar porque An san también se mostraba disgustado. Quería que, al menos, An san me felicitara. «Felicidades, Kinako». Quería que me lo dijera. Aun así, ofendí a las dos personas más importantes porque no había considerado bien la

situación.

Miharu y Takumi kun esbozaron una sonrisa todo lo posible para cambiar de tema. También me sentía mal por ellos. Estaba convencida de que ya había conseguido adaptarme a la sociedad, pero todavía no lo había hecho. *Me falta pensar en los demás, y carezco de la habilidad para juzgar las situaciones.* Mientras seguía tan incómoda y avergonzada que iba a romper a llorar, la cena se dio por terminada.

—No quiero que quedes mucho con aquel hombre.

Lo bueno de Chikara era que decía las cosas claras. No dudaba en decir «Quiero esto» y «Me gusta esto». Y, por lo tanto, también se quejaba abiertamente. Después de la cena hizo el amor conmigo de manera más brusca de lo normal y comentó de lleno que la presencia de An san le molestaba.

—Debería haberte dicho que era un hombre.

Mientras estaba en sus brazos tuve un sentimiento parecido a la desesperación. *Ya no podía quedar con An san como antes. ¡Menudo error he cometido!*

—No sólo por ser hombre.

Chikara lo decía contemplando el techo. «No sé, me da asco. Es posible que esté enamorado de ti». Sorprendida por la certeza de su tono, lo negué:

—No puede ser. Su actitud durante la cena fue ofensiva porque había un sentimiento de venganza en ti, Chikara san. Estabas enfadado con él.

—¿Qué dices? Me miraba cabreado todo el rato desde que entramos en el restaurante.

Se me escapó «¿Qué?».

An san no podría haber hecho algo así.

—Se fijaba en mí como si me estuviera observando. Trabajo gestionando negocios. Por lo menos, soy capaz de ver qué clase de emociones siente el otro hacia mí. Aquélla era una cara de odio.

Mientras intentaba recordar su voz, me quedé horrorizada. *Eso no tiene nada que ver con el An san que conozco.* Pero tampoco podía creer que Chikara me diría una mentira de tan mal gusto.

—De todos modos, no quedes mucho con él. Si quieres, primero me avisas. Además, si no estuvieran Miharu chan y su novio, no te lo permitiría.

—… De acuerdo.

Afirmé con la cabeza de mala gana. Chikara me abrazó. El olor y el calor de Chikara me cubrió entre sus brazos vigorosos.

—Lo siento. No he podido terminar bien la cena.

—No te preocupes. Gracias por haberme hecho un hueco, sé que estás muy ocupado.

Mi corazón se deshacía con el mero hecho de ser abrazada por

Chikara. También provocaba en mí un sentimiento de omnipotencia, pensaba que todo iría bien. *Me preocupo por An san, pero estoy segura de que no se encontraba bien o tenía algún motivo para haberse portado así. En tal caso, me lo dirá más tarde y podré reparar su relación con Chikara. Todo está bien. Hoy ha sido algo casual.* Enredé los brazos de Chikara en mi cuerpo y le abracé con fuerza. Pero Chikara quitó mis brazos con dulzura.

—Bueno, me voy.

Chikara no se quedaba a dormir en mi casa. Por muy tarde que se hiciera, siempre regresaba a la suya. Decía que se preocupaba por su madre, con la que vivía, y que no se encontraba bien.

Se arregló rápidamente y llamó a un taxi. Mientras me acariciaba la cabeza, me dijo que me quedara en la cama durmiendo. Era un proceso que se había convertido en un protocolo.

—Buenas noches, Kiko.

Quería estar con él hasta la mañana siguiente, pero no podía decirlo por capricho. Esbocé una sonrisa y le dije:

—Buenas noches.

Puede que se diera cuenta de cómo me sentía, o que fuera mera casualidad, pero se volvió mientras se marchaba y dijo:

—¿Por qué no te mudas pronto?. Que sea un piso con más seguridad, donde se pueda poner una cama más grande en la que puedan dormir dos personas cómodamente. No te preocupes, yo correré con los gastos de la mudanza.

¡Es una proposición de matrimonio indirecta! Mi cara se iluminó, pero Chikara continuó:

—Quiero que vivas cerca de mí. No es práctico para mí venir hasta aquí. Es un barrio muy ruidoso, y tampoco es cómodo. No me apetece quedarme mucho tiempo.

Parece que no se trata de una proposición de matrimonio. Apagada, y también un poco ofendida por su manera de decir las cosas, intenté mostrar mi enfado.

—Parezco una mascota.

Ni que este piso existiera sólo para recibir a Chikara.

—No eres una mascota. Eres mi mujer importante—. Chikara se rió —. Me voy ya, que llega el taxi. Cierro la puerta con llave.

Y se marchó. Cerró la puerta y le oí echar la llave.

Al mirar hacia abajo desde la ventana, pude ver la figura de Chikara subiendo al taxi. Salí despacio de la cama y me despedí de él desde la rendija de la cortina, porque una vez me despedí de él medio desnuda y me echó la bronca, diciendo que tenía que ser más precavida. Ni siquiera se dio cuenta de que le había mirado, pero se volvió una vez para mirar la ventana de mi piso, subió al taxi y se fue.

—¡Venga! Yo también me voy a la cama.

Fui hacia la cama, pero me detuve. Tenía la sensación de que estaba An san.

—¡En serio!

Me dirigí para abrir la cortina de par en par, pero recordé que estaba medio desnuda y me contuve. Al asomarme sigilosamente por la rendija de la cortina, comprobé que An san no estaba por ningún sitio.

—¡Me he confundido, claro!

Me preocupaba tanto que vi una ilusión. Suspiré y me metí en la cama.

A partir de entonces, An san empezó a evitarme sin miramientos. No me contestaba a los mensajes ni cogía mis llamadas. Le escribí para que tomáramos algo con Miharu, pero no me respondió, y aquello ya olía. Miharu habló con An san en el trabajo y me dijo que le respondió con sequedad:

—Estoy liado.

Pensaba que podría reparar enseguida la relación, pero pareció ser una idea irreflexiva.

—An san se dio cuenta de su propios sentimientos después de haberte perdido —dijo Miharu con rotundidad en el bar barato de siempre. Al final, Miharu, Takumi kun y yo habíamos ido a tomar algo. Miharu se bebió la mitad de la jarra de golpe y continuó:

—Estoy segura de que se puso celoso al ver a Niina san al lado de Kiko.

—¿Tú crees?

Takumi kun inclinó la cabeza.

—Creo que, desde el principio, An san consideraba a Kiko chan como una mujer.

—¿Y eso? —preguntó Miharu. Takumi kun trató de buscar las palabras adecuadas y continuó—: Parecía que había marcado una línea a propósito —y añadió como si le costara—, es como si estuviera esperando.

—¿Qué quieres decir con que estaba esperando?

—A ver, supongo que An san esperaba que Kiko chan le confesara sus sentimientos.

Me había echado unas judías *edamame*[36] a la boca y no pude ocultar mi sorpresa al escuchar esas palabras.

Pero Takumi kun hablaba en un tono que no albergaba la menor duda.

—Ya lo había pensado desde hace tiempo. ¡Cómo este cabezón es capaz de mantener la posición de espera!

Takumi kun comentó que, en cuanto a relaciones sentimentales, él era partidario de la ofensiva, y que por eso llevó a cabo un ataque furioso para ganar a Miharu a pesar de que ella era mayor que él.

Antes también habíamos hablado de ese tema y llegó a impresionarme.

—Una chica es como un hermoso castillo. Y yo soy un comandante de la era de las guerras que desafía en primera línea —afirmó con orgullo. Takumi kun siguió—: An san no es comandante. Más bien es un castillo que espera la toma. Espera que un comandante le ataque.

—Hum. Ya empiezo a entenderlo.

Miharu gimió inclinando la jarra.

—Conozco a An san desde hace tiempo, pero solía evitar las quedadas para buscar novio y las presentaciones del futuro casamiento. Decía que no buscaba ese tipo de encuentro. El destino no es una cosa que brote en esos lugares.

—La verdad es que hay muchos chicos románticos.

Takumi kun afirmó con la cabeza y presumió con nostalgia:

—Yo también me enamoré a primera vista y sentí de golpe el destino. —Luego se dirigió a mí—: El que primero encontró a Kiko chan en el centro de la ciudad fue An san, ¿verdad? Supongo que An san se quedó enamorado de Kiko chan y sintió la llamada del destino.

Miharu y yo nos miramos. En aquel momento, An san nos dijo que le mirábamos sospechosas. «La ayudó por una segunda intención malvada», dijo como una broma. Pero ¿aquello era verdad? *No puede ser.*

Takumi kun desarrolló su interpretación mientras nosotras seguíamos alteradas:

—Pero An san no era capaz de comenzar, por eso esperaba el día en que Kiko chan le confesara sus sentimientos. Creo que he cantado bingo.

Bajé la mirada hacia mis manos como si huyera de los convencidos ojos de Takumi kun. Mientras jugaba con la vaina de un *edamame,* pensé: «Si uso la palabra destino, es cierto que mi encuentro con An san fue cosa del destino. Sin aquel encuentro, no existiría mi yo de ahora. Pero lo que siento hacia An san no es el sentimiento que suele haber entre un hombre y una mujer. Siento una gran adoración hacia él desde el corazón. An san me había guiado hacia una segunda vida, pero en esa relación el sexo no es necesario. Sin embargo, ¿An san esperaba que mis sentimientos cambiaran de rumbo?».

Seguía meditando. De pronto, Miharu empezó:

—Yo, que llevo mucho tiempo con vosotros, desde mi punto de vista, creo que An san tiene la culpa. Suena un poco mal, pero An san se podría haber aprovechado de Kiko todo lo que quisiera desde que la sacó de aquella casa hasta que se instaló. Kiko, por aquella época, se encontraba tan débil que si An san se hubiera declarado, Kiko lo habría aceptado con mucho gusto.

Yo también lo creo. ¡Cuánto me hubiera alegrado si me hubiera

propuesto estar a mi lado como mi novio! Hubiera cogido su mano sin dudarlo.

—Pero An san no lo hizo. Querer a cualquier precio que fuera Kiko, y no él, quien se declarara, es una actitud demasiado pasiva.

Tiré la vaina al plato, agarré la jarra empapada por la condensación y me la llevé a la boca. Parecía que el estímulo gaseoso se había perdido.

—¿Ya has terminado con An san?

Mi yo de ahora quiere a Chikara. Deseo estar a su lado para siempre. Pero si elijo estar al lado de Chikara, me temo que ya An san no podrá verme.

—Ya. Es lo que hay —dijo Miharu con pesar—. Kiko también se echa un novio. Aunque se resigne a contemplarlo desde fuera, no puede permitir que tengas novio. An san tiene la culpa. Pero seguro que An san se pondrá en contacto contigo más tarde, diciendo algo como «lo siento por lo de entonces».

Takumi kun también asintió con la cabeza ante las palabras de Miharu.

—Eso, eso. ¡La relación entre los dos no es una cosa tan simple!

Me alegraba mucho la amabilidad de los dos. *Aunque ahora An san se muestre distante, espero que un día nos volvamos a reír juntos, como antes. Si me dijera entre risas «Me daba rabia porque estabas melosa», le podría responder «Lo siento por presumir».*

Aquella noche, An san me llamó. Estaba adormilada sobre la cama por la borrachera y cogí el teléfono pensando que era un sueño.

—Kinako, ¿qué tal estás?

Su dulce voz entró en mi oído. Era tan dulce que brotaron lágrimas de mis ojos. Me di cuenta de cuánto le echaba de menos, secándome las lágrimas con el dorso de la mano.

—An san, An san. Oye, oye.

Había un montón de cosas que quería contarle y no sabía cómo hacerlo. Buscaba las palabras mientras trataba de contener mi sollozo.

—Kinako. Aquel hombre, Niina, te hará llorar —dijo An san con calma. Puede que llores mucho por él. ¿Será ésa tu felicidad?

—No entiendo lo que dices. Chikara san es una buena persona. De verdad, es una buena persona.

Solía decir la misma cosa cuando me emborrachaba. No paraba de repetirle a An san que Chikara era una buena persona. Mientras tanto, recordaba las palabras de Takumi kun. An san me tenía cariño, por eso me lo decía. Pero no entendía que «el cariño» que yo sentía hacia An san y «el cariño» que me daba An san no eran iguales.

—Comprendo tus sentimientos cuando dices que es una buena persona. Entonces, ¿qué parte de él te gusta? —me preguntó tranquilamente, y me quedé pensando durante un rato. No entendía la

verdadera intención de An san.

Hay más cosas que quiero decir, pero no me sale ninguna palabra. No debería haber bebido tanto alcohol.

—¿Qué parte te gusta?

—Pues… Es la fuerza con la que me dirige hacia un mundo amplio.

An san me había introducido al nuevo mundo. Chikara fue la persona que me lo había extendido con ímpetu y que me había enseñado que este lugar era más espacioso y más maravilloso de lo que me esperaba. Traté de explicárselo con torpeza. An san se rió un poco.

—Vale.

Me quedé aliviada por el hecho de poder escuchar su risa. Pero no comprendía por qué An san quería hablar de este tema.

—Oye, An san. Mira… A ver, ¿te gusto?

Jamás me podría haber atrevido a decir «como un hombre a una mujer». An san se quedó en silencio durante un rato y dijo:

—Me importas —y continuó— hasta rezar por tu eterna felicidad.

Interpreté que rezar no significaba que fuera An san quien me hacía feliz. Con lo cual, pensaba que An san se preocupaba por si Chikara y yo nos llevaríamos bien.

Lo de mirar a Chikara con odio al principio y poner la distancia conmigo era porque no tenía tanta confianza con Chikara. Puede parecer que me centro demasiado en mí misma, pero tal vez valoraba si sería una persona adecuada para que pudiera cuidar de mí.

—¿Ves? ¡Ya sabía que no era así! —contradije a Takumi kun en mi corazón.

Regañaré a Takumi kun por haber pronunciado esas palabras tan confusas cuando nos veamos de nuevo.

—Je, je, je, a mí también me gustas, An san. Por eso iremos a tomar algo como antes, con Miharu, Takumi kun, vamos los cuatro.

—Espero que llegue ese día.

—Adiós —dijo An san y colgó.

—¡Qué raro!

Le iba a llamar de nuevo, pero me di cuenta de que era muy tarde y deseché la idea. *Ya me volverá a llamar.* Me dormí sujetando el móvil en la mano.

No obstante, An san no volvió a llamarme a partir de entonces. De nuevo, aunque le llamara, no me lo cogía. Empecé a preocuparme por él. De pronto, An san dejó la academia sin ni siquiera avisar a Miharu.

Cuando recibí la noticia, estaba comiendo con mis compañeros. El bullicioso comedor estaba iluminado por la luz del sol que lo atravesaba. Chikara estaba con un cliente en la mesa de ejecutivos situada a lo lejos. Chikara atendía con una sonrisa agradable al cliente que hablaba gesticulando.

—¿Lo dejó? ¿Qué quieres decir?

—Todos dicen que alguna academia lo fichó, pero en realidad nadie sabe nada. Fue una sorpresa para todo el mundo. Seguro que el director y los otros ejecutivos sabrán algo, pero estamos en la época en la que se vigila mucho todo el tema de los datos personales. No creo que podamos sonsacar nada.

Noté a través del teléfono que Miharu estaba enfadada. Continuó en un tono irritado.

—An san también me esquivaba en la academia. Pensaba que sería por lo de Kiko. Es porque yo tendía a estar a tu lado. Así que, si An san me decía algo, estaría más que preparada para discutir con él. Pero ¡jamás esperé que dejara la academia!

Mi mirada atónita se cruzó por casualidad con la de Chikara. Me sonrió en un momento en el que nadie se dio cuenta. Era un gesto que normalmente me ponía más alegre que ninguna otra cosa, pero en ese momento lo veía borroso.

—Un compañero dice que va a ir al piso de An san más tarde. Espero que no haya dejado el piso.

No sabía por qué, pero sentía que An san ya no estaba allí. *Entonces, ¿adónde se ha ido? ¿A casa de sus padres? Ah, pero no sé mucho de An san. Ahora que lo pienso, nunca hablaba de su familia ni de sus recuerdos del pasado. Pensé que se abstenía porque yo no tenía suerte con mi familia, pero ¿por qué nunca le pregunté nada? Ni siquiera puedo ir a buscarle.*

—En cuanto sepa algo, te llamo. Si te llama, avísame. Aquí también estamos todos preocupados.

Traté de llamar a An san nada más colgarle a Miharu. Lo único que conseguí escuchar fue una grabación que decía que el móvil estaba fuera de servicio.

—¡Kiko! ¿Qué pasa?

Mis amigos me miraron porque me había quedado pálida. Entre ellos, incluso aquellos dos peleones estaban preocupados.

—¿Te encuentras mal? ¿Quieres irte ya a casa?

—¡Tranquila, Mishima chan!

Pensé, rodeada de todos que se preocupaban por mí: «¿Cómo he llegado hasta aquí? ¿Cómo salí del lavabo y vine hasta aquí? ¿Quién me trajo?».

Estaba a punto de llorar, pero aguanté.

An san, ¿por qué intentas alejarte de mí sin decirme nada?

Al día siguiente, por la noche, recibí una llamada de Miharu y me comunicó que An san se había marchado de su piso. *Ya lo sabía.* Miharu continuó como si le costara seguir:

—Bueno, el compañero que fue al piso le hizo varias preguntas al casero. Lo único que consiguió que le contara fue el momento en el que le había anunciado su salida. El caso es que… fue después de

aquella cena con Niina san.

—Me imagino que yo soy la razón de todo esto.

Sin duda. Su cambio radical se debe a mí. Seguía atónita. Miharu subió el tono.

—¿Qué cruel, verdad? Si eras tan importante para él hasta el punto de llegar a atormentarse, tendría que habértelo dicho. ¡Me da rabia! Kiko, no hace falta que te sientas culpable. Me deja estupefacta, la verdad.

Miharu repitió muchas veces que no me preocupara y colgó la llamada. Al mirar la agenda de contactos del móvil, al primero que encontré fue a An san. Me lo quedé contemplando. De repente, un brazo apareció por detrás de mí y me arrancó el móvil de la mano. Me volví. Chikara había entrado en mi piso y borró hábilmente el nombre de An san. Se oyó un sonido automático para confirmar que la operación se había completado y Chikara me dijo:

—¡Olvídate de él ahora mismo!

—Pero…

—Ya me contaste todo sobre tu pasado. Entiendo con total claridad que era una persona importante para ti, Kiko. Pero, si no le hubieras conocido, yo te habría conocido y habría sido yo quien te hubiera salvado. Sólo eso.

Terminó de hablar y me abrazó con fuerza. Estaba envuelta por aquellos brazos robustos que podían protegerme de cualquier persona y de cualquier asunto.

—Sólo cambió el orden en el que nos encontramos. Estoy convencido de que al final te habría encontrado, fuera donde fuera. Seguro que habría hecho por ti más cosas de las que hizo él. Por eso, no hace falta que interpretes tu encuentro con él como si fuera un milagro.

Las palabras de Chikara que trataban de convencerme me calmaron. Cerré los ojos y me entregué a mi imaginación. *Chikara acude a la casa de mis padres con su particular coraje. Si hubiera tenido ese pasado, ¿sería más feliz? ¿Pensaría que Chikara era mi alma gemela más de lo que lo pienso ahora? Pero ya no se puede volver al pasado. Quien me salvó fue An san, y ese hecho nunca cambiará.*

Shimizu kun, el chico que había tirado la silla de metal, me había contado el rumor de que Chikara estaba prometido.

—Dicen que su prometida es la hija de un conocido del director y que llevan cinco años viviendo juntos. ¿El vicedirector te invitó a cenar, Mishima chan? Me imagino que fue para ponerle los cuernos a su prometida.

Después de haber profundizado en aquella relación, Chikara me lo confirmó. «¿Estás hablando de nuestra relación con los de la

empresa?». A mis compañeros les había dicho que a veces me invitaba a comer, pero nunca les dije cómo se habían desarrollado las cosas. Se lo dije. Entonces Chikara me contestó:

—¿Puedes hacerme el favor de guardar silencio sobre el tema? No pasa nada porque vayamos a comer o cenar de vez en cuando, pero si anunciamos oficialmente que estamos saliendo, mi padre y mi abuelo se pondrán muy pesados. Desde luego que se lo comentaré más tarde, pero creo que todavía es pronto. Encima, si el rumor empieza a correr entre la gente de la empresa, la situación se volverá más complicada.

Pensé que su manera de pensar era natural. Sólo por la propuesta de la cena se armó un follón enorme en la empresa. Además, había personas que me criticaban —«Hay que tener cara dura para aprovecharse de la culpabilidad del vicedirector por haberle hecho daño»— por haber aceptado su propuesta e ir a cenar con él. Si se enteraran de que habíamos empezado a salir, las cosas se liarían aún más. Me sentiría incómoda si corrieran rumores a mis espaldas sobre lo que era verdadero y falso, así que me mostré de acuerdo bajando la cabeza. Les dije a mis compañeros:

—Parece que el vicedirector se ha hartado de mí.

—¡Qué lástima! —Torcieron el morro, pero no curiosearon más.

Vale. Yo era amante de Chikara.

Me sorprendí tanto que me quedé sin palabras. Shimizu kun continuó con un aire triunfante:

—Parece que lo llevan en la sangre. —Incliné la cabeza—. El director también tiene una amante. —Esbozó una sonrisa intencionada —. Es la dueña del restaurante tradicional al que van a menudo todos esos ejecutivos. Es la amante del director desde hace mucho tiempo. Es una historia muy conocida.

Ése era, precisamente, aquel restaurante al que me había llevado Chikara. La dueña nos recibió con una sonrisa, y Chikara me presentó como su «favorita». *¿Fue una escena en la que llevó a la persona con la que estaba siendo infiel al restaurante de la amante de su padre? ¡Qué ridícula tuve que parecer bajando la cabeza tantas veces sin entender nada!*

—Dicen que el presidente también tenía a alguien así. Me parece que es un clan con una moral extraña. Mishima chan, tuviste suerte de no haber profundizado en la relación con el vicedirector.

Shimizu kun me lo dijo entretenido y añadió:

—Oye, Mishima chan, ¿quieres que vayamos a cenar a solas un día? No te pedí perdón por aquello. ¿Qué te parece?

Creí recordar que lo rehusé con educación, pero no estaba segura. Me quedé en blanco; no sabía cómo había terminado el trabajo ni cómo regresé a casa después. Al darme cuenta, me encontré sentada y atónita en mi piso oscuro. No sabía cuánto tiempo llevaba así. De

pronto se abrió la puerta. Chikara entró. Los únicos que tenían una copia de la llave eran Chikara y Miharu. Como no tenía fuerzas para contárselo a Miharu, sabía que era Chikara antes de que se abriera la puerta.

—¿Te enteraste del rumor? —preguntó Chikara, mirándome. Yo estaba sentada en el suelo, agotada. Afirmé con la cabeza—. No quería que te enteraras de esta manera —dijo Chikara irritado—. Kiko, te lo iba a contar, considerando la situación. Pero no sé por qué el rumor se extendió solo.

—… Entonces, ¿es verdad? —pregunté con la cabeza un poco más fría. No era ni un error ni una mentira. Chikara se sentó delante de mí y cogió mi mano. Luego me miró directamente a los ojos. Sentí la seriedad en sus ojos. Dicho así, podría sonar estúpido, pero parecía que había algo de sinceridad y pensé que había llegado el momento de la separación. *Ya que se ha dado esta situación, tiene la intención de cortar conmigo.*

—Quiero que nuestra relación siga tal cual —dijo Chikara con claridad mientras yo esperaba las palabras de despedida—. Considero que eres una persona muy importante para mí. No quiero entregarte a nadie. Pero me tendré que casar con una mujer que no eres tú, Kiko. La boda con Mamiko es inevitable.

—¿Qué? ¿Qué me estás contando…?

¿Se va a casar, pero también quiere mantener la relación conmigo? Entendía el significado, pero las emociones no lo acompañaban. Chikara me abrazó con fuerza mientras yo seguía inmóvil y me dijo:

—Te haré feliz. Múdate a un piso mucho mejor que éste. Quiero que sigas allí, esperándome. Siempre iré al piso donde me esperes, Kiko. No habrá ningún cambio, todo seguirá como hasta ahora. Kiko, quiero amarte más profundamente.

Abrazada por él, recordaba las palabras de Shimizu kun.

«Lo llevan en la sangre».

¿Ah, de verdad existe «la sangre»? Por mí corre la sangre de una concubina. Mi abuela había vivido plenamente basándose en esa sangre. Mi madre la odiaba, pero se dejó llevar por ella una vez. *¿Tendré que vivir yo también en esa sangre?*

Es posible. Por mucho que me sintiera triste y pensara que tenía que rechazarlo, mi corazón se estaba alegrando. Estaba llorando. «¡No me había abandonado!».

—… Déjame pensar.

Pude decirlo a duras penas, porque recordé la espalda de mi madre. «No te dejes llevar por las emociones. Si hubiera tenido una voluntad firme en aquel momento, no estaríamos así». En un segundo se asomó la espalda de mi madre mientras se lamentaba.

—Comprendo que necesitas tiempo. Quiero que lo pienses bien.

Pero si me dices que me acompañarás, te protegeré para siempre, Kiko. Quiero regalarte la felicidad como mujer.

¿Es posible? Si la prometida de Chikara se enterara de esto, se afligiría, y yo le guardaría rencor deseando que un día fuera él sólo para mí.

Sin embargo, un par de días después, Chikara vino a mi casa y le dije:

—Déjame estar a tu lado para siempre. No puedo vivir si no estás.

Sentí que la tristeza por la decisión de seguir la vida de una concubina me hizo sollozar. *Mi madre no me quería porque nací como hija de una concubina. Aun así, soy imbécil por tratar de vivir como concubina.* Pero no quería perder a Chikara por nada del mundo.

Chikara dijo:

—Gracias. —Y me abrazó mientras yo lloraba temblando—. Tal vez te sentirás atormentada. Pero mi corazón siempre está a tu lado, Kiko. Es en ti en quien pienso siempre, Kiko.

«Será mentira. Seguro que le dice lo mismo a su prometida», pensé en un rincón de mi cabeza. Me volvía loca de celos, pero fingía no darme cuenta de eso. Era mejor aguantar el dolor de la represión en mi interior que el miedo a perderlo. Después, Chikara hizo el amor conmigo con más diligencia y repitió muchas veces que me haría feliz.

—Te compraré un anillo en vez del de pedida. ¡Que sea algo sencillo que puedas llevar puesto siempre! Elige el que más te guste.

Mientras le decía que me alegraba, pensaba que era un hombre muy infiel y cruel al tratar de mantener a su amante antes de casarse. Sin embargo, Chikara rebosaba seguridad en sí mismo al querer hacer feliz a dos mujeres al mismo tiempo. *Como decía Shimizu kun, tiene una moral extraña. Y, sobre todo, es una persona que puede conversar sonriente con la amante de su padre.* Yo era tan estúpida que sentí que allí residía una fuerza. Creí con firmeza que, de cualquier manera, Chikara debía seguir queriéndome.

Me mudé a un piso situado cerca de la casa en la que Chikara vivía con su prometida, como me había pedido. Como me había comentado Chikara, el piso era más espacioso y tenía más seguridad. Cuando trajeron una cama grande en la que cabían de sobra dos personas, sentí vértigo al dudar si de verdad todo aquello estaba bien. Era consciente de que estaba a punto de seguir un camino que estaba fuera de la normalidad. Aquella culpabilidad iba y venía como el oleaje. Pensé varias veces que todavía estaba a tiempo. Pero no podía parar. No podía contarle a Miharu el camino que había decidido tomar.

Chikara decía que en el futuro tendría que dejar la empresa. Me dijo que podría trabajar como camarera en aquel restaurante tradicional. Aquello me aterrorizó. *¿Quiere mantener a su mujer en el mismo lugar que su padre?* Lo rechacé diciendo que buscaría nuevo trabajo yo sola,

y me respondió que lo buscaría él. Dijo que no quería que hubiera hombres raros y que mediaría bien por mí.

En cuanto me convertí en su amante, Chikara empezó a atarme más que antes. Más que atar, era como que insistía en su derecho a la propiedad. Antes le había dicho que era una «mascota» como broma, pero Chikara me trataba de esa manera. *No, ¿a lo mejor esto significa que me ha puesto en la categoría de «amante»? No puede dar forma a una relación de la que no puede hablar con nadie ni mostrarla, por eso me ata.* Me imaginaba a mí misma sujeta con firmeza con una cadena invisible. Poco a poco tuve la sensación de que no podía volver.

—Kiko, últimamente te veo rara. ¿Qué pasa?

Nuestras quedadas habituales habían aumentado aún más desde que había desaparecido An san. Aquello me resultaba irónico.

Los tres pedimos los mismos platos en el mismo bar y juntamos las jarras, pero Miharu comenzó el tema como si estuviera tan preocupada que no podía soportarlo más.

—¿Estás bien con Niina san, verdad? Me parece que, cada vez que te veo, estás más sombría.

Miharu y Takumi kun me miraron preocupados. Ante su mirada, esbocé forzosamente una sonrisa.

—¡Qué va!

¡Cómo les puedo decir que no puedo verle porque Chikara está liado con los preparativos de su boda con otra mujer!

Trataba de seguir mi vida como si me tapara los oídos. Aun así, en el trabajo escuchaba la historia de Chikara: habían encargado el vestido de novia a un diseñador tres años atrás. Al director, que era su padre, le gustaba especialmente su prometida y la trataba como a su propia hija. Además, su prometida era una mujer preciosa y casera que esperaba ansiosa su boda con Chikara.

Cada vez que lo escuchaba, pensaba en dejarlo. Decidía que tenía que proponerle a Chikara la separación. Pero, cuando venía de repente por la noche y me daba besos diciendo que tenía ganas de verme, las palabras se me quedaban pegadas en el fondo de la garganta y no me salían. Cada noche esperaba en mi piso que viniera por capricho. Cuando me distraía abriendo la ventana, me ponía muy triste. Me di cuenta de que cada vez pasaba más tiempo escuchando la voz de la ballena de 52 hercios.

Sin embargo, estoy segura de que no hay nadie que escuche la voz de una canalla como yo. No, es mejor que nadie escuche esta clase de voz.

—Por cierto, An san. —Miharu lo dijo como si acabara de acordarse y me dio un vuelco el corazón—. Un compañero nuestro dice que lo vio.

—¿De verdad? —me sorprendí.

Miharu continuó:

—Dice que le vio muy poco, pero no parecía agobiado ni que llevara la vida desordenada. —Como me dolía el corazón cada vez que me acordaba de él, me tranquilicé. Miharu dijo suavemente—: Espero que An san te hable de nuevo.

Afirmé con la cabeza, pero pensé que era mejor que no me llamara. No quería que An san me preguntara por mi situación.

Me despedí de Miharu y Takumi kun. Cuando regresé a mi piso, Chikara estaba allí.

«¿Eh, eh, por qué? Te dije que iba a cenar con ellos esta noche. Si me hubieras avisado de que ibas a venir, podría haber vuelto antes». Iba a decirlo, pero me callé. Chikara tenía esa expresión. Era la misma cara que la de la noche en la que me había enterado de que estaba prometido.

—¿Qué pasa?

—Llegó una carta destinada a mi padre, a la casa de mis padres, en la que le informa de mi relación contigo.

La borrachera se me pasó de golpe. Creí sentir que la temperatura había bajado.

—Contaba con todo detalle cómo y cuándo comenzó nuestra relación, hasta este piso.

—No puede ser… Yo, yo no lo he hecho.

¿Está sospechando de mí? Apresurada, se lo dije, pero Chikara dijo:

—Lo sé. Sabes que no voy a sospechar de ti. Además, el remitente ha puesto su nombre con cortesía, Ango Okada.

Sentí vértigo. Como no podía seguir de pie, me senté allí mismo. Seguro que estaba pálida. Chikara me miró y dijo:

—Desde el principio, lo nuestro no le pareció bien. Por si acaso, te pregunto: ¿No sigues en contacto con él, verdad?

Atontada, negué con la cabeza.

—Ni Miharu ni Takumi kun mantienen contacto con An san. Además, todavía no le he dicho nada a nadie sobre este piso.

—Entonces se dedica a husmear a nuestro alrededor.

Chikara chascó la lengua.

—Por suerte, la carta estaba destinada a mi padre, así que sólo la leyó él. Acabó echándome la bronca, diciendo que tengo que hacer las cosas bien. Pero si la otra casa y Mamiko se enteran de esto ahora, sería terrible.

¿En qué está pensando An san? Confusa, afirmé con la cabeza.

—Kiko, ten cuidado. Es posible que se ponga en contacto contigo. Puedes irte a dormir a casa de Miharu chan, o incluso puedes refugiarte en algún hotel. No, quizás lo más seguro sea que no salgas de este piso. Puedo comentárselo al conserje.

La voz de Chikara se oía a lo lejos. *An san sabe de este piso. Tal vez*

yo era la única que no se daba cuenta, y estaba muy cerca. ¿Por qué An san no me lo comunicó directamente a mí?

—Creo que me guarda rencor —dijo Chikara amargado. Yo, que estaba mirando hacia abajo, levanté la cara—. Igual nos guarda rencor porque no lo elegiste a él, sino a mí. No puede perdonarnos que nuestra relación continúe, aunque la situación actual sea complicada.

—Está enfadado conmigo.

Mientras lo decía, pensaba que así era. *Se hartó de mí y está enfadado conmigo. Es natural. He comprendido que es una idiotez y ejecuto un acto idiota.*

—Tiene envidia de mí. Por el momento, no salgas del piso. Puedes hacer la compra por internet. No importa que no vayas a trabajar durante un tiempo —dijo Chikara.

Lo único que podía hacer era asentir con la cabeza. *An san está enfadado.* Sólo por pensar en eso era incapaz de saber dónde colocar mi corazón.

—Lo resolveré lo antes posible. Recuerda, cierra bien las puertas.

Dicho esto, Chikara me dio un beso en la frente y se fue a toda prisa. Cerré la puerta, acaricié la frente que todavía mantenía su calor y me senté en la entrada. El suelo embaldosado estaba muy frío, pero no me podía mover de allí.

Notas

31. Raza de perro de tamaño pequeño.
32. Hace referencia a un personaje de la empresa confitera Fuji-ya. Es una niña que saca la lengua fuera.
33. Término anglófono del béisbol, referido a una pelota que, tras ser bateada, viaja a través del campo sin que ningún jugador pueda cogerla.
34. Máquina tragaperras de juego similar al *pinball.* Se ganan premios en función de la cantidad de bolitas de acero que caen de la máquina.
35. Referencia a una serie de novelas dirigidas a las jóvenes que se publica en la editorial canadiense Harlequin Enterprises Limited. «Harlequin Romance».
36. Vainas de soja hervidas en agua con sal y servidas enteras.

6. El destino de una voz inalcanzable

«Achís». Escuché un hermoso sonido. Miharu y yo seguíamos mirándonos y recobramos el sentido. Cincuenta y Dos había estornudado. Al vernos sorprendidas, bajó la cabeza como si pidiera perdón.

—¿Está el aire acondicionado demasiado alto? Lo bajamos un poco —le dije esbozando una sonrisa. Le comuniqué a Miharu, que había puesto una expresión severa, que detuviéramos la conversación. Miharu lo aceptó meneando la cabeza, ya que consideraba que no era un tema que debiera tratarse delante de un niño.

—Oye, Cincuenta y Dos. Mañana volveremos a Ōita. Así que, ¿damos un paseíto al atardecer cuando haga más fresco, ya que hemos venido expresamente a Kitakyūshū? Hay muchos restaurantes cerca del hotel y quiero probar los platos típicos locales. Acompáñame.

Cincuenta y Dos asintió con la cabeza.

Esperamos hasta que el sol se puso y salimos del hotel. En el centro seguía el bochorno acumulado por el calor residual. El viento que soplaba entre los edificios era abrasador.

—Hay un sitio al que quiero ir. ¿Te vienes?

Cincuenta y Dos afirmó con la cabeza. Miharu también dijo:

—Vale, os sigo.

Me puse a caminar rápidamente, aprovechando que se había mostrado amable.

Cincuenta y Dos, que había vivido aquí, entendió adónde íbamos y tensó la cara. Le dije:

—Quiero subir. A ésa. Quiero subir contigo.

Señalé la noria roja.

El centro comercial Cha Cha Town estaba decorado con colores vivos y era un sitio más bullicioso de lo que esperaba. Tenía un cine, un centro de juego, y estaba lleno de jóvenes. Acudí a la parada de la noria con Cincuenta y Dos.

No había ninguna persona que quisiera subir a la noria. Parecía una gran obra de arte. Aun así, el personal nos sonrió:

—¿Queréis subir?

Pagué la entrada para tres personas y subimos a la cabina. Enmudecido, Cincuenta y Dos nos siguió.

—¡Caray! ¡Hace diez años que no subía a una noria! —exclamó Miharu con un leve tono de alegría—. Cuando lleguemos a lo más alto, ¡vamos a sacarnos los tres una foto!

A continuación sacó su smartphone. Cincuenta y Dos seguía callado, contemplando el paisaje que se ampliaba poco a poco. Cuanto más subíamos, más triste parecía la ciudad teñida por la luz del atardecer.

—¿Subiste con tu abuela y tu tía?

Cincuenta y Dos asintió con la cabeza.

—Os lo pasastéis muy bien, ¿verdad?

Cincuenta y Dos afirmó de nuevo. Vi que el rabillo de sus ojos estaba humedecido, pero fingí no darme cuenta.

—¡Venga! ¡Ojo, pronto llegaremos arriba! ¡Preparados!

Miharu estaba sentada al otro lado y, de repente, gritó y se levantó. Después se vino hacia nosotros y giró el smartphone para que saliéramos los tres. La cabina se movió un montón porque todos los pasajeros estaban de repente en un lado. Aun así, Miharu se sentó entre nosotros y levantó el smartphone.

—¡Bien! ¡Poned una cara graciosa!

—¡Eh, Miharu! ¡Quita, que se mueve mucho! Además, ¿a qué te refieres con cara graciosa?

—Aquélla, aquélla. ¡Kiko, la que te gusta tanto, la de Peko chan! ¡Cincuenta y Dos, sonríe más! ¡Muestra los dientes!

Miharu disparó muchas veces en la cabina, que no paraba de oscilar. Abrumados por su intensidad, Cincuenta y Dos y yo pusimos cara desesperadamente. Tras repetir muchas tomas, cuando Miharu cerró la aplicación de cámara —«Ya está más o menos bien»—, nos encontrábamos ya cerca de la tierra.

—¡No me lo puedo creer! ¿Esto es lo que hace una *arasā*?[37]

—Oye, todavía tengo veintiséis años. Además, marcar el ritmo lento y el rápido es importante.

Satisfecha, Miharu manipuló su smartphone. Le enseñó la pantalla a Cincuenta y Dos, que estaba más agotado que yo, y dijo:

—¿Será ésta la mejor?

Al asomarme, vi que Cincuenta y Dos estaba tratando de sonreír, aunque de manera forzada.

—La Peko chan de Kiko es fea, pero está bien —dijo Miharu riéndose.

—¡Te voy a dar! —Fingí que le enseñaba el puño. Cincuenta y Dos contemplaba el smartphone como si estuviera viendo algo raro. Le dije al oído:

—Vas a sonreír más. La próxima vez… Ya verás…, con tus amigos. Vas a sonreír con alguien así, no lo dudes.

Cincuenta y Dos me miró y puse la cara de Peko chan. Cincuenta y Dos mostró una pequeña sonrisa, pero se sacudió la cabeza como si

dijera que ya no le importaba.

—Seguro. Podrás sonreír —repetí.

Cincuenta y Dos afirmó con la cabeza. Sin embargo, su rostro parecía albergar resignación y una tristeza infinita. Mis palabras no le ayudaron en absoluto. *¿De qué manera puedo hacerle sonreír?*

—Ya lo veo. Cincuenta y Dos, tienes hambre, ¿verdad? Cuando comas algo, ¡te sentirás mejor!

Miharu se había dado cuenta de la expresión de Cincuenta y Dos. Nos dio una palmada en la espalda. ¡Paf!

—Ya he chequeado las páginas de *gourmet,* así que vamos a cenar de lujo. Ahora os voy a hacer de guía.

Su sonrisa era simpática. *¡Qué bien tener a Miharu aquí!*

—De acuerdo. ¡A un sitio en el que haya cervezas ricas, por favor!

Entonces fuimos a comer *gyōza,* empanadas en sartén de hierro que dicen que son un plato típico de Kokura. También fuimos a una taberna de *yakitori,* pinchos de pollo a la brasa. Y después fuimos a un restaurante de ramen que Miharu había seleccionado.

—Cerraremos el día con esto.

Y tomamos *tonkotsu, ramen* en caldo de cerdo, y *oden,* cocido de carne y verduras. La piel de pollo crujiente y el nabo blanco bien empapado de caldo *dashi*[38] estaban deliciosos. Cada plato iba muy bien con cerveza, así que Miharu y yo bebimos como si fuera una competición. Ahí estaba Miharu, al otro lado de la jarra. Aquella escena que estaba acostumbrada a ver, pero de la que me había desprendido, me llenaba de cariño. Cincuenta y Dos miraba cómo nos animábamos, como si nunca hubiera visto antes algo así.

—Perdona, perdona. ¿Estás aburrido? —preguntó Miharu, y Cincuenta y Dos negó sacudiendo la cabeza. Cogió una libreta pequeña con un boli que había comprado en el *konbini* y escribió: «Me sorprende». Añadió: «Es que nunca he tenido una experiencia así».

—Vale, vale.

Entretenida, Miharu le acarició la cabeza e inclinó la jarra.

—Oye, Miharu. Hay algo que hace rato que quería preguntarte. ¿Le has dicho a Takumi kun que venías a por mí?

Miharu contestó en seco:

—Se lo he dicho. ¡Por supuesto! Takumi me dejó un mensaje para ti: «Eres lo peor». —Aquella corta expresión me hizo daño en el corazón y bajé la cabeza—. Pero también me pidió que te dijera lo siguiente si te encontrabas bien: «No puedes abandonar a los amigos. Yo sigo siendo tu amigo».

Dicho esto, Miharu se partió de risa.

—Takumi también me acompañó a casa de tus padres. «¡No hay una chica tan bondadosa como Kiko chan!». Cuando le gritó a aquella vieja, me volví a enamorar de él.

—… Gracias.

Estaba a punto de llorar, pero me reprimí.

—Es que te encargas de cualquier cosa tú sola. Tanto Takumi como yo, y a lo mejor tus amigos de la fábrica, te habríamos aceptado si hubieras contado con nosotros. Te habría echado la bronca por lo que hiciste, pero jamás podría odiarte ni alejarme de ti. Quería que te fiaras más de mí.

Miharu hablaba con calma, sin gritar ni enfadarse. Lo sentía mucho. Mi yo de aquel entonces era incapaz de pensar en nadie.

Bajé la cabeza.

—Pero —Miharu cambió de tono— ahora sólo puedes pensar en este niño. Vives mirando hacia delante. Eso me alegra. Quiero que Takumi te vea. Mira, Cincuenta y Dos. Este *oden* está delicioso, ¡cómetelo!

Miharu se rió con dulzura y llevó un cachito de tendón de ternera a la boca de Cincuenta y Dos, que se mostraba extrañado. Me fijé en la cara del niño. Cogió la pieza como si quisiera decir que era capaz de tomarla por sí mismo y se la comió. *¿Estoy cambiando por haberle conocido?*

Después de ponernos morados, regresamos al hotel. Cincuenta y Dos se tumbó sin fuerzas en el sofá-cama e intentó cerrar los ojos mientras se acariciaba la barriga.

—¡Eh, cepíllate los dientes! —le soltó Miharu.

Cincuenta y Dos acudió al cuarto de baño tambaleándose. Quizás le pesaba mucho la cena, ya que Miharu le había hecho comer bastante. Después de cepillarse, Cincuenta y Dos negó con la cabeza ante mi pregunta:

—¿Y el baño?

Y se metió en la cama. En un rato empecé a oír su respiración.

—Oye, ¿puedes seguir contándome lo de esta tarde? —dijo Miharu tranquilamente. Afirmé con la cabeza. Ni siquiera había comenzado la confesión de mi culpa. *Pero ¿por dónde debería comenzar?*

—… An san me quería. Creo que estaba enamorado de mí —empecé a contar con lentitud. Miharu agudizó el oído—. Todo esto es mi imaginación, pero creo que An san no tuvo una buena impresión de Chikara en su primer encuentro, así que investigó su entorno. Y se enteró de que tenía una prometida.

Yo pensaba que el rumor que había surgido en la empresa de que Chikara estaba prometido provenía de An san. Si me hubiera separado de Chikara, quizás habría quedado bien, pero ni siquiera habíamos cortado. Todo lo contrario, habíamos profundizado nuestra relación.

Entonces An san mandó una carta al padre de Chikara con la intención de que su padre reprochara a su hijo. Sin embargo, no consiguió lo que esperaba.

—A continuación, An san envió la misma carta a la empresa y luego a la casa de su prometida. Su padre, que al principio se limitaba a reprenderlo, le dijo que la situación era insostenible. Al parecer, le gritó en la empresa: «¡Deja a esa mujer de una vez!».

Pero Chikara no lo hizo. Mientras les decía que se separaría de mí, no me dejó.

—Oye, hay algo que no entendí muy bien durante mucho tiempo. ¿Por qué, si An san estaba tan aferrado a ti, no te confesó sus sentimientos? —dijo Miharu sacudiéndose la cabeza, como si fuera incapaz de comprenderlo. «An san es un tonto».

Continué mirando su cara irritada:

—Tan tremenda era la cólera de Chikara que me hacía temblar mientras lo veía a mi lado. Le encargó a una agencia de detectives privados que investigaran a An san y averiguó por qué había tomado aquellas medidas con tantos rodeos.

Chikara había entrado corriendo al piso sujetando los informes. Estaba ruborizado por la excitación, y eso no era habitual.

—¡Oye, Kiko! Ya sabemos por qué aquel no te tocó ni con un dedo.

—An san es… transgénero.

Miharu dejó escapar un sonido como si se hubiera caído una campanilla.

—Había mantenido el sexo femenino en su estado civil, y trató de masculinizar su cuerpo mediante tratamientos hormonales. Al parecer, el director de la academia donde trabajas estaba al corriente de sus circunstancias y lo había contratado bajo el nombre de Ango Okada.

El verdadero nombre de An san es Anzu Okada. Se había graduado en la Universidad de Nagasaki, que era su ciudad natal. Después se mudó a Tokio. Había comenzado una vida como Ango Okada, aprovechando la ocasión de haberse mudado a un nuevo lugar. Parece que no había tenido pareja desde hacía mucho tiempo. An san llevaba una vida tranquila como Ango Okada.

Chikara bajó la mirada a los informes y se rió como si se mofara de él. «Decidió pagar conmigo la frustración de su desventaja. ¡Qué imbécil!». Mientras escuchaba atónita la verdad que An san había ocultado, le daba vueltas a la cabeza. *¿Qué era lo que valoraba de An san?*

An san era hijo de madre soltera, que seguía viviendo sin contratiempos en un pueblo de la costa. Chikara telefoneó a la madre de An san. «Mire, le hablo de… ¿su hija? O, mejor dicho, ¿su hijo? ¿Eh? ¿No lo sabe?… Él, o ella, vive en Tokio como un hombre… ¿No lo puede creer? Sin embargo, no hay duda de que vive como un hombre… La cosa es que su hija está molestando a mi novia, como un *stalker*.[39] A mí también me está molestando, se dedica a investigar mi vida privada a su arbitrio. Mi novia vive llorando, diciendo que no

puede salir por el miedo que le tiene. ¿Usted podría hablar con su hija, por favor?».

Le rogué que no llamara a su madre, pero me ignoró diciendo: «¿Aunque me esté haciendo de todo? Está haciendo daño a los demás. Si espera que no le hagan daño, es que no es capaz de ver la que se le viene encima».

—La llamada de Chikara afectó mucho a la madre de An san. No paraba de repetir: «Disculpe, disculpe». Hasta yo, que estaba lejos, pude sentir lo alterada que se encontraba.

Mientras escuchaba la voz afligida al otro lado de la llamada y la voz arrogante de Chikara, sentí algo parecido a la desesperación. *¿Cómo he llegado a esto?*

Le rogué a Chikara que me permitiera ver a An san. «No he hablado lo suficiente con An san. Si hablo con él de manera conveniente, seguro que hay algo que puedo solucionar». Pero Chikara dijo que jamás me lo permitiría. «Ése ya no va con amabilidad. No sabemos de qué será capaz después de que haya hablado con su madre. Mira, es un monstruo. Piensa que es un psicópata que nos ha atacado escudándose en sus complejos».

—Chikara tampoco estaba tranquilo. An san había llegado a enviar aquella carta a la prometida de Chikara, y la chica volvió a la casa de sus padres de inmediato. Todo el mundo se enteró de aquello. Su padre estaba muy enojado con Chikara porque no se había separado de mí, y le mandó a un puesto fuera de la empresa. Chikara tenía a todo el mundo contra él.

La razón por la que no se había desprendido de mí a esas alturas, más que el amor que sentía hacia mí, era porque le guardaba muchísimo rencor a An san. «Si me separo de Kiko, caeré en la trampa de esa mujer incompleta. Jamás cortaré con Kiko. Le haré saborear mi propio sufrimiento». Chikara soltó aquellas palabras con unos ojos enrojecidos que jamás me había mostrado.

No sabía qué había hecho Chikara realmente. Si pudiera pensar en lo que sucedió después, tuvo que ser algo extremadamente cruel.

No pude obtener ninguna noticia sobre lo que estaba haciendo Chikara ni cómo se estaba desarrollando la situación con An san, ya que estaba medio encerrada. Chikara me obligaba a permanecer en casa y esperar a que llegara. Hacía mucho tiempo que me había obligado a dimitir de la empresa y no me dejaba salir sin su permiso.

Un día, cuando dije que quería salir para despejarme porque Miharu y Takumi kun me habían propuesto tomar algo, Chikara me dio una bofetada en la mejilla. «¿Qué me estás contando ahora? ¿No entiendes lo que me está costando?». Aquel golpe propinado sin vacilación con la enorme palma de su mano hizo que me derrumbara y me di un fuerte golpe en la cabeza por la intensidad de la caída. Me desmayé y

no supe qué había pasado. Al parecer, estaba tirada delante de sus ojos. Chikara me agarró por el cuello, me levantó con violencia y espetó: «¡Quédate tranquila! No te puedes imaginar cuántos problemas he tenido por tu culpa. Lo único que te mereces es esperarme aquí».

Mi mejilla seguía hinchada. Chikara me dirigió una mirada amargada en un segundo y se fue. Oí cómo cerraba la puerta con llave. Me levanté y fui a la cocina tambaleándome. Mojé una toalla y me la puse en la mejilla. Se me saltaron las lágrimas sobre la toalla fría.

Tengo que separarme de Chikara. Chikara era simpático, pero su carácter ha cambiado. Fui yo la culpable de que eso sucediera, ya que estaba intentando conseguir un amor que nadie podría elogiar. Si An san no hubiera hecho nada, estoy segura de que habría aparecido un segundo An san para reprocharme la culpa.

Si no hubiera conocido a Chikara, si me hubiera separado de él mucho antes, no estaría así.

«Kinako, ese hombre, Niina, te hará llorar».

De pronto recordé las palabras de An san. *Claro. Aquella fue la última conversación que tuve con An san. En aquel momento ya sabía que Chikara tenía una prometida. Por eso me advirtió. Pero ¿qué le respondí? Ah, eso. «Es una buena persona. Es muy bueno». Estaba borracha y lo repetía como una idiota. Si hubiera estado sobria y hubiera hablado más con An san, no habríamos llegado a esto. ¿Y luego? ¿De qué hablamos?*

«Oye, An san. Mira… A ver, ¿te gusto?».

«Me importas hasta el punto de rezar por tu eterna felicidad, Kinako».

De pronto, aquella conversación que había olvidado por completo revivió con claridad y contuve el aliento. Lo entendí de inmediato. *Ah, claro. Dijo eso. Entonces, ¿son esta serie de actitudes su forma de rezar por mi felicidad? No está reprochando mi culpa. Todo esto es para hacerme feliz, sin que le importe cómo le miran.*

Me caí sentada delante del fregadero. Un imparable temblor había comenzado a crecer desde mis pies. *¿No es cierto que he cometido algo irreparable?*

—Chikara llevaba siempre los informes sobre An san en su bolsa de trabajo. Así que conseguí leerlos aprovechando un momento de descuido. Como esperaba, allí estaba anotada la dirección postal de An san.

Saqué una foto con el móvil sin que se diera cuenta y puse los informes donde estaban guardados, como si no hubiera pasado nada. La dirección de An san se encontraba un poco lejos, pero no era una distancia que no pudiera cruzar. Aunque estaba medio encerrada, podía salir cuando Chikara se iba a trabajar. Así que decidí hacerle una visita a An san. *No me importa que Chikara me pegue si se entera de*

que le he visitado. Tengo que ver a An san lo antes posible.

—Quería pedirle perdón a An san por lo que había sucedido hasta entonces. Luego, tenía la intención de decirle que me separaría de Chikara. Aunque me gritara que ya era demasiado tarde, pensaba hacerlo a cualquier precio.

An san vivía en un apartamento viejo. Me atreví a tocar el timbre, pero no contestaba. Al agudizar el oído, oí un chorro de agua a lo lejos, así que pensé que estaría utilizando la bañera. Decidí esperar en la entrada, pero el chorro no dejó de sonar. Cuando empecé a sospechar que podía estar pasando algo raro, llegó una mujer con el pelo canoso. Era la madre de An san. Extrañada, me preguntó qué clase de trato tenía con él. Cuando le dije que era su amiga, se mostró aliviada.

—La madre de An san se había quedado a dormir en un hotel cercano y me dijo que regresaría a Nagasaki con su hija ese mismo día. Comentó que su hija se sentía agobiada al vivir sola en una ciudad tan grande y, con una expresión apurada, dijo que la ayudaría a reposar mirando el mar.

Ella tenía la copia de la llave y abrió la puerta. El chorro de agua que se oía en la lejanía aumentó su volumen y su madre gritó «¡Anzu!» al fondo del cuarto, pero no hubo respuesta.

«¿Está en el baño? No hacía falta que se bañara ahora. Espere un momento».

Su madre fue hacia el baño suspirando. Mientras tanto, miré el interior del pequeño piso por encima sin demasiada curiosidad. No había nada, porque se iba a mudar. Sólo algunas cajas de cartón tiradas. Me llamaron la atención dos sobres blancos puestos con pulcritud sobre una mesa vieja de oficina, uno de los pocos muebles que quedaban. Cuando di un paso hacia ellos, escuché un grito.

—Su madre había ido al cuarto de baño y dio un grito. Cuando fui corriendo…, An san estaba muerto en la bañera.

El interior del cuarto estaba totalmente empañado. La ducha seguía echando agua caliente sin cesar. Allí estaba An san, en la bañera bermellón teñida de sangre. Su madre se había vuelto loca y procuraba sacar a An san mientras yo permanecía atónita de pie. La mano que continuaba sangrando cayó por su propio peso. «¡Anzu! ¿Por qué? ¿Tanto te dolía? ¡Te dije que mamá te curaría tu enfermedad! ¿Por qué haces esto?», gritó su madre llorando, empapada en rojo por la sangre de An san.

Después vino la policía y una ambulancia, y se formó un gran alboroto. La madre de An san gritaba mientras cubría el cuerpo de An san con una toalla de baño. «¡Es una chica! ¡No la miréis, por favor! ¡Llamen al menos a una mujer!». Por mucho que el agente le dijera que no tocara el cadáver, se abrazó a An san y no quería apartarse de

su lado.

Miharu suspiró profundamente. Se levantó despacio y abrió la nevera. Quedaba sólo una lata de cerveza de las del día anterior. Miharu la sirvió hasta la mitad en dos vasos del hotel de la habitación. Me pasó uno y se sentó a mi lado en silencio. El calor que transmitía me tranquilizaba.

—La madre de An san era una persona muy sencilla y amable. Simplemente, no era capaz de aceptar que el corazón de su hija era el de un hombre. O, más bien, creía que An san padecía una enfermedad mental. No paraba de repetir que se curaría con medicación y pasando una temporada relajada en el pueblo.

Le dije que era una persona muy importante para mí y que me gustaría despedirme. Me quedé al lado de su madre para cuidar de ellos durante esos momentos. El cadáver de An san estuvo retenido durante dos días, ya que lo habían enviado para hacer la autopsia. Mientras tanto, busqué una empresa funeraria. La madre de An san se había convertido en una cáscara, pero entre sollozos me decía que no quería avisar a nadie, así concretamos un pequeño funeral familiar.

—Después de que volviera el cadáver, su madre y yo nos despedimos a solas de An san. La mujer se había dedicado con esmero a maquillar el rostro de An san.

Con sólo recordarlo, mi corazón se resquebraja. Su madre afeitó la cara de An san, que llevaba un poco de barba, y aplicó una base de maquillaje para ocultar lo afeitado. Dibujó sus cejas, le dio colorete y pintó los labios. Pidió al encargado de la empresa que ocultara su pelo corto y que llenara de lilas blancas el ataúd. An san parecía una novia cubierta con un velo blanco. Al ver su imagen, se derrumbó llorando. «¿Por qué sólo me has mostrado esta imagen después de morir? ¿Por qué? ¡Por qué!».

—A medida que la miraba, entendí muy bien por qué An san no había podido salir del armario. Mi corazón no podía dejar de sufrir. Estoy convencida de que An san sufrió mucho por eso.

La noche del velatorio, la madre de An san se durmió al lado del ataúd, como si estuviera agotada por haber estado llorando sin descanso. Sentí muchísima lástima al ver su cara consumida por aquellos días. Me asomé al ataúd después de cubrir a su madre con una manta. Encontré una hermosa mujer muy parecida a su madre. No podía creer que fuera An san. Pensé que a él no le gustaría que lo vieran así. Contemplé un rato el rostro de An san y cerré la ventanilla del ataúd. Luego cogí los dos sobres que había encima del féretro.

Eran los que había puesto sobre la mesa de oficina de su apartamento. Eran su testamento. Uno estaba dirigido a su madre, y me dejó leer lo que ponía dentro. Había escrito unas palabras de disculpa.

Lo siento, he sido una hija incompleta. ¿Cuántas veces te he hecho sufrir? No hay forma de contar las veces que te causé lágrimas innecesarias por mi incapacidad de vivir como una chica. Supongo que te atormentaba haber dado a luz una hija como yo, pero por mi parte he tenido la suerte de haber nacido como tu hijo. ¡Ojalá pudiera renacer como hijo tuyo en la próxima vida! Hazme el favor de darme a luz. Pero esta vez naceré como un hombre. Voy a nacer con un cuerpo corpulento para poder ayudarte con todo, y con una mente firme para que te sientas tranquila. Te prometo que jamás haré que estés triste. De modo que te pido mil disculpas por la ingratitud con la que te he pagado en esta vida.

An san había sufrido mucho. Llevaba tiempo atormentado por la separación entre su cuerpo y su mente, y por aquel dilema que no podía confesar a su madre. Estaba desbordado por su corazón insalvable y las repetidas disculpas.

Ante aquellas palabras, pronunciadas como si se hubieran tallado en su alma, su madre no paraba de repetir: «Me está acusando de no haberle podido dar a luz como debía ni haberle criado bien. Es mi culpa. ¡Ah! ¡Ojalá pudiera darle a luz de nuevo! Entonces, ¡no le habría criado de esta manera!».

No pude decir nada. ¿Qué podría decir yo, con mi aire de superioridad, que no sabía nada en absoluto del sufrimiento de An san, ni siquiera una ínfima parte?

El otro testamento era para Chikara. Sin embargo, la policía lo había investigado y ya estaba abierto. Su madre lo dejó tirado, diciendo que no tenía valor para leerlo. Lo abrí despacio.

Distinguido Chikara Niina:

Me imagino que se encuentra sorprendido de que esta misiva sea para usted. Me siento un poco mal, pero hágame el favor de acompañar durante unos momentos la voz de alguien que va a morir.

Permita que Kiko se separe de usted, por favor. Si no puede, y todavía cree que usted es su alma gemela, mire sólo a Kiko y protéjala sólo a ella. Supongo que usted ya lo sabe, pero Kiko carga con un pasado muy doloroso. Tiene una gran carencia de cualquier recuerdo afectuoso. Ella necesita una memoria insustituible en la que se sienta cubierta y satisfecha por alguien, tanto en su cuerpo como en su mente. De lo contrario, el mar de su corazón nunca se llenará, por mucho tiempo que transcurra.

Aunque usted deposite su pérfido amor en ella durante sus ratos libres, eso sólo calma la sequedad durante un segundo. La soledad que alberga en el fondo jamás se borrará. Tal vez aumentará esa soledad.

Por eso, le ruego que esté frente a frente con Kiko y le aporte la mejor felicidad. Elija si quiere ser su alma gemela o buscarla por ella. Le estaré muy agradecido por cualquiera de estas opciones que decida elegir.

Como dijo usted, soy una persona imperfecta. No dispongo de un cuerpo robusto como el suyo con el que pueda abrazar a Kiko, ni tampoco tengo la fuerza necesaria para protegerla. Quizás tampoco sería capaz de enseñarle un mundo amplio. No estoy seguro de poder llenar ni su mente ni su cuerpo. Incluso, si deseara hacerlo, acabaría haciéndola sufrir. Estoy en total acuerdo con su opinión de que Kiko ha de estar al lado de una persona sin ningún defecto. Debe ser una persona satisfecha mental y físicamente para poder

sostener a aquella que todavía se encuentra en un estado inestable.

Estoy contento de haber podido salvar a Kiko. Pronto llegará mi turno de convertirme en un personaje de su pasado. Así que me iré sin decirle nada a Kiko. Si Kiko llegara a enterarse de mi muerte, dígale que he muerto por lo necio y lo débil que era.

Haga el favor de hacer feliz a Kiko. Se lo ruego a cambio de mi vida. Le presento, además, mis disculpas por todas las molestias que le he causado.

La carta estaba escrita con una letra perfecta y ordenada. Me dejó sin palabras. Aquella carta destinada a Chikara rebosaba del amor que An san sentía hacia mí. An san me quería más que a nadie. Incluso antes de su muerte, sólo deseaba mi felicidad.

—El motivo por el que An san se limitaba a esperar sin decirme nada era porque tenía la intención de salir del armario sólo cuando yo le mirara con mi propia voluntad. Si hubiera escogido a An san como mi alma gemela, estoy segura de que me lo habría contado todo.

La mano con la que sujetaba el vaso estaba temblando. Miharu puso su mano sobre ella.

—Pero creo que An san trató de hacerme llegar su voz durante todo ese tiempo. No hacía más que repetir que me diera cuenta y que le mirara. Pero no me daba la menor cuenta… Le hice daño, y al final le dejé morir.

Pude rastrear sus gritos en cualquier instante: en las conversaciones más triviales o en una llamada nocturna.

An san también era una ballena que levantaba su voz de 52 hercios. Seguro que cantaba desesperadamente alzando la voz, pero yo era incapaz de escucharla. Me había dirigido hacia una voz grande y fácil de entender en el mundo al que me había guiado An san.

—Me gustaría que me lo hubiera dicho. Si me hubiera dicho: «Kiko, yo soy tu alma gemela», podría haber asentido. Para mí habría sido suficiente dormir al lado del cuerpo de An san. Lo creo de verdad. Pero en ese momento estaba loca por las cosas nuevas que encontraba y no podía escuchar la voz de An san. ¡Qué idiota…!

Tenía ganas de gritar y llorar, pero me reprimí. Miharu apretó con más fuerza su mano. Mientras sollozaba mordiéndome los labios y conteniendo la voz, Miharu dijo: «An san se quería marchar sin decirte nada porque no quería hacerte llorar así. An san no podía compaginar tu felicidad con la suya, y sólo encontró esa manera».

—Morir solo en aquel lugar no tiene nada que ver con la felicidad.

Murió en una bañera pequeña. Se marchó y solo dos personas se despidieron de él. *¿Dónde está la felicidad?* Hizo llorar a su madre y se fue con una figura diferente a la que él tenía. *¡Ése jamás fue su deseo!*

Parecía que me había mordido demasiado los labios porque noté un sabor a sangre. Miharu dijo:

—Respira. Estás conteniendo la respiración. Eso no está bien.

Al exhalar, me atraganté por el cambio radical de oxígeno. Tosí con

fuerza. De pronto, Cincuenta y Dos se dio la vuelta dormido. Me sequé las lágrimas tratando de controlar mi respiración para no despertarlo. Me mojé la garganta sorbiendo la cerveza tibia y respiré hondo.

—Después de haberme despedido de An san, regresé a casa con el testamento destinado a Chikara. Chikara estaba en el piso. Nada más verme, se lanzó hacia mí.

Pensaba que me mataría. Me propinó un golpe en la sien y me derrumbé. Al caerme, salió sangre por la nariz y se dispersó por toda mi cara. Chikara me levantó agarrándome por el cuello y me preguntó en voz baja: «¿Dónde estabas? ¿No te dije que te quedaras en casa? Seguro que fuiste a por él».

Me dolían la sien y la nariz. La sangre que corría por mi nariz entraba en mi boca y me atragantaba con el sabor a hierro. Chikara me gritó en el oído: «¡¿Sabes lo que estás haciendo?!». Noté un dolor en el tímpano. En algún punto de mi cabeza pensé que era como un silbato de alarma.

«Te marchaste sin permiso, y ni siquiera me has llamado durante varios días. ¿Crees que soy tonto?».

«Mierda», dijo y soltó las manos. Todo mi cuerpo temblaba por el dolor y el miedo. Me caí al suelo manchado de sangre.

«Ah, vale. ¿Te gustó tanto? Ja, ja, ¿qué clase de polvo echaste con un artículo incompleto?».

«¡Qué bueno tiene que ser el sexo lésbico!». Se rió de manera pervertida y se me saltaron lágrimas, que pensaba que ya se habían secado por completo. *El hombre al que amaba no diría estas cosas. Pero fui yo la que hizo que fuera así. También fui yo la que dejó morir a aquella persona.*

«An san murió».

Dije tosiendo por el sabor de la sangre. Sorprendido, Chikara dijo: «¿En serio?».

«Se suicidó. Lo encontré yo».

Se oyó una risa. Dirigí la mirada moviendo los ojos y encontré a Chikara partiéndose de risa. Entretenido, se retorció y rió con una expresión repugnante. *¿Estoy teniendo una pesadilla?*

—Le di el testamento que An san había escrito para él. En cuanto lo cogió, fue a la cocina y encendió el fuego.

No me lo podía creer. *¿Por qué ni siquiera quería leerlo?* Apresurada, le agarré, pero Chikara me arrojó y puso el testamento encima del fuego. El sobre empezó a inflamarse. Chikara lo tiró al fregadero. El último deseo de An san se convirtió de inmediato en carbón sobre el fregadero de color plata. Fui corriendo a recogerlo, pero aquellas cenizas que todavía conservaban el calor se deshicieron. Fue horrible.

—Chikara rió, «¡Qué gusto!», y dijo: «¡Se acabó!». Su sonrisa era tan horripilante que pensé en matarlo, así que cogí un cuchillo.

Al mirarme coger el cuchillo afilado, Chikara tensó la cara. Puse el cuchillo delante de mi barriga antes de que alargara su brazo diciendo: «¿Qué haces?». Se dio cuenta de que iba en serio y dio un paso atrás.

—Armé un alboroto enorme agitando el cuchillo y gritando «¡Te mato!». Chikara se quedó pálido y me gritó que lo dejara. Fue sólo en aquel momento cuando lo vi con una expresión insegura. Quería matarlo a toda costa. Pero no fui capaz.

Quizá era porque él había jugado al rugby o porque yo era torpe. Chikara esperó el momento oportuno y trató de arrancarme el cuchillo de la mano. Tras un forcejeo, el cuchillo pasó a manos de Chikara y, en algún momento, se hundió en mi barriga.

—Chikara gritó. Pensé: «Voy a morir», y me caí.

—… Si no recuerdo mal, Niina san no sufrió ninguna herida, ¿verdad? —dijo Miharu como si le diera rabia.

Me reí en voz baja, «ja, ja, ja».

—Claro que no. Es que a quien yo quería matar era a mí. Tenía el filo del cuchillo apuntando hacia mí.

La mano que Miharu había puesto sobre la mía se movió por el susto.

Todo fue por mi culpa, tanto la manera en la que Chikara había cambiado como la muerte de An san. Por eso quería matarme. *¡Que se muera esta idiota!*

—Si no lo hubiera hecho entonces, habría acabado suicidándome en algún otro lugar. Me sentía tan destrozada por la culpabilidad que no podía seguir adelante. Pero aquel pensamiento obsesivo, «tengo que morir», se eliminó por completo como si hubiera sido una mentira por haber estado a punto de morir.

Podría ser porque me había sentido tan cerca de la muerte. Cuando me desperté y miré al techo del hospital, no albergaba el menor deseo de la muerte. Sólo tenía la sensación de que una parte de mis emociones había muerto.

—A partir de ahí, Miharu, ya sabes qué pasó. No tenía ganas de contarle la verdad a todo el mundo. Por eso me inventé que Chikara me había engañado haciéndome creer durante un tiempo que iba a casarse conmigo. Dije que me cabreé y que armé un jaleo enorme cuando Chikara me propuso la opción de ser mi amante. Al final me apuñaló. Así lo inventé.

El vecino de al lado oyó cómo me gritaba Chikara y el ruido del forcejeo. Tras escuchar mi grito: «¡Para! ¡No lo quemes!», llamó a la policía a toda prisa. Me dijeron que la policía llegó al piso casi al mismo tiempo que me había caído. Chikara dijo que fue él quien me había apuñalado y la policía se lo llevó en el acto.

En cuanto recobré el conocimiento, vino el padre de Chikara junto

con su abogado y me ofrecieron arreglar el asunto entre nosotros. Me ofrecieron una cantidad desorbitada de dinero. Lo acepté y firmé los papeles. Sin embargo, dije que no quería el dinero. Su padre era igual de corpulento que su hijo, y me rogó haciendo una reverencia que cogiera el dinero y me mudara lo más lejos posible. «Mi hijo ha cambiado desde que la conoció. Incluso ahora sigue insistiendo en seguir con usted y no nos hace caso. Si la cosa sigue así, estoy seguro de que volverá a suceder algo parecido. Por eso, váyase lejos».

Mi amor a Chikara desapareció por completo al mismo tiempo que el deseo de morir. Sólo quedaba un recuerdo en el que me volvía loca y me entregaba de lleno como una flor seca. Aunque me hubiera encontrado de nuevo con Chikara, lo único que sucedería es que se caerían esos pétalos. Entonces llegamos a un acuerdo y recibí aquel dinero.

—Utilizando aquel dinero como sustento, me mudé a Ōita, donde había vivido mi abuela. Mi segunda vida había terminado con la muerte de An san. Por eso tenía la intención de comenzar una tercera vida, con mi propia voluntad, donde no me conociese nadie…

Parecía que había hablado demasiado. Notaba la garganta muy seca. Terminé el resto del vaso y respiré un poco.

—Aunque me despedí de An san, todavía no puedo creer que ya no esté. A pesar de que haya desaparecido por completo, si pasa algo, no puedo evitar llamarle. Me agobia mucho el solo hecho de pensar que ya no está. Aun así, ¿por qué yo a An san…?

Me lo había preguntado muchísimas veces. *¿Por qué dejé morir a An san? ¿Por qué no pude escuchar la voz de la persona que escuchaba mi voz? An san murió en la desesperación por mi culpa. Es una culpa inexpiable que voy a cargar a mi espalda toda la vida.*

Miharu me abrazó. Mientras me abrazaba con tanta fuerza que no me dejaba respirar, dijo: «Fue muy duro para ti, y te ha dolido todo este tiempo. Gracias por contármelo. Dame la mitad de tu dolor, Kiko. Aunque siempre me reía con vosotros dos, a mí me dolía no haber podido hacer nada. Me arrepentí durante mucho tiempo de haberos acusado sin saber nada. Por eso, dame la mitad de tu dolor. Si lo llamas culpa, déjame cargar con la mitad de esa culpa».

Las dos lloramos abrazadas.

Notas

37. Véase nota n.º 30, p. 122.
38. Caldo básico de la cocina japonesa que se elabora con alga kombu y katsuobushi (alimento preparado con atún o bonito seco, fermentado y ahumado).
39. «Acechador».

7. El encuentro en un lugar remoto

Al día siguiente partimos desde Kokura. Hicimos un transbordo y regresamos a Ōita. Miharu, que tenía los párpados un poco hinchados, vio el mar y los cúmulos al otro lado de la ventana del tren y se rió.

—Es verano.

Yo también tenía los párpados hinchados y solté una carcajada.

—Lo es. —Y asentí con la cabeza.

Me encontraba un poco más despejada tras mi confesión a Miharu. Todos aquellos sucesos se habían inflado sin cesar y estaban a punto de explotar dentro de mí, pero gracias a Miharu tuve una fuga controlada. Eso no significaba que mi cargo de conciencia y la sensación de la pérdida hubieran desaparecido. Ahora se habían reducido a un tamaño que podía sostener sin ayuda.

Además, en estos momentos tenía que pensar en Cincuenta y Dos más que en nadie. No podía contar con Chiho san ni con sus familiares. Llevar a Cincuenta y Dos a un lugar con quien pudiera estar tranquilo iba a resultar mucho más complicado de lo que esperaba.

¿Lo único que me queda es consultar con la policía y la administración pública, y confiarles su custodia a ellos? ¿Ésas son las medidas que me quedan?

Cogimos un taxi desde la estación y volvimos a casa. Sólo habíamos estado fuera dos días, pero se me escapó:

—¡Ya estoy en casa! —Parecía que le había cogido cariño a esta casa vieja—. Primero ventilaremos la casa. Cincuenta y Dos, ¡vete a abrir las ventanas!

Miharu le dio indicaciones y Cincuenta y Dos se movió en silencio. Al ver el buzón de refilón, encontré una tarjeta de visita. Al cogerla, descubrí que era de Muranaka. En el otro lado había escrito: «Espero que se ponga en contacto conmigo con toda urgencia».

—¿Qué será?

Aunque ponía «contacto», no disponía de ningún medio para comunicarme con él. Tras pensar un rato, le dije a Miharu:

—Déjame tu móvil.

Cuando le dije que quería telefonear, mientras me pasaba su smartphone, dijo en un tono de enfado, como si se hubiera acordado

de algo:

—¡Contrata una línea de móvil por lo menos! —No me puedo creer que dieras de baja el móvil. ¡Es el colmo de la incomodidad!

No podía negar que era incómodo. Respondí:

—Perdona, perdona.

Y marqué el número que había anotado en la tarjeta. Después de unas llamadas, escuché la voz de Muranaka. Cuando me presenté, me preguntó de inmediato:

—¿Dónde estás? ¿No estás en casa, verdad?

—¿Qué? ¿Sólo eso?

¿Había venido a visitarme, se dio cuenta de que no estaba y me dejó un mensaje? Me quedé con la boca abierta pensando que era innecesario añadir lo de «con toda urgencia».

—Mishima san, dicen que has secuestrado a un niño —dijo Muranaka rápidamente. Shinagi sensei va por ahí diciendo que han secuestrado a su nieto.

—Ya lo sabía —se me escapó.

La verdad es que estaba dentro de las previsiones. Tenía la sensación de que pasaría esto. Muranaka continuó en un tono aturdido:

—¿Por qué me lo estás contando con tanta calma? Sé que no eres la clase de persona que puede llevar a cabo algo tan violento como un secuestro. Te encuentras en problemas, ¿no?

—Muchas gracias por decírmelo. A ver, ¿qué hago?

Medité, rascándome la cabeza. Parecía que Miharu y Cincuenta y Dos se habían percatado de que mi actitud no era normal y se aproximaron. Dado que Miharu inclinó la cabeza, dije:

—Parece que me han convertido en una secuestradora.

La expresión de Cincuenta y Dos cambió en un instante. Miharu dijo:

—Ya. Pensé que podría ocurrir algo así. —Miharu torció el morro y preguntó—: ¿Qué hacemos?

Pensé un rato y le pregunté a Muranaka, que no paraba de repetir «¿Qué está pasando?» al otro lado del teléfono.

—Oye. ¿Puedo contar contigo?

Enseguida hubo respuesta:

—Quiero que cuentes conmigo. Cuenta conmigo. Me fío más de lo que tú me cuentes, Mishima san.

—… Venga, vente a mi casa ahora mismo. ¡Que no te vea nadie!

Tras terminar la llamada, les enseñé a los dos la tarjeta de visita que estaba en el buzón.

—Llamé a una persona conocida de aquí. Se llama Muranaka, y creo que es una persona de fiar.

—Nos dirá los detalles cuando llegue, pero parece que el abuelo de Cincuenta y Dos está armando jaleo en el pueblo diciendo que le he

secuestrado.

—Hum. No es su madre. Por lo que recuerdo, su abuelo también ignoraba de lleno a Cincuenta y Dos, ¿verdad?

Cuando Miharu preguntó, Cincuenta y Dos asintió con la cabeza y sacó la libreta del bolsillo del pantalón vaquero. Escribió con brusquedad: «Basta. Volveré y ya está, ¿no?».

—¿Qué quieres decir con «basta»? No vuelvas a hacerlo. A ver, no está bien que pierdas toda esperanza. No llamé a Muranaka porque perdí la esperanza. No tengo ninguna información de tu entorno. Sobre este punto, Muranaka está al corriente, porque es una persona local que lleva aquí mucho tiempo. Puede que nos dé algunas buenas ideas. ¿Vale?

Cogí la libreta de la mano de Cincuenta y Dos y la cerré. Luego la puse de nuevo encima de la palma de su mano. Frustrado, Cincuenta y Dos la guardó en el bolsillo.

—¡Ah, eso! Es un poco chungo que descubran que hemos vuelto a casa. Vamos a cerrar la puerta con llave. El portón…, ¿lo hemos cerrado?

Miharu se dirigió a la entrada, pero antes de irse, acarició a Cincuenta y Dos en la cabeza.

—Dicen que cuando se juntan tres personas se obtiene el conocimiento de la *bodisatva* Monjyu.[40] Tres adultos se van a unir. ¿Cómo podríamos dejar que llores delante de nuestras narices? ¡No te preocupes!

Enmudecido, Cincuenta y Dos desapareció al fondo.

Veinte minutos después de la llamada llegó Muranaka. Tocó la puerta dubitativo, así que la abrí con sigilo. Entonces entró como si se deslizara. Cerré enseguida la puerta con la llave. Alegre, Muranaka se rió.

—¡Me he puesto un poco nervioso!

—¿Qué es eso? —dije boquiabierta, y me contestó sin ningún cargo de conciencia.

—Es como si entrara en una base secreta.

No estaba segura de que ese hombre entendiera la situación, pero pensé de nuevo que lo mejor era que dijera «Vamos a la policía» en tono serio.

—De todos modos, entra.

Acompañé a Muranaka al salón. Miharu soltó un grito desorbitado.

—¡Es un hombre! Estaba convencida de que era una mujer. Es que aquí pone Maho.

—No, soy un hombre. También se puede leer Mahoro. Me lo puso mi bisabuelo, que era pescador… ¿Qué te importa, verdad? Ah, pues encantado.

Muranaka bajó la cabeza y Miharu contestó:

—Ah, me llamo Miharu Makioka. Soy su amiga desde el instituto.

Le metí prisa a Muranaka, ignorando esa conversación.

—Explícanos la situación. ¿Qué está pasando ahora?

—Ah. Esta mañana vino Shinagi sensei a mi casa y me dijo que su nieto no estaba. Kotomi dijo que se lo había llevado una mujer joven de la casa encima de la colina. Entonces, cuando Shinagi san vino aquí, no encontró a nadie. Por lo tanto, va diciendo por ahí que Mishima san se ha llevado a su nieto y que han desaparecido… Que lo secuestró.

—¿Por qué Shinagi san fue a casa de Muranaka?

—Parece que mi abuela le contó a todos los de la asociación de mayores que yo me había encargado de los arreglos de esta casa. A ver… En plan, como que su nieto estaba siendo embaucado. Además, alguien de la asociación vio que estábamos comiendo juntos. Por eso creyó que Mishima san y yo estábamos saliendo.

No recuerdo que le embaucara y, ¿qué clase de cultura interpreta que, por comer juntos, ya estemos saliendo? Mi expresión debía ser de disgusto. Al mirarme, Muranaka encorvó la espalda.

—Lo siento. Mi abuela cree que les molo a las chicas. Es una abuela insensata.

—Eso me da igual. ¿Ha ido ya a denunciar a la policía?

—No, dijo que esperaría un poco. Sólo quiere que vuelva su nieto.

Miharu y yo nos miramos.

Quien va a tener un problema si interviene la policía va a ser él.

—Entonces, ¿me puedes explicar la situación? ¿Qué está pasando? ¿Dónde está el hijo de Kotomi?

Muranaka echó un vistazo a la habitación y dije:

—Ven. No te preocupes. Esta persona no te hará daño.

Se abrió la puerta corredera y, cohibido, Cincuenta y Dos se asomó desde el cuarto contiguo. Quizás por los nervios, estaba pálido e inexpresivo. Muranaka levantó la voz.

—¡Jo! A Kotomi… Te pareces mucho a tu madre cuando era joven. Soy Muranaka, encantado. ¿Y tú…? Ah, no puedes hablar, ¿verdad?

Contesté en su lugar:

—No. Sobre su nombre, por ahora le llamo Cincuenta y Dos. —Muranaka se mostró extrañado, pero no me preguntó más detalles. A cambio, esbozó una sonrisa.

—No soy mala persona. Por eso no hace falta que te pongas en alerta. Pero, si te da miedo, quédate detrás de Mishima san. No habrá forma de que pueda cogerte ahí.

Cincuenta y Dos corrió y se sentó detrás de mí. Cuando vi que Cincuenta y Dos ya estaba cómodo, pregunté:

—Estás muy acostumbrado a los niños.

Muranaka confesó con tristeza:

—El hijo de mi hermana es muy extraño con los desconocidos. Dice que soy como una muñeca de papel de tigre, y siempre llora. ¿Qué es una muñeca de papel de tigre? No entiendo la forma de pensar de los niños.

Ante las palabras de Muranaka, Miharu se partió de risa.

—Dejemos eso y vayamos al grano. Mira, no quiero entregar a este niño ni a Kotomi san ni a Shinagi san —dije con claridad. Muranaka puso cara seria—. Kotomi san ha estado maltratando a este niño durante mucho tiempo, y Shinagi san se hacía el sueco. Hace un par de días, por la noche, este niño vino corriendo aquí para pedirme ayuda, a mí, que me había conocido por casualidad. Le había tirado el ketchup por toda la cabeza.

—Maltrato…

Muranaka abrió los ojos como platos por el asombro y dirigió la mirada a Cincuenta y Dos, que estaba detrás de mí. El chico me agarró por el borde de la ropa. Le expliqué que había comenzado a comunicarme con él después de haberme enterado de que podíamos conversar mediante el papel y que había informado a Kotomi de que me encargaría del niño. Luego le conté que los tres habíamos ido a Kitakyūshū. Al parecer, como Muranaka conocía a Kotomi desde hacía tiempo, era demasiado impactante para él. Cada vez intervenía menos. Ya no se mostraba tan relajado como hacía un rato.

Tras contárselo todo por encima, Miharu preparó té frío de cebada para todos. Cuando lo puso delante de Muranaka, se lo bebió de golpe haciendo ruido con la garganta. Después, Muranaka miró a Cincuenta y Dos como si hubiera tomado una decisión.

—No es que no crea lo que me ha contado Mishima san —dijo como preámbulo—, sino que no me lo puedo creer, no, no me lo quiero creer. Pero aunque no quiera, pienso que no puede ser cierto.

Me volví y miré a Cincuenta y Dos. De pronto, Cincuenta y Dos se levantó rápidamente y se quitó una de mis camisetas que llevaba puesta. Había moretones en varios sitios. Miharu desvió la mirada, y Muranaka frunció el ceño. Dejó caer la cabeza sin fuerza.

—Lo siento. Siento haberte obligado a hacer algo tan horrible.

Cincuenta y Dos se puso la camiseta en silencio. Pregunté:

—Ahora que has visto eso, ¿te lo puedes creer?

Muranaka afirmó con la cabeza, agarrando el vaso de cristal que estaba en su mano.

—Sí. Si uno ve que este niño se porta tan bien, nadie puede dudarlo. Shinagi sensei decía que es un niño salvaje e inmanejable. Es un niño sin esperanza que no puede comprender palabras ni nada… Ah, claro.

Mientras lo decía como si hablara consigo mismo, volvió en sí. Luego esbozó una sonrisa amarga.

—Mishima san, te lo habría contado antes. En ese momento, te

hablaba de manera un poco diferente, pero si te soy sincero, Shinagi sensei era muy frío con los alumnos con defectos. —*Ya lo sabía. Me daba esa sensación*—. Después de la graduación, su comportamiento cambiaba, así que mis colegas y yo estábamos convencidos de que aquello se debía a que pensaba en nosotros. Pero uno que se marchó del pueblo dijo: «Ese tío es… como un maniático de la limpieza. Quiere ver sólo lo que está limpio, y no soporta que haya suciedad al alcance de su vista. Si esa suciedad que hay ante sus ojos desaparece, ya no le importa. ¡No le perdonéis lo que nos hizo!».

Si Shinagi sensei fuera ese tipo de persona, no sería difícil imaginar que no podía aceptar a Cincuenta y Dos, un niño con una disfuncionalidad en el habla, como su nieto.

Pero, aun así, ¿se hace el sueco ante el hecho de que su hija lo está maltratando?

—Humm. Pero Kotomi san, que era una buena alumna, se quedó embarazada cuando estudiaba en el instituto y se fue del pueblo, ¿no? ¿Pudo aceptar eso?

Si su hija se hubiera quedado embarazada siendo una estudiante, le habría exigido que abortara. ¿Le haría dejar de estudiar delante de sus narices?

Me extrañaba. Muranaka dijo:

—Quizás mi abuela sabe algo de ese tema. Se jubiló con ochenta años, pero ella se encargó de la presidencia de la asociación durante mucho tiempo. Ella lo sabe todo sobre este pueblo.

No sabía que la abuela de Muranaka, que era el origen de los rumores, tuviera esa clase de experiencia.

Pero ¡qué estrechas o apiladas son las relaciones de esta área!

Muranaka comenzó:

—¿Le pregunto a mi abuela? Mi abuela conoce a la exmujer de Shinagi sensei, la madre de Kotomi. Su madre era maestra de primaria, y nunca hubo un rumor negativo sobre ella. Al parecer, era una buena persona. Yo no la conozco bien, ya que no iba a sus clases.

—Hum… ¿Sería la abuela de Cincuenta y Dos? ¿Cuándo se divorciaron?

—No me acuerdo de nada. No mostraba mucho interés en Kotomi —dijo como si lo sintiera y se rascó la cabeza.

¿Puede que su abuela materna sea una buena persona, como lo fue su abuela paterna?

Tras meditar un rato, tomé la decisión. No servía de nada seguir pensando y le dije a Muranaka:

—¿Nos dejas conocer a tu abuela? Tengo que buscar un lugar en el que este niño pueda estar tranquilo. No hay tiempo para darle vueltas a eso. Déjame ver a tu abuela. Quiero que me lo cuente directamente.

Sorprendido, Muranaka contestó balbuceando:

—Pero, de hecho, mi abuela habla mal. Es posible que te sientas ofendida. Si eso no te importa…

—Ningún problema. Oye, Muranaka, llévanos a tu casa.

Volví a pedírselo. Muranaka asintió con la cabeza.

—Creo que mi abuela es fuerte cuando se pone de tu lado. No sé cómo irá la cosa, pero vamos.

Cincuenta y Dos tiró mi ropa. Al ver su cara de ansiedad, le tranquilicé:

—Todo irá bien. —Y sonreí.

La casa de Muranaka estaba al otro lado del Kondō Mart. Era una casa tradicional, con un firme portón. Pensé que Muranaka era todo un señorito. Miharu lo verbalizó y Muranaka dijo:

—No, mi familia es antigua. Mi padre es un empleado de la cooperativa agrícola, y mi madre trabaja como empleada temporal en la sección de comida preparada del Kondō Mart. De día, sólo está mi abuela. Por eso creo que podemos hablar con calma.

Guiada por Muranaka, me puse delante de la entrada. Había una antigua y enorme bandera para desear una buena pesca, como si nos recibiera. Me sentí abrumada por eso. Muranaka dijo:

—Es un recuerdo de mi bisabuelo. ¡Abuela, ya he vuelto! ¡Soy Mahoro! ¿Tienes un rato?

Muranaka habló al fondo de la casa.

—¿Qué? —Se escuchó una voz grave, y luego unos pasos. Desde la penumbra apareció una abuela con el pelo rizado y teñido de morado. Llevaba un vestido largo hawaiano con dibujos de hibiscos que, sin duda, habría comprado en el Kondō Mart.

—¡Vaya personaje! —murmuró Miharu, y le propiné un golpe en el costado con el codo. Después le hice una reverencia a su abuela.

—Perdone por haberla molestado y venir sin avisar. Soy…

—Ah, eres la chica de encima de la colina, ¿verdad? Te vi una vez en el Kondō Mart —dijo la abuela antes de que me hubiera presentado. Me miró y se rió con desprecio—. Ya me lo imaginaba, eres su nieta. Todo el mundo dice que no es así, pero es porque tienen peor vista. Eres idéntica. Y, sobre todo, ¡hasta tu cara apesta a que estás metida en algún embrollo, como aquella vieja!

Me sentí ofendida por su manera de hablar. Sin embargo, no era el momento de intervenir en los incidentes del pasado entre los mayores. Su abuela se percató de que Cincuenta y Dos estaba de pie detrás de mí, como si se escondiera, y levantó su áspera voz:

—¿Por qué habéis traído a este niño aquí? Pobre, el presidente estaba muy preocupado.

—Sobre este tema, queremos consultarlo contigo —dijo Muranaka. Su abuela entrecerró los ojos y dijo:

—¿Qué pasa con tu trabajo? Eres igual que su abuelo, en cuanto

aparece una mujer… ¡Qué mal!

—El trabajo… No te preocupes de eso. De todas maneras, haz el favor de escuchar a Mishima san. Por favor. —Muranaka bajó la cabeza. Su abuela me miró. Recibí su mirada como si me estuviera evaluando. Pasado un rato dijo:

—Venid. —Se volvió y se puso a caminar despacio hacia el fondo.

Como Muranaka había dicho en voz baja «Entrad», entramos haciendo una reverencia.

—Con permiso.

Nos pasaron a un cuarto en el que había un altar budista y desde el que se podía contemplar el jardín. Su abuela se sentó en la veranda y nos indicó con la mandíbula:

—Sentaros por ahí, donde queráis. —Después se dirigió a Muranaka —. Té.

Obediente, Muranaka desapareció. Parecía que se había ido a preparar el té. Al principio me había dicho que le daría una seria advertencia a su abuela, pero pensé vagamente que aquello sería imposible viendo la situación que había entre ellos.

—¿Entonces? ¿Qué hay que consultar?

Volví a centrarme y comencé:

—Hablando con franqueza, su madre está maltratando a este niño. Su abuelo Shinagi san ve cómo su hija le levanta la mano a su nieto y es absolutamente negligente en sus cuidados, pero no le presta atención. Conocí a este niño por casualidad, pero me niego a devolverle a aquellos dos.

La abuela dirigió una mirada breve a Cincuenta y Dos, que seguía a mi lado. Estaba sentado sobre los talones y distraído mientras la anciana centraba su mirada en él. La abuela continuó:

—¿Y? —Mantenía la mirada fija en Cincuenta y Dos.

—Estoy buscando a alguien que pueda criar bien a este niño. Fuimos a buscar a su abuela y su tía paterna, ya que se habían encargado de criarle en el pasado. Pero, por desgracia, han fallecido. Ya no tiene a nadie con quien contar. Entonces, Muranaka san… me ha hablado de su abuela materna.

—¿Será Masako san? Hum —gimió la abuela. Luego sacó una caja de cigarrillos del bolsillo del vestido. Cuando intentó encender ágilmente el fuego con un mechero, Cincuenta y Dos se asustó y se escondió detrás de mí. Asombrada, la abuela miró su propia mano y a Cincuenta y Dos, que seguía horrorizado. Luego guardó la caja en el bolsillo en silencio—. Hum. Ya veo. Siempre que le preguntaba por su nieto, decía lo mismo, y eso me extrañaba. Le dije que lo trajera para que jugara aquí, como una experiencia social. Pero dijo que era imposible porque era como un mono. ¡Qué dices! Pero claro, ahora caigo. El señor presidente quiere más a su hija que a su nieto. Ju, ju —

se rió la abuela, y volvió la mirada hacia el jardín—.

»Kotomi también es una pobrecita —murmuró contemplando el jardín. Ella era muy guapa desde que nació. Su hija había nacido cuando ya tenía una edad avanzada, así que el presidente la mimaba mucho. La había criado como a una princesa. Pero Masako san procuraba educarla de manera severa. Pensaba que, de lo contrario, no sería una persona decente. Siempre discutía con el presidente. Decía que, por Kotomi, llegaba a levantarle la mano a Masako san. Fue justo después de que entrara en la secundaria. El presidente compró un móvil a Kotomi, ya que su hija no paraba de pedírselo, aunque Masako san se oponía del todo. Al parecer, siempre le había dado mucho dinero a su hija. Supongo que eso estaba mal. Nadie sabía cómo, pero conoció a un joven de Fukuoka y la pareja se fugó.

—¿¡En serio!?

Asustada por el grito, me di cuenta de que Muranaka había regresado con el té preparado. Casi se le cae la bandeja que sujetaba. Trastabilló haciendo ruido. Su abuela frunció el ceño.

—Necesitas calmarte.

Dio unos golpecitos delante de ella. Le había indicado que la pusiera allí. Muranaka, que había logrado impedir la caída de la bandeja con todo su empeño, puso dócilmente los cuencos de té con una expresión atónita.

—Creo que, al par de días, Kotomi les llamó llorando que quería volver, y el presidente y Masako san se fueron a Fukuoka a buscarla a toda prisa. No sé qué habría hecho en Fukuoka, pero no es difícil de suponer. Masako san acusó al presidente de que había llegado hasta ese punto por haber mimado demasiado a su hija. Pero el presidente se puso a la defensiva, diciendo que Masako san no la cuidaba bien. Encima, Kotomi también insistía en que Masako san no la quería. Masako san consideró que ya no podía hacer nada. Le pidió a su marido el divorcio y se fue sola.

La abuela dio un sorbo al té que humeaba desde el cuenco y suspiró. Muranaka, que ya nos había puesto el té frío de cebada, dijo:

—No me lo puedo creer. No sabía nada.

—¿Cómo te lo podrían haber contado? Si hubiéramos dejado correr el rumor, Kotomi se habría visto afectada, por lo que todos los adultos lo mantuvimos en secreto.

La abuela dio otro sorbo más y continuó:

—El presidente malcrió a Kotomi. Decía que no importaba lo que ella hiciera: él se encargaría de limpiarlo. Y se reía relajadamente. «Me encargaré de que lleve una vida sin preocupaciones». Por eso, nunca había sido regañada ni se había sentido rabiosa porque algo no fuera como ella deseaba. Pero eso es lamentable. Cuando se separó de su padre, que le protegía de todo, comprendió por primera vez que en la

sociedad existe una barrera natural. Es igual que la varicela y la parotiditis. Es muy duro aprender de mayor algo que se debería haber aprendido de pequeño. Por eso, Kotomi también es una chica lastimosa.

Aquellas palabras, que albergaban cierta compasión, me hicieron recordar el rostro de Kotomi. Aquella cara, que se mostraba tan vieja, era una prueba de todas las dificultades por las que había pasado. Aunque era nefasto que maltratara a su hijo, me dio pena.

—Supongo que Kotomi regresó aquí porque ya no podía hacer nada. Pero nadie, excepto el presidente, trata bien a Kotomi. ¿Quién quiere tratar bien a una mujer que sigue con aires de princesa a su edad? A lo mejor, ese maltrato del que hablas se debe a que ha transformado su frustración ante sus desdichas en violencia hacia su hijo.

—Me imagino que ella siempre va a querer seguir estando en la posición de ser mimada. Cuando hablé con Kotomi, no paró de repetirme que estaba convencida de que Muranaka se había enamorado de ella. Quizás estaba buscando el cariño destinado a sí misma.

—Cuando una persona recibe algo al principio, en algún momento tiene que cruzar a un lado en el que ha de darle algo a alguien. No puedes seguir recibiendo eternamente. Más aún si eres padre o madre. Pero ella no lo entiende, y creo que ya es imposible que lo haga.

La abuela habló con pesar. Aquellas palabras se me clavaron a mí también.

—Bueno, bueno, hablando de Masako san, vive en Beppu. Venga —dijo la abuela levantándose—. Todavía nos mandamos felicitaciones de Año Nuevo. Este año también la recibí. ¿A ver, dónde está?

La abuela fue al lado del altar y rebuscó en una cómoda. Encontró una caja lacada y sacó un fajo de cartas.

—Mahoro, búscala. Creo que su apellido es Ikushima.

—Ah, sí.

Muranaka recibió el fajo y se puso a buscar. En ese momento sonó algo parecido a una sirena. Debía ser el timbre de la familia Muranaka. Muranaka detuvo sus manos y fue hacia la entrada. Nos quedamos mirando de reojo el jardín. De pronto se oyeron unas voces, como una discusión.

—¡Oiga, cálmese, sensei!

—¡Qué me estás diciendo, han secuestrado a mi nieto! ¡Hikita san me dijo que ha visto a una mujer joven y un niño desconocido en tu coche!

El ruido, que parecía una pelea, se iba acercando. Cincuenta y Dos se escondió detrás de mí. Miharu se puso a mi lado y las dos sacamos pecho como si estuviéramos protegiendo a Cincuenta y Dos.

Shinagi san había venido corriendo. Tenía la cara enrojecida, y sus

hombros subían y bajaban acompañando sus jadeos. Aunque la abuela dijo con calma: «Presidente, es una falta de educación», parece que aquello no llegó a sus oídos. Shinagi san me señaló y gritó escupiendo saliva.

—¡Ya sabía que estabas aquí! ¿Tú eres Mishima san? ¡Devuélveme a mi nieto!

—Le dije a su hija que me encargaría bien de él. Me dijo que hiciera lo que quisiera —contesté en voz alta para no ser derrotada por Shinagi san.

—¡Idiota! —soltó Shinagi san. ¿Quién puede tratar a un niño como un perro o un gato? ¡Mi hija me dijo que iba a buscar a su hijo y se marchó!

¿Se marchó? Incliné la cabeza. La abuela de Muranaka preguntó:

—¿Se marchó? ¡No me diga! ¿Desapareció? —Shinagi san asintió con la cabeza y frunció el ceño. La abuela dijo en un tono estupefacto —: Presidente, eso quiere decir que ha huido con un hombre, ¿no es así? Me han dicho que últimamente hay un coche con la matrícula de Kumamoto rondando por el aparcamiento del Yoshi-ya. Supongo que será el nuevo hombre de Kotomi. Ella encasquetó su hijo a esta señorita y huyó.

—¿Qué? ¡No es posible! ¡Kotomi volverá cuando encuentren a ese niño!

—¿Para maltratarlo? —pregunté. Shinagi san me dirigió una mirada iracunda.

—¿De qué me estás hablando?

—Le pregunto si Kotomi san va a volver para maltratar a este niño. ¿Usted también quiere que este niño vuelva a ser maltratado?

Las manos de Shinagi san estaban temblando. Se dispuso a venir hacia mí. En alguna parte de mi cabeza, pensé que en aquella situación me propinaría una paliza. Llevaba tiempo recibiendo esos puños caprichosos.

Pero no me importa que me pegue si este niño que no tiene a nadie puede seguir a salvo.

—¡Kotomi no ha hecho esas cosas! Kotomi sólo le educaba.

—¡¿Y educar consiste en apagar el fuego de un cigarrillo sobre la lengua de un niño!?

Shinagi san detuvo sus pasos.

—¡Qué cruel! —La abuela agitó la cabeza.

—¡Kotomi no puede hacer algo tan inhumano! ¡Es un invento!

—He llegado a conseguir el testimonio de una persona que afirma que, por culpa de aquello, el niño no puede hablar desde que tenía tres años.

En cuanto se lo dije, Miharu sacó su smartphone.

—Si le parece, ¿le hacemos una llamada ahora mismo para que nos

lo cuente?

Shinagi san continuó:

—¡Mentira, mentira! No lo creo. ¡No puede llegar a hacer eso! —gritó—. ¡Cuántas mentiras! ¡Cállate, cállate!

Enojado, Shinagi san se lanzó hacia mí. Cincuenta y Dos soltó un grito y levanté aún más el pecho. Justo antes de que su mano envejecida me agarrara por el pelo, Muranaka sujetó a Shinagi san.

—Sí, sí, cálmese, sensei. Primero, ¿nos sentamos?

Shinagi san se retorció mientras Muranaka trataba de que se sentara.

—¿Qué, tú? ¿Tú también crees lo que dicen estas chicas? ¿No te fías ni de Kotomi ni de mí?

—Sensei, hay una cosa que nos solía decir. Una persona que habla mirando a los ojos dice la verdad. Estas chicas miran a los ojos, y usted no ha mirado a nadie a los ojos —dijo Muranaka.

Shinagi san nos miró a nosotras. Le miré directamente a los ojos. Entonces, Shinagi san desvió la mirada. Después, Muranaka sentó a Shinagi san sin esfuerzo. Había estado aguantando el aliento sin querer. Respiré un poco y miré a Cincuenta y Dos, que seguía detrás de mí. Estaba temblando.

—Todo está bien —le dije. Se había quedado petrificado abrazado a sus rodillas—. Te protegeré, pase lo que pase.

Al mismo tiempo que Cincuenta y Dos levantó sutilmente la cara y me miró a los ojos sin fuerza, la abuela preguntó:

—Presidente, tienes el número de Kotomi, ¿no? Llámala ahora mismo y dile que venga aquí. Yo me encargaré de arreglar la situación entre vosotros, así que lo solucionaremos aquí mismo. Mahoro, déjale tu móvil.

Muranaka sacó el smartphone y se lo entregó. Shinagi san miró distraído el móvil que Muranaka sostenía en la mano. Apagado, sacudió la cabeza. Encorvó la espalda y se encogió.

—¡Cómo lo sé! Dijo que necesitaba dinero para buscarlo. Reunió todo el dinero que había en casa y se fue en el coche de ese hombre. —Shinagi san bajó la cabeza. Parecía marchitarse por momentos—. Cuando traté de detenerla, aquel hombre me pegó. Kotomi, que se sentaba en el asiento de copiloto, ni siquiera me miró.

Shinagi san exhaló un suspiro tan profundo como si dejara salir su alma y levantó la cabeza. Hacía unos instantes, su cara estaba a punto de explotar. Pero ahora se había convertido en la de un viejo sin energía. El blanco de su ojo se había enturbiado con un color amarillo.

—Oiga, oiga, Muranaka san. ¿Qué podría haber hecho? Aunque la crié con mucho cuidado, Kotomi empeoró como si se hubiera caído en un agujero, no como si hubiera bajado rodando por una cuesta. Me abandonó y desapareció. Cuando por fin había vuelto, le pegaba y

daba patadas a su niño como si fuera un chucho, y le insultaba con palabras tan terribles que me daban ganas de taparme los oídos. Ah, quizás aquella no era Kotomi. Kotomi nunca huiría de mí con deshonra. Claro, será eso. Aquella tenía que ser un ser vivo muy parecido a Kotomi.

—Ésa es tu hija. Os parecéis en que no debéis criar a un niño —soltó la abuela como si no le importara—. Menos mal que Kotomi había abandonado a este niño. Quizá, un día Kotomi le habría matado. Tu preciada Kotomi habría asesinado a un niño.

Shinagi san no dijo nada.

Un rato después, Shinagi san recobró la calma. Cuando traté de hablar sobre el futuro de Cincuenta y Dos, sólo repetía:

—No lo sé. Nunca he cuidado a un niño. Mi hermana cuidó de Kotomi cuando todavía estaba viva. Pero claro, mi hermana ya no está. Además, ese, ese bicho… Ese niño es incapaz de hacer nada, ¿no? No sé qué hacer, aunque me digan que lo solucione.

Ni siquiera era capaz de pronunciar el nombre de Cincuenta y Dos. Le señalaba y decía: «Ese niño, ese niño». La abuela, que no había levantado la voz hasta entonces, gritó:

—¡Compórtate bien! ¿Con qué arrogancia permites que la gente te llame sensei si eres así de tonto? ¡No eres más que un inútil que ha abandonado a su nieto!

Shinagi san se limitaba a balbucear. Muranaka, que le había estado mirando sin poder hacer nada, se dirigió a él:

—Sensei, creo que lo mejor es que hoy regrese a casa.En un principio, habíamos decidido visitar a la madre de Kotomi. Échenos una mano sólo cuando sea necesario que actúe como tutor. Por favor.

Muranaka bajó la cabeza. Shinagi sensei afirmó:

—De acuerdo, de acuerdo—. Haré al menos eso. Pídanme cualquier cosa. Trataré de hacer algo por su bien.

—¿Está bien ese hombre? Creo que se ha vuelto loco —dijo Miharu en voz baja.

La abuela lo había escuchado y respondió:

—Ya estaba caduco. No hacía más que repetir sus fanfarronerías, o se enfadaba sacando a colación alguna pelea de hace muchos años. Se ha convertido en un problema para la asociación. Todos estábamos de acuerdo en que lo mejor es que renuncie a la presidencia. —Después añadió—: Ya es muy tarde. Es mejor que vayáis a ver a Masako san mañana. Me encargaré de ponerme en contacto con ella. ¿Puedes quedarte con él?

Agarré a Cincuenta y Dos por la mano y contesté:

—Por supuesto.

Aunque escuchó que su madre se había marchado y vio que su abuelo se iba sin dirigirle ni una mirada, Cincuenta y Dos siguió a mi

lado sin mostrar ninguna emoción. No se mostraba irritado ni triste. Sólo miraba lo que sucedía ante sus ojos. Sólo se alteró en el instante en el que temía que estallara la violencia, sólo en aquel momento.

Cuando descubrió que Chiho san había fallecido, el niño abandonó sus emociones en algún punto lejano. Lo único que hacía era seguir ahí, con una expresión como si ya no hubiera nada que le importara.

—Cariño, estarás cansado. Trata de descansar bien. Mañana, este chico te llevará a casa de tu abuela.

Cincuenta y Dos escuchó a la abuela como si le estuvieran contando algo muy aburrido y asintió con la cabeza.

Aquella noche, Cincuenta y Dos se quedó en mi casa. Miharu rebuscó en el armario empotrado y gritó:

—¡Sabía que no tenías otro futón!

Enseguida obligó a Muranaka a llevarla en coche hasta AEON y compró tres juegos de futones de verano.

—¿Por qué tres? —pregunté.

Muy calmada, contestó:

—Volveré con Takumi el año que viene. Está cerca del mar. Hay que venir aquí en verano. Oye, Cincuenta y Dos, hay un chico muy simpático que se llama Takumi. Cuando le veas, hazte amigo de él.

Cincuenta y Dos afirmaba con la cabeza de manera un poco ambigua.

Después de trabajar duro para ayudar a Miharu, Muranaka se marchó y los tres cenamos juntos. Hablamos de qué plato de Kitakyūshū nos había gustado más, luego pasamos a hablar del vestido hawaiano de la abuela, y al final llegamos al tema de Muranaka. Pensativa, Miharu dijo:

—¡Qué bien que haya un hombre que te pueda echar una mano! Es que a veces necesitamos la ayuda de hombres, ¿verdad? Me daba un poco de pena ver cómo su abuela le hacía sudar, pero un tipo así es lo mejor…

—A ver. No es lo que piensas. No hay nada con Muranaka. Sólo que esta vez no me queda otro remedio que contar con él.

Haré todo lo posible para que Miharu no se entere de que Muranaka me dijo que quería conocerme más.

Tenía la sensación de que todavía, o hasta mucho más tarde, no podría disfrutar de esta clase de tema de conversación. Parecía haber entendido lo que pensaba. Miharu no dijo nada más.

Después de la cena, Miharu se durmió de inmediato acostada en su futón recién comprado. *Le he causado muchísimas molestias a Miharu.* Miré un poco su cara mientras babeaba y luego le dije a Cincuenta y Dos:

—¿Nos vamos también nosotros a dormir?

Mi cama, el futón de Cincuenta y Dos y el de Miharu estaban en el

dormitorio dispuestos con la forma de la letra río, 川, donde el aire acondicionado funcionaba bien. Cuando apagué la luz, la luz de la luna se filtró entre las cortinas.

—Buenas noches.

Cerré los ojos. Pero me costó conciliar el sueño.

Mañana iremos a ver a la abuela de Cincuenta y Dos y consultaremos con ella qué podemos hacer con el niño. Si fuera posible, lo mejor sería que ella lo acogiera y se encargara de él. Si no es posible, le pediré que me presente a algunos familiares. Y, si no funciona nada de eso…, tendría que ir a algún centro. No, lo mejor será creer que su abuela es una buena persona y que lo puede acoger sin problemas.

Pero tenía la sensación de que algo iba mal. Las personas en las que Cincuenta y Dos depositó su confianza han fallecido, y ahora es como un cubo que los adultos se están pasando entre ellos. Yo estaré con él hasta que pueda instalarse en algún lugar. Pero ¿es eso lo correcto?

Había dado tantas vueltas que me puse nerviosa y no podía dormir.

Muranaka dijo que mañana vendría a buscarnos temprano. Según él, es posible que la conversación se alargue más de lo previsto. Tengo que dormirme ya.

Cogí el reproductor de MP3 y me puse los auriculares. Apreté el botón de *play* y cerré los ojos. La voz que había escuchado durante tantos años me invitaba poco a poco al sueño.

Tuve un sueño.

Dos ballenas enormes están nadando en el mar. Es un sitio profundo donde no entra la luz. Aun así, no sé por qué, es luminoso. Innumerables burbujas de luz brotan del fondo y se elevan. Yo estoy alejada de las ballenas y miro cómo nadan relajadas. Muevo desesperadamente mis extremidades porque quiero acercarme a las ballenas, pero soy incapaz de acortar la distancia.

Una ballena canta. Su canto es como un eco y resuena con una amplitud enorme. Su vibración se convierte en un halo dorado. El halo se extiende como si se diluyera en el agua, pero con firmeza. Es de un tono dorado que se amplía sobre el azul oscuro y claro. Me detengo fascinada por aquel paisaje tan hermoso. El halo dorado es inmenso y grueso. A veces cambia su forma, parece pequeño y fino, y viene hacia mí.

En el instante en el que pasa por encima de mi cabeza, tengo la sensación de que el halo se transforma en una voz humana.

Kinako.

Sorprendida, me vuelvo. El halo dorado se está alejando y se dirige hacia la lejanía, oscilando. Mientras lo miro, pienso: «¡Qué añoranza!». Siento que una voz dulce me habla.

¿An san?

¿Era la voz de An san? ¿Tal vez An san se ha reencarnado en una

ballena? ¿En una ballena solitaria que espera el momento en el que la escuchen? No puede ser. Es imposible.

En su próxima vida ha de nacer como un ser vivo que canta feliz entre su manada.

Kinako.

Otro nuevo halo pasa por mi cabeza. Me vuelvo y persigo el halo con la mirada. Luego le grito a la ballena.

¿An san? ¡¿Eres An san!?

Mi voz no tiembla. Ni siquiera es capaz de crear un halo, así que no llega hasta la ballena. Entonces, ¿será An san? Es que mi voz ya no llega a An san.

Lo siento, An san. De verdad, eras muy importante para mí.

Aunque grite y llore, no llega. Ahora otra ballena se pone a cantar. Nace otro halo dorado y viene hacia mí. Extiendo mis extremidades todo lo que puedo y decido recibir el próximo halo con todo mi cuerpo. El halo viene volando, derecho hacia mí. El halo se acerca. En el instante en el que me toca, estalla.

«¡Ayúdame!».

Escucho una voz con claridad. Es tan grande que hace que no sólo mis oídos, sino que todo mi cuerpo tiemble como si una descarga eléctrica fluyera a través de mí. De súbito, reacciono a esa voz y me incorporo. Tenía la espalda empapada en sudor.

—¿Era un sueño? ¡Qué susto…!

Exhalé con todo mi cuerpo. Miré casualmente hacia abajo y contuve el aliento. En el futón de Cincuenta y Dos había una muda.

—¿Qué? ¿Estará en el lavabo?

Sin embargo, tuve un mal presagio y salí del dormitorio procurando no despertar a Miharu. Sentí el viento en las mejillas. La puerta corredera que había cerrado con llave estaba un poco abierta. Se me puso la piel de gallina.

Metí los pies en las sandalias y salí corriendo hacia la entrada. La luna iluminaba la noche y era fácil ver a través del camino nocturno. *¿Dónde se habrá ido Cincuenta y Dos?* Miré a mi alrededor e intuí que al mar. Bajé corriendo el callejón.

La cara resignada que vi esta tarde, ¿no era de resignación hacia la muerte? Tras seguir perdiéndolo todo, ¿ha llegado a pensar que ya nada importa? Estoy segura, aquella cara era igual que la mía cuando pensaba en la muerte. ¿Por qué no me di cuenta de eso?

—¡No, no!

Corrí desesperada mientras estaba a punto de echarme a llorar por el miedo. Uno de mis pies tropezó con el otro y me caí. No tuve tiempo de amortiguar la caída con las manos, así que me caí de cara. Contraje mi rostro por el dolor, como si me hubieran tallado la mejilla derecha, pero me levanté y me puse a correr de nuevo.

—¡No te vayas! ¡Por favor, no te vayas!

No quiero que me abandone de esta manera. Me niego a perderlo.

Di un rodeo bastante grande por la tapia de la casa del jefe de pescadores. De pronto reconocí una silueta humana sobre el dique iluminado por la luz de la luna.

—¿Qué haces? —grité mientras me aproximaba. La silueta humana se volvió con lentitud. Tal y como esperaba, era Cincuenta y Dos. Al percatarse de mi presencia, sacudió la cabeza. Hizo el ademán de lanzarse al mar. Traté de detenerlo.

—¡No! ¡No! ¡No te mueras! ¡Por favor, no lo hagas!

Subí la escalera utilizando las manos. Cincuenta y Dos echó a correr y lo intentó a través del dique. Aunque la noche era luminosa, no sabía en qué momento se podría caer en algún lugar peligroso. *¿Cómo de profundo será este mar? Si se cae, ¿se podría salvar?* No entendía muy bien todo aquello, pero el mar nocturno era de una negrura infinita, al contrario que el cielo. *Si se cae, le arrastrará a las profundidades y morirá.*

—¡Oye, vivamos juntos!

Los pasos de Cincuenta y Dos se detuvieron. La luz de la luna iluminaba su cara. Cuando se volvió, su gesto parecía de asombro. Alcé la voz y le dije a aquel rostro de ojos abiertos como platos por la sorpresa, como si hubiera visto algo increíble:

—¡Vivamos juntos! Los dos, en aquella casa, juntos.

Como no solía salir a correr, estaba jadeando tras mi carrera a toda velocidad. Mi corazón latía como si estuviera a punto de explotar, y notaba un fuerte dolor en la herida de la mejilla. Continué jadeando:

—No hacía más que pensar en qué sería lo mejor. Te dije que escucharía tu voz, ¿verdad? Por esa razón no me convencía la idea de entregarte a alguien y poner fin a todo. Además, quiero estar a tu lado. No soy una adulta estupenda, y tú también te hartarás de mí, pero me esforzaré para poder crecer contigo.

Hablé desesperadamente. Cincuenta y Dos me miraba como si buscara mi verdadera intención.

—Es verdad —le dije a aquel rostro que estaba a punto de perder la confianza en los demás—. Yo quiero estar a tu lado. Quiero ser testigo del momento en el que conozcas a tu alma gemela, a quien deberás conocer.

Extrañado, Cincuenta y Dos parpadeó. Me reí un poco por su actitud confundida.

—Oye, ¿sabes qué es un alma gemela? —Y continué—: Estas palabras me las dijo una persona. Dice que cada persona tiene un alma gemela. Esa persona es como si fuera tu alma gemela, depositas tu amor en ella, y ella deposita en ti su amor. Estoy segura de que tú también tienes una. Te protegeré hasta que conozcas a tu alma

gemela.

Aquellas palabras, que tantas veces había recordado y abrazado, revivieron sobre mi lengua con viveza. No pude contenerme y las lágrimas brotaron de mis ojos.

An san. Oye, An san. Una de las ballenas que me transmitió su voz hace un rato, ¿eras tú, An san? Por fin, en el último momento, pude escuchar tu voz. Me has ayudado otra vez. Nos has enseñado una nueva vida a este niño y a mí.

No pude hacerte feliz, pero te prometo que haré feliz a este niño. Escucharé su voz en cualquier momento, para siempre. Por eso, aunque no te puedo pedir que me perdones, échanos un ojo a este niño y a mí.

—Te protegeré. Venga, vamos a casa. —Extendí la mano y pronuncié su nombre con muchísimo cariño—. Itoshi, vamos a casa juntos.

Se echó a temblar bajo la luz de la luna. Miró hacia arriba. Resonó una voz, ah, en un mundo donde sólo se extendía el sonido de las olas. Itoshi levantó la voz, ah, ah, doblándose. Parecía que estuviera luchando contra algo. Vi cómo extendía los brazos. Itoshi trató de secar las lágrimas que le desbordaban y gritó mirándome:

—¡Kinako!

Me llamó por mi nombre con claridad. La voz se parecía a la de An san, pero era la de Itoshi.

—Itoshi.

—¡Kinako! ¡Kinako!

Itoshi vino corriendo. Abracé aquel cuerpo que me agarró con fuerza de arriba abajo. Sentí con certeza la fortaleza y el calor en mis brazos. Le abracé con firmeza y yo también me eché a llorar.

De nuevo había tenido un encuentro marcado por el destino. En el primero, alguien escuchó mi voz. Y seré yo la que escuche la voz en el segundo. *Nunca he de olvidar estos dos encuentros y la alegría que sentí gracias a ellos.*

Escuché un golpe sordo en la lejanía. Los dos estábamos abrazados y recuperamos el sentido. Nos secamos las lágrimas y miramos juntos más allá del litoral.

—En serio…

Vimos una gigantesca aleta caudal hundirse en el mar lanzando chorros de agua.

Notas

40. Hace referencia a una de las *bodisatvas,* símbolo de sabiduría y conocimiento.

8. Las ballenas de 52 hercios

Masako san, la madre de Kotomi, nos dijo que sería complicado que Itoshi y yo viviéramos juntos. Parecía una mujer escrupulosa. Tras su divorcio con Shinagi san, regresó a Beppu, donde estaba la casa de sus padres. Regentaba un comedor para niños con su nuevo marido y sus amigos. Estaba al lado de su amplia casa, en un edificio señalado con un letrero que rezaba «El comedor Masa chan».

—Cuando Sachie san me llamó, pensé que era una pesadilla. Es algo que jamás debería suceder. Ah, pero su rostro se parece mucho al de Kotomi cuando me separé. ¡Qué crueles son Kotomi y su abuelo…!

Al mirar a Itoshi, Masako san levantó su voz como si fuese un lamento. Shūji san, su marido, era un tipo llorón que no paraba de llorar por el encuentro de la abuela con su nieto. No tenían hijos. Cuando le comenté la situación, Shūji san deseó adoptar a Itoshi y criarlo. Masako san también asintió con la cabeza, diciendo que era algo natural.

—En aquella época no pude hacer nada, pero llevaba mucho tiempo cargando con el arrepentimiento de haber abandonado a Kotomi y dejar las cosas a medias. Si Itoshi ha estado sufriendo hasta ahora, se debe en parte a mí. Tengo la obligación de criar a Itoshi hasta que se haga mayor.

Los dos estaban muy al corriente del sistema de adopción y nos dijeron que habían acogido a niños durante algún tiempo y cuidado de ellos. Pensé: «Si son tan buena gente»… Pero Itoshi negó con la cabeza.

La noche anterior le había dicho a Itoshi que viviríamos juntos. Por eso no quería ver a Masako san y se negaba a visitarla. Sin embargo, lo trajimos porque Sachie san, la abuela de Muranaka, se había puesto en contacto con ella y porque también esperaba que hubiera más gente que pudiera ayudar a Itoshi.

No obstante, cuando le expliqué cómo había llegado hasta allí y que Itoshi deseaba vivir conmigo, Masako san soltó con un tono muy agudo:

—¡Qué dices! Te estoy muy agradecida de corazón que hayas traído al niño hasta aquí. Eres una chica maravillosa y simpática. Pero eso es una cosa, y esto es otra. Por lo que me has contado, conoces a Itoshi

desde hace poco tiempo, ¿no? No se trata de un asunto que se pueda solucionar con un entusiasmo provisional. Es una idea demasiado optimista —concluyó Masako san con rotundidad.

Itoshi mostraba su rechazo sacudiendo la cabeza, pero no le salía ninguna palabra. La noche anterior había sido capaz de decir algo, pero necesitaba bastante tiempo para poder hablar con fluidez. Intentaba articular palabras, pero la lengua se le trababa. En el viaje de ida en coche, se esforzó en hablar varias veces y acabó atragantándose.

Itoshi no hacía más que sacudir la cabeza, ya que era incapaz de decir nada. Entonces, Masako san suspiró frunciendo el ceño.

—Ya veo lo mucho que lo desea Itoshi. Voy a explicároslo en orden. Es que no sabéis nada.

Según Masako san, los trámites eran los siguientes. Primero había que quitarle la patria potestad a Kotomi. Porque, claro, existía la posibilidad de que Kotomi volviera de repente e insistiera en que ella era la madre de Itoshi. Tendría que conseguir la pérdida de su patria potestad en un juicio. Luego, cuando se admitiera correctamente, el siguiente paso sería buscar a una persona sustituta para la patria potestad.

—Hay un sistema denominado tutor de menores. No cabe duda, Mishima san, de que te podrás presentar. Pero, sinceramente, será difícil. Para empezar, eres una persona ajena a la familia. También indagarán en tu historia personal y tu situación familiar…

Masako san hablaba de una manera ambigua, pero suponía que yo era una persona soltera con poca experiencia en la sociedad. Además, estaba en paro, así que la cosa parecía imposible.

—Otro asunto. Itoshi tendrá que acudir a consulta en un hospital. Hablando de la escuela, será necesario buscar clases especiales de asistencia. Mishima san, tienes que conseguir un trabajo. Luego tendrás que compaginar varios asuntos para devolver a Itoshi a la sociedad mientras trabajas en paralelo. ¿Te sería posible? ¿No te parece complejo?

Masako san me habló con severidad y luego se dirigió a Itoshi:

—Itoshi, tú también. ¿Te puedes imaginar las molestias que le has causado para que te ayude a llegar hasta aquí? No está bien que te limites a depender con sumisión de las palabras amables de Mishima san. Las personas viven ayudándose entre ellas. Ella te está sosteniendo a ti, el Itoshi de ahora. Pero tú no eres capaz de sostenerla. De hecho, no eres más que una carga. Es posible que al principio todo vaya bien. Sin embargo, un día te convertirás en una carga para Mishima san. Cuando ella se derrumbe por soportar tu propio peso, ¿seguirás sobre su espalda?

Ante aquella representación de la realidad no hubo ningún

comentario. Sentí con claridad que, a estas alturas, ayudar a una persona y criarla requiere de una fuerza considerable. A pesar de ya había molestado a muchísimas personas, seguía lamentándome por seguir siendo una niña que todavía no conocía el mundo. Itoshi seguía a mi lado y estaba más cabizbajo que yo. Vi su perfil lleno de lágrimas y puse mi mano sobre la suya.

—… He entendido bastante bien que es muy complicado que cuide a este niño dada mi situación actual. Entonces, ¿sería tan amable de indicarme qué podríamos hacer?

No se debe renunciar con facilidad sólo porque te digan que es imposible. Si no sabes algo, pídele a alguien que te enseñe.

Shūji san, que hasta entonces había estado enmudecido, empezó:

—Te voy a contar una idea que se me ha ocurrido ahora… Como todos sabemos, primero Masako ha de ser la tutora de Itoshi, que es menor de edad. Lo más rápido será que Masako se presente voluntaria, ya que es su pariente. Dado que no hay otros parientes, no habrá ningún problema. Además, nos han permitido cuidar de muchos niños hasta ahora. Algunos niños sufrían heridas tanto en su cuerpo como en su corazón. Estoy convencido de que la experiencia que hemos tenido con ellos nos va a servir de mucho para Itoshi kun. Creo que nosotros podremos sostener a Itoshi kun con todas nuestras fuerzas.

Sabía que ésa era la única medida posible. No soy suficientemente capaz de sostener a Itoshi. Mi impotencia me causaba rabia y me mordí los labios sin querer. La herida de la mejilla que me había hecho al caerme la noche anterior me escocía.

—… Lo más importante es lo que viene después. Cuando Itoshi kun tenga quince años, él mismo podrá alegar la selección de su tutor. En el juicio se puede transmitir la voluntad de Itoshi kun y su elección de una determinada persona para que actúe como su tutor.

Levanté la cara sin entenderlo muy bien. Shūji san sonreía como el Ebisu.[41]

—Será dentro de dos años. En dos años, Mishima san, si sigues pensando que quieres vivir con Itoshi kun como hasta ahora, e Itoshi kun también lo piensa, trataremos este tema todos juntos. Sin embargo, hasta ese momento tendrás que mejorar tu situación y prepararte para recibir a Itoshi kun. Itoshi kun, tú también tendrás que ser independiente. Dentro de dos años, si los dos crecéis lo suficiente para que podáis convencer a todo el mundo de que podéis vivir juntos sin problema, le aconsejaré a Masako que renuncie a su custodia. Y ayudaré a Itoshi kun en su alegación para la selección de su tutor, teniendo a Mishima san como candidata.

Itoshi y yo nos miramos. *¿Quiere decir que todavía hay esperanza?*

—Esto no es algo fácil. Serán dos años muy duros para los dos. Si lo queréis de verdad, tendréis que hacer un esfuerzo sobrehumano. Pero

si me decís que vais a por ello, os echaré una mano en lo que me pidáis. No dudéis en contar conmigo. Bueno, así es. ¿Qué te parece, Masako?

Masako san miró a Itoshi y luego a mí.

—Así sólo prolongamos la solución del tema dos años —dijo con una expresión severa—. A mí me parece una buena idea.

Miharu, que había estado escuchando toda la conversación en silencio, levantó la mano y habló en un tono un poco dubitativo:

—Estoy de acuerdo con su idea. Si Kiko trata de sostener a Itoshi kun ella sola, seguro que acabarán cayéndose los dos. Dos años es el tiempo justo para organizar los preparativos y, además, no está del todo mal que puedan llegar a ver la situación con calma, ¿no?

Miharu tenía una idea parecida a la de Masako san, que ya nos había regañado antes diciendo que éramos demasiado optimistas.

—Entonces me encargaré de la búsqueda de trabajo para Mishima san. Estaría bien encontrar uno donde pueda trabajar como empleada fija, ¿verdad?

Muranaka se sumó.

—Gracias —dije bajando la cabeza. Miré a Masako san.

—De acuerdo —comentó con un tono solemne—. Supongo que podréis esforzaros si tenéis un objetivo.

Sonaba de mala gana, pero su rostro había tomado cierto cariz de simpatía. Shūji san esbozó una sonrisa.

—Muchas gracias. Itoshi, creo que es lo mejor. ¿Qué opinas?

Me miró con una expresión que parecía a punto de llorar. Luego nos miró a todos los que estábamos allí. Quería decirle algo a los adultos, pero se mordió los labios.

—No te voy a abandonar. Será el primer paso para que vivamos juntos. Yo haré un esfuerzo. Así que tú también, ¡haz un esfuerzo! ¿Vale? —dije agarrando su mano, que seguía debajo de la mía. Itoshi afirmó despacio con la cabeza. Después sacó la libreta, escribió: «¿No nos podemos ver durante mucho tiempo?» y nos lo enseñó.

—¡Vaya! No soy tan antipática como para hacer eso.

Masako san se rió.

—Puedes ir a verla cuando quieras. Mishima san, tú también puedes venir cuando quieras. Ni siquiera estoy diciendo que se quede ya a partir de hoy. Ahora estamos en las vacaciones de verano, ¿no? Puedes vivir un poco más con Mishima san. Mientras tanto, comenzaremos los preparativos para recibirte en las mejores condiciones. ¿Te parece?

Itoshi escuchó y respiró como si por fin se hubiera quedado tranquilo. Al ver su cara, incliné la cabeza ante el matrimonio de Masako san.

—Muchas gracias.

—Gracias a ti. Gracias por hacernos encontrar a Itoshi y crear un nuevo vínculo. Todo ha sucedido gracias a ti.

Ante las palabras de Shūji san, recuperé la consciencia en un segundo. Después hice una reverencia más profunda.

A partir de ese día, los tres, Itoshi, Miharu y yo, e incluso a veces Muranaka, pasamos el verano juntos. Nos bañamos en el mar y jugamos con los fuegos artificiales por la noche. Nos lo pasamos bomba en las fiestas locales de verano y nos echamos la siesta en la veranda. A veces íbamos a ver al matrimonio de Masako san en Beppu. Un día nos llevaron a un acuárium llamado Umitamago, «el huevo del mar». Itoshi comenzó a sonreír de vez en cuando y cada vez había más ocasiones en las que podía llamarme Kinako. Cuando consiguió llamar a Miharu por su nombre, mi amiga se echó a llorar.

La demencia de Shinagi san había progresado de manera radical, puede que debido a la desaparición de Kotomi. Me dijeron que Sachie san habló con un conocido del ayuntamiento y acordaron que Shinagi san debía entrar en alguna residencia para mayores en cuanto se produjera una vacante. No hacía más que hablar de la época en la que era el director del colegio. Cuando salía el tema de Kotomi, decía que no la conocía y se enfadaba. Sachie san dijo:

—Es un hombre pequeño que abandona a quien no puede abarcar.

Por cierto, Sachie san había vuelto a ser la presidenta de la asociación.

Kotomi seguía en paradero desconocido. Si regresaba, supondría un gran escollo en los trámites de la pérdida de la patria potestad de Itoshi. Pero todo el mundo decía que jamás regresaría. Si se enteraba de que a su padre le habían ingresado en una residencia, no volvería ni aunque la arrastraran. Me imagino que no era nada agradable que hablaran así de su madre, pero Itoshi lo escuchaba como si no hubiera ninguna otra salida.

Cuando las vacaciones de verano llegaron a su fin, Masako san nos informó de que ya estaba todo listo para recibir a Itoshi. Por fin concretamos una fecha para llevar a Itoshi a Beppu.

La noche justo antes de la despedida nos invitaron a una barbacoa en el jardín de la casa Muranaka. Era un detalle por parte de Sachie san.

Cuando los tres llegamos a la casa Muranaka después del atardecer, olía muy bien. Muranaka estaba de pie, delante del fuego de la barbacoa en el jardín y con una toalla cubriéndole la cabeza. Sachie san y Yūmi san, la madre de Muranaka, a la que habíamos visto algunas veces que habíamos venido de visita, estaban poniendo la mesa. Masumi san, el padre de Muranaka, estaba sentado en la veranda y ya estaba vaciando una lata de cerveza.

—¡Bienvenidos!

Masumi san era un tío alegre. Siempre sonreía y nos enseñaba juegos de manos sin gracia, ya que aún estaba practicando. Parecía que Muranaka había salido a su padre.

—¡Hola! Ah, esto es un souvenir.

Los tres levantamos la pila de cervezas y zumos que habíamos comprado. Yūmi san se rió.

—¿Os lo vais a beber todo? —Sachie san frunció el ceño—. ¡Qué novatas son las chicas de hoy en día, no quieren más que cerveza! ¡Tomad cebada, cebada![42]

—Pronto estará lista la carne. ¿Quieres prepararla tú también, Itoshi?

Muranaka se dirigió a Itoshi. Itoshi asintió con la cabeza y se fue corriendo para allá. Miharu y yo fuimos hacia Yūmi san y dijimos:

—¿En qué te ayudamos?

—¡En nada! Comed, vosotras sois invitadas. He comprado un montón de carne en el Kondō Mart con el descuento para empleados. Además, luego vendrán Kenta kun y las amigas de la abuela, así que ¡comed la mejor carne antes de que lleguen!

Yūmi san se partió de risa. Sachie san también nos apresuró.

—¡Comed ya!

—¡Kinako! ¡Miharu! —Se oyó una voz. Volvimos la cabeza. Itoshi estaba blandiendo una pinza. Parecía que era la señal de que la carne ya estaba hecha. Su boca sonriente me pareció preciosa—. ¡Venga! ¡Vamos a comer hasta hartarnos!

Cogí un plato, unos palillos y me reí con Miharu.

Bebimos alcohol, comimos carne y nos reímos. Cada vez se sumaba más gente y la fiesta se fue animando poco a poco. Se puso el sol. Las estrellas parpadeaban en el cielo y se oía el rumor del oleaje en la lejanía. Detuve la mano con la que bebía cerveza y miré arriba, hacia el cielo. Escuché unas risas calurosas y las voces de las personas a las que quería. Olía a felicidad. Lo único que me extrañaba era encontrarme aquí, ya que antes estaba muerta.

—Por cierto, la ballena se marchó sana y salva, ¿verdad?

—Mi hijo dice que ya no está.

—Era una ballena muy peculiar.

Las amigas de Sachie san, las del grupo de asiduos al Kondō Mart, estaban charlando a su lado. Todas llevaban los vestidos largos hawaianos, que encima eran de elefantes amarillos o con dibujos de monsteras[43] de colores vivos.

La ballena que Itoshi y yo habíamos visto no fue un sueño o una ilusión, era real. Se perdió y acabó aquí por casualidad. Durante varios días apareció y desapareció. Un canal local de televisión captó de manera fortuita su imagen arrojando chorros de agua y se convirtió en noticia. La ballena había dejado de aparecer durante los últimos días.

Me imagino que se ha ido a buscar a sus nuevos compañeros.

—La nieta de Kiyoko se llama Kiko, ¿verdad?

Se oyó una voz áspera. Al volver la cabeza, encontré a Sachie san a mi lado. Llevaba un vestido hawaiano con motivos de damasco. *¿Será Sachie san la* influencer *de este barrio? Es la presidenta de la asociación de mayores. ¡Qué influencia tiene, todas sus amigas llevan vestidos hawaianos!*

—¡Ah! ¿Sabe el nombre de mi abuela?

Sachie san frunció el ceño.

—¡Cómo podría olvidarme de una vieja con tanta personalidad! —Sin embargo, no sabía muy bien por qué, no se mostraba malhumorada—. Llegó con una expresión moribunda en la que se adivinaba que se encontraba en una situación compleja. Al verla, los hombres imbéciles no dejaban de ponerse nerviosos. Tenían la misma cara que mi nieto Mahoro. Era una cara floja y lamentable.

Se estaba mofando indirectamente de su nieto y me dirigió una mirada breve.

—Kiyoko decía que se mudó aquí sin decirle nada a nadie. ¿Es así?

—Ah, sí. Se llevaba fatal con mi madre. Yo vine aquí varias veces, pero era mi abuela la que venía a buscarme, ya que mi madre se negaba a ponerse en contacto con ella. Mi madre decía que era incapaz de entender por qué mi abuela había venido aquí a vivir.

Sachie san se volvió, se aseguró de que Itoshi estaba cenando en un sitio lejano y se encendió un cigarrillo. El fuego de la combustión parpadeó como una luciérnaga y exhaló lentamente el humo.

—Dijo que había fallecido el hombre al que amó hasta el punto de tener una hija con él.

El humo volátil se deshacía en el firmamento.

—Como tenía una esposa legítima, no le permitieron asistir a su funeral. Kiyoko me contó que aquel hombre le dijo la última vez que se vieron: «Cuando me muera, espérame en un lugar de nuestros recuerdos. Iré a verte allí sin falta, aunque sea después de morir». Este pueblo es el lugar de sus recuerdos. La única vez que hicieron un viaje juntos fue a Kyūshū. Cuando iban en el coche, se toparon con una ballena. Me contó que la ballena era enorme y arrojaba agua a chorros.

—Una ballena…

Abrumada por la sensación de que algo estallaría desde mis pies, temblé de emoción. Miré a Sachie san.

—Es bastante romántico, ¿verdad? —dijo riéndose con el cigarrillo en la boca—. Nos solía preguntar con cara inocente: «¿Vienen a menudo las ballenas por aquí?». Cuando le dije que apenas venían, se quedó apagada.

Sachie san continuó entre risas.

—Me molestaba que los hombres la admiraran, pero bueno, la interesada era buena.

Recordé el jardín de mi casa. Era una casa desde la que se podía contemplar el mar a lo lejos.

¿Estuvo esperando mi abuela a la ballena todo el tiempo?

—¿Mi abuela logró verla?

Sachie san negó con la cabeza como si lo sintiera.

—Apenas vienen. Llevo aquí desde que era joven, pero sólo las he visto tres veces.

—Ya. —El tono de mi voz decreció. Sin embargo, Sachie san dijo vivaracha:

—No me termina de convencer que me pusiera los cuernos con otras mujeres, pero era un hombre bueno al parecer. Kiyoko se solía reír diciendo: «Me hacía mucha ilusión preguntarme cuándo vendría a verme el hombre al que amaba. ¿Cómo vendrá?». Decía que se alegraba al ver una mariposa que volaba, preguntándose si era él. Por eso, no se sentía nunca sola. Ya sabemos que aquel hombre no vendrá. Cuando murió Kiyoko, dijimos que había venido a buscarla y nos despedimos de ella.

—No, no, no. Era la ballena del otro día.

—Ji, ji, ji, ¡aunque haya venido ahora, ya es tarde! Me partí de risa frente al mar.

Cuando giré la cabeza, las abuelas nos miraban y se reían. Sus rostros mostraban cierto cariño.

—Se dio cuenta de que Kiyoko san ya se había marchado y se sintió desorientado. ¡Qué hombre tan estúpido!

—No. Es posible que primero fuera a ver a su esposa, ¡qué hombre tan antipático!

—¡Sigue engañándola, aunque sea una ballena! ¡Qué horror!

Al ver a Sachie san y a las abuelas reírse, me emocioné tanto que estuve a punto de llorar. Mi abuela no vivió aquí sola. Vivió rodeada de felicidad.

Sachie san aspiró una calada y dijo:

—¡Espero que tú también seas capaz de aguantar en este lugar! Eres la nieta de Kiyoko. Por mucho que se compliquen las cosas, seguro que vivirás con una sonrisa.

—… Sí.

Me sequé las lágrimas del rabillo del ojo y asentí. Oí cómo alguien me llamaba y giré la cabeza. Itoshi y Miharu estaban agitando sus manos hacia mí.

—¡Kinako! Estamos haciendo malvaviscos.[44] ¡Están superbuenos!

—¡Vente, vente! —me decían los dos.

Sachie san dijo:

—¡Ve, ve!

Hice una reverencia a las abuelas y me eché a correr.

—¡Mira, éste es de chocolate!

Había chocolate encima de un malvavisco derretido. Miharu e Itoshi estaban iluminados por las llamas de la barbacoa y parecían muy entretenidos. Muranaka y Kenta gritaban empapados de sudor:

—¡Comed también carne! ¡Esto no baja!

El matrimonio Muranaka los contemplaba sonrientes en la veranda. Al final, Muranaka se comió la carne quemada y los malvaviscos por turnos, y se terminó una cerveza de golpe.

—¡Qué asco!

Kenta aplaudió.

—¡Qué grande, Mahoro san!

A continuación, amenazado por un malvavisco de fresa y un trozo de cerdo, tensó la cara.

—Oye, Kiko. Mañana volveré a Tokio —dijo Miharu mientras me reía. Ya es hora de que vuelva. Lo siento. —Su voz sonaba un poco apagada.

—Ah, claro. Sí, te has quedado durante mucho tiempo con nosotros.

Sentí un viento en la barriga. Era como si perdiera una parte muy importante de mí. Miharu había venido a buscarme hasta aquí y había tomado la mitad de mi dolor. Cuando me puse a pensar que se iba a marchar, me sentí muy sola. Mañana Itoshi también partiría, y Miharu también. Pero no podía atar a Miharu por más tiempo. Si lo hiciera, Takumi kun vendría muy cabreado.

Procuré esbozar una sonrisa a toda costa y dije:

—Gracias. Gracias, de verdad. Gracias a ti he conseguido mirar hacia delante.

—Eso es gracias a Itoshi. Tú también has hecho un gran esfuerzo.

—Ju, ju —me reí, y Miharu me abrazó.

—Seguro que mañana no se me ocurrirá nada que decirte cuando nos despidamos, y eso me atormentará en el viaje, así que te lo digo ahora. Eres la amiga más importante que tengo. Por eso, cuando te pase algo en el futuro, no dudes en decírmelo. Siempre vendré corriendo, estés donde estés. Pase lo que pase, te voy a ayudar. Así que sigue sonriendo aquí, como lo estás haciendo ahora, ¿vale?… ¿Qué? Ya estás llorando.

—Hum, tú también.

Nos abrazamos y lloramos. *Soy muy afortunada. De verdad, soy muy afortunada.* Aunque pensé que ya lo había perdido todo, pude observar y darme cuenta de todas las cosas que tenía.

—¡Estas tías están borrachas y se han puesto a llorar! ¡Itoshi!

Kenta se rió, ji, ji, ji, pero enseguida dijo en voz alta sorprendido:

—Pero, Mahoro san, ¿por qué estás llorando?

Muranaka era un hombre y también lloraba. Muranaka le estaba

dando una impresión demasiado diferente a la que tuvo de él al conocerle. Miharu y yo nos secamos las lágrimas y nos partimos de risa. Muranaka lloró aún más.

—¡Me emociono sólo porque Mishima san se está riendo!

En ese momento, Sachie san gritó:

—¡¿Qué haces aquí?!

Asombrada por aquella voz, me di cuenta de que Shinagi san se acercaba a nosotras tambaleándose. La primera vez que lo vi, su cabello estaba perfectamente peinado hacia atrás. Pero esta vez se encontraba desordenado y su ropa también estaba descuidada. Llevaba puestas unas sandalias para mujeres y se aferraba a su bastón. Aquel grueso bastón me recordó a mi padrastro y me quedé paralizada. Shinagi san se fijaba sólo en mí. En sus ojos sólo había odio.

—Por tu culpa Kotomi ha desaparecido. ¡Devuélveme a Kotomi! ¡Ahora mismo!

—¡Abuelo, es peligroso! ¡Oiga!

Kenta trataba de quitarle el bastón, pero Shinagi san le amenazaba blandiéndolo de un lado a otro. A continuación, Muranaka fue hacia él. Sin embargo, no pudo esquivar su bastón y recibió un golpe. El impacto fue tan intenso que Muranaka se derrumbó allí mismo.

Shinagi san se aproximaba a mí. Oí cómo Miharu gritaba. Itoshi trataba de escapar tirando de mi mano, pero el ruido que hacía el bastón en el aire me había petrificado. Vi a mi padrastro en Shinagi san.

A ver. Mi padrastro falleció seis meses después de que me fuera de casa, ¿no? Como me dijo que no viniera, no fui a su funeral. Así que no entiendo nada. ¿Es posible que siga vivo y haya venido a echarme la bronca?

—¡No te lo perdonaré! ¡No te lo perdonaré!

Shinagi san…, mi padrastro se iba acercando blandiendo el bastón. *¡Ah! ¡Me va a pegar!* Cerré los ojos y no pude contener un grito:

—¡Ayúdame, An sa…!

En ese instante, algo salió disparado de mi lado y empujó a mi padrastro. Shinagi san había caído impotente. Me quedé parpadeando y no paraba de repetir: «¿Qué ha pasado ahora?».

—¡Itoshi! —gritó Kenta. Itoshi había empujado a Shinagi san. Volvió la cabeza para mirarme mientras jadeaba con todo su cuerpo.

Me ha salvado. ¿Itoshi me ha salvado…?

Me agaché allí mismo con el ánimo destrozado. Miharu me agarró por los hombros y me sacudió.

—Kiko, ¿estás bien?

—E… Estoy bien. Ah, Muranaka…

—Yūmi san y los demás se están encargando de él.

Todo mi cuerpo estaba empapado en sudor. *¡Qué miedo!* No

esperaba que ocurriera algo así, y tampoco pensaba que tendría un *flashback* de mi pasado de esta manera. Puse la mano sobre mi pecho mientras respiraba profundamente. De repente vi unas piernas delgadas. En ese momento pensé que me había pasado algo parecido antes. Miré hacia arriba. Era Itoshi, que todavía jadeaba, y me había ofrecido su mano.

—¿Me has salvado? —dije con un tono tembloroso. Itoshi afirmó con la cabeza manteniendo la cara tensa—. Seré fuerte. En el futuro, lo seré más.

En sus ojos había una luz vigorosa que no había visto hasta entonces. Atraída por esa fuerza, olvidé mi respiración.

A partir de ese momento se armó un gran alboroto, ya que nadie estaba de humor para seguir con la barbacoa. Vino la policía y se llevó a Shinagi san. Me afligía ver cómo se llevaban a aquel hombre que contemplaba distraído el cielo. A Muranaka lo llevaron al hospital en una ambulancia, ya que estaba sangrando. Por suerte, sólo le diagnosticaron una ligera conmoción cerebral. Menos mal.

Llamé a Masako san para decirle que mañana llegaríamos tarde porque nos tenían que tomar declaración. Al final, Masako san y Shūji san decidieron acudir. Masako san se sintió muy afectada por lo que había hecho su exmarido, pero dijo:

—No tiene ningún pariente. Tendré que prestarle alguna ayuda, ya que fuimos familia una vez.

Ella era una persona muy afable: ya me había dado cuenta tras haberla visto varias veces. *Seguro que cuidará de Itoshi con mucho cariño.*

Hasta altas horas de la noche la situación no se tranquilizó. Itoshi y yo estábamos sentados en el dique. Miharu se había dormido y estaba roncando en el futón, así que nos escabullimos con sigilo para no despertarla.

—¿Tienes sueño?

Itoshi negó con la cabeza. La luna se reflejaba a lo lejos, en la superficie del agua. Los dos contemplamos el paisaje de aquella noche serena como si estuviéramos en el extremo del mundo.

—Escucha, hay algo que quería contarte antes de que fueras para allá.

Tras pasar un rato buscando las palabras adecuadas, comencé:

—Antes de venir aquí, dejé morir a una persona que me encantaba, y también convertí a otra persona que me encantaba en un individuo terrible. Aquello me atormentaba tanto que quería morir, pero no podía morir, así que creo que lo único que estaba muerto era mi corazón.

Itoshi me escuchaba en silencio.

—¿Te conté que no era capaz de escuchar la voz de una persona que había escuchado mi voz? Debido a eso, dejé que muriera. Me torturaba cada día y no me lo podía perdonar. Lo que intentaba hacer contigo era una expiación imposible ante aquella persona.

Las olas sonaban con gracia. Las nubes pequeñas mostraban sus formas recortadas por la luz de la luna.

—Esa expiación hizo que pudiera seguir adelante. Pensaba en ti, me enfadaba y lloraba por ti. Entonces, lo que pensé que había muerto comenzó a respirar poco a poco. Yo no estaba intentando salvarte. Me he salvado gracias a que nos hemos conocido.

Miré a Itoshi y le dije:

—Gracias. Gracias por haberte fijado en mí aquel día de lluvia. Pensaba que te había conocido por escuchar tu voz. Incluso creía que mi misión era escuchar tu voz, en vez de la voz de una persona a la que no podía escuchar… An san. Pero eso era una presunción. Y otra vez escuché una voz que decía: «Ayúdame».

Cogí la mano que me había protegido de Shinagi san hacía un rato. Cubrí la mano del chico todavía inseguro con mis dos manos.

Así fue. Cuando la soledad me estaba matando, este niño había venido a mi lado. Tuve la suerte de que me encontrara.

—Gracias por haberme encontrado, Itoshi.

—Kinako.

Itoshi puso su otra mano sobre las mías. Sonrió con un poco de vergüenza. Era una sonrisa tan bonita que pensé que estaba soñando.

—Me escuchaste —dijo Itoshi despacio—. Aquella noche escuchaste mi voz pidiendo que me ayudaras, Kinako. —Era una voz dulce. Era una melodía más hermosa que cualquier otra y hacía oscilar mi oído con ternura—. Por eso viniste a por mí.

Parecía que había hablado demasiado. Itoshi empezó a toser mucho. Esbozó una sonrisa en su cara humedecida por las lágrimas y haber tosido demasiado, y continuó:

—Me alegro de haber conocido a Kinako.

Me sentí tan dichosa que me quedé sin palabras. Aquella noche, la voz que había recibido con todo mi cuerpo no era un sueño. Había recibido perfectamente su voz con todo mi cuerpo. Había podido recibirla.

—¡Seguimos adelante, Itoshi!

Le agarré la mano y se lo repetí muchas veces.

—Pase lo que pase, nosotros siempre podemos seguir adelante, porque sabemos que hay alguien que escucha nuestra voz, aunque esté lejos, y que nos hace escuchar su voz. Además, no viviremos lanzándonos solos a la manada. Los dos seguiremos en una manada en la que puedan escuchar nuestra voz, sintiendo su calor en las manos y la presencia del otro. Somos muy afortunados. Se acabaron las noches

en las que cantábamos en soledad.

Sentí el canto de la ballena en la lejanía. No sabía si ese dulce canto se alegraba por nosotros o nos susurraba. Levanté la cara y miré al mar. Itoshi también miró en la misma dirección, ya que parecía que también lo había oído.

—Cincuenta y dos hercios —murmuró Itoshi, y cerró los ojos como si agudizara el oído. Su figura parecía la de una persona que estuviera rezando. Yo también cerré los ojos.

Para las ballenas de 52 hercios que están por todo el mundo en este momento.

¡Ojalá que su voz le llegue a alguien!

¡Que la reciban con cariño!

Si estás de acuerdo en que sea yo, te ruego que no pares de cantar, ya que la recibiré con todo mi cuerpo. Intentaré escucharla y te voy a encontrar. Seguro que te voy a encontrar, como me han encontrado a mí dos veces.

Así que, por favor,

déjame escuchar tu voz de 52 hercios.

Notas

41.Uno de los siete dioses de la fortuna. Antiguamente era el dios de la buena pesca. Tiene una cara sonriente.

42. Se refiere a una especie de aguardiente típico de Kyūshū. También son famosos el de batata y el de arroz.

43. Monstera deliciosa, llamada cerimán o costilla de Adán. Planta trepadora de la familia Araceae, propia de selvas tropicales. Se encuentra desde el centro y sur de México hasta el norte de Argentina.

44. Malvavisco o nube. Golosina hecha de azúcar o jarabe de maíz, clara de huevo, gelatina y goma arábiga.